EL MUNDO NUEVO

LUISA MICHEL

EL MUNDO NUEVO

Traducción de Soledad Gustavo

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

PRÓLOGO

¡He aquí las pascuas rojas!—dice la canción de Jacques;—las pascuas rojas en que la crisálida humana, desgarrando la envoltura, abrirá enteramente sus grandes alas á los soplos de aire del estío. Aspira el aire libre. Allí viene, solicitada por la luz, sintiendo aptitudes nuevas.

Las ideas que han germinado en la sombra se desarrollan lúcidas y triunfantes, y se ven bajo su verdadera claridad las cosas que la obscuridad presentaba vagas y engañosas.

La justicia, tan largo tiempo encerrada en las cárceles humanas, la ciencia, las artes, todos esos elementos que desde siempre se ahogan, han tomado vida, y magnífica será la nueva leyenda al pasar de parte á parte la epopeya en medio de este engrandecimiento, que es la ley del progreso; todas las naciones se convierten en una humanidad y todos los dialectos en una lengua universal.

De esa aurora poco tiempo nos separa, pero es tan lóbrego el sol poniente, tan horribles las ruinas del

mundo viejo, en donde se llama á los cuervos, que muchos hasta niegan el día de mañana.

Así, se niega, ante el telescopio, la infinidad de astros que gravitan en el espacio; ante el microscopio, el mundo de la gota de agua, lleno todo de monstruos. Es lo mismo que si los ciegos negarán los colores, si otros ojos que los suyos no estuvieran abiertos á la luz. ¿Es que podemos ver nosotros claramente por los despojos de nuestro osario el hombre libre sobre la tierra libre?

La primera parte de este libro, Los desesperados, *es la pesadilla de la vida; en la segunda, algunos de esos desesperados intentan vivir como ellos piensan que se vivirá mañana. ¿Quién podrá decir que se equivocan?*

La tercera es la destrucción de la nueva colonia por los civilizados del viejo mundo.

EL MUNDO NUEVO

I

La pesadilla de la vida

¿Cuántos, en nuestro otoño secular, echan la copa todavía llena, no queriendo apurar el tedio de la vida?

Pequeños, viejos, jóvenes, se van de este modo á la sombra de la que nadie vuelve.

Muchos luchan triturados, unos contra otros, haciéndose responsables mutuamente de la común miseria.

Hemos visto á las puertas de los mataderos los rebaños pegarse locamente esperando la matanza, cuyo olor les envuelve.

En un hormiguero humano semejante, fermenta el mundo nuevo.

Desde mucho tiempo, desde siempre, está así.

En este capítulo examinamos un lado del osario.

Debajo de los arcos del puente del ferrocarril, entre Levallois y Clichy, en una de esas noches de primavera en que la obscuridad suave y densa se parece á las alas de las aves nocturnas, dos hombres concluyen, en una paz profunda, su horrible labor.

Un tercero, extendido á sus pies, no es más que una masa inerte: ha sido muerto de un golpe en la sien.

Uno de los dos hombres manda al otro:

—¡Desnúdele! Ponga usted los vestidos dentro de esta maleta.

El otro levanta el cadáver y lo desnuda.

El cuerpo, todavía caliente, es flexible, la tarea es fácil. Pero esos movimientos han reanimado al desgraciado, su pecho se levanta, el hálito se le escapa de su boca en estertores.

A lo lejos, la voz cascada de una de esas hijas de la miseria, á las que se llama rameras, se eleva mezclada con la ronquera del borracho que la acompaña:

Las bellas, las bellas,
al oro son fieles.
¡La ri la ri la ra!

El asesino deja caer el cuerpo, que ha exhalado su último gemido. La joven y el borracho cantaban:

Las bellas, las bellas,
al oro son fieles.

—¡Pronto!—dijo el hombre que mandaba al otro cogiendo con una mano la maleta donde habían colocado los vestidos y poniendo con la otra un cuchillo en la mano del miserable.

Este, que la alargaba para recibir la paga, tiembla y sus dientes castañetean.

—¡Degüéllele!—dijo el amo.

El otro se bajó sin contestar; ¿no era menester que llegase hasta el fin? Animal que se vende, hombre que está vendido, es necesario que el trato sea ejecutado; que asesine, que asesine siempre el miserable, cuya carne le tiembla.

El cuchillo es malo, es preciso apoyarse sobre el gañote. La víctima se debate de nuevo.

Por último, el borracho y la joven cantan:

¡La tierra vacila
viendo un tonel lleno!

Esta última palabra se detiene como un grito en la garganta del hombre y en los arrullos cascados de la mujer. Después nada.

El cuerpo cae dentro de un mar de sangre chorreante, parecido á una fuente de su abierta garganta.

La sangre salpicó el rostro del asesino. Con sus zapatos demasiado anchos, sus pies se bañaban en el líquido sangriento. Un temblor sacudía su cuerpo; el hombre degollado no era más que un cadáver. Silencio profundo.

No habían concluído aún.

El que dirigía esta lúgubre escena, con una calma imperturbable, entregó al otro una enorme piedra, diciéndole:

—¡Aplástele la cara!

El otro obedeció. Los huesos del rostro crujieron como una nuez. ¿Quién conocería el cadáver?

Esta vez el amo pagó y los dos hombres se separaron.

El uno, con la maleta en la mano, tranquilo, el paso igual, se dirigió hacia la avenida de Clichy—principio de los barrios alumbrados;—el otro, temblando bajo sus andrajos, que le dejarían desnudo sin la noche que le viste de sombra, se interna en el camino de las fortificaciones. Se detiene ante una de las barracas destartaladas que hacen cara al declive.

En la barraca el silencio es tan grande, que nadie creería que hubiera seres vivientes.

El hombre tienta en la sombra. ¿Duermen? ¿Están muertos?

Quiere hablar, pero su voz, sofocada por el horror en el fondo de su garganta, se escapa en sollozos.

—¡Marta! ¡Marta!

Esta voz es tan ahogada y tan llena de terror, que la mujer lanza un grito; él no lo oye siquiera.

—¡Marta!, ¿está muerto el pequeño?

—No.

El hombre respira ampliamente.

—¡Donde está!

—Allí, yo le recaliento y ya no llora.

—¡Tengo dinero!

—¿No has matado á nadie, verdad?

—¡Cállate! es preciso salvar al niño.

Su mujer ahoga un gemido.

—¡Valor! Es preciso que vosotros viváis. Un poco de vino os hará entrar en calor.

Pone sus manos sobre el cuerpo del niño y lo toca helado.

—Apriétalo contra ti; yo voy á buscar el vino.

Una taberna, no lejos de allí, dejaba deslizar por una rendija un hilillo de luz.

El hombre llamó á la puerta.

—El niño está enfermo—grita.—Necesito vino, vino bueno. Abra usted, señor Nemo. ¡El niño se muere!

—¿Quién llama?

—¡Yo, Pedro!

Nadie contesta.

Pedro llamó de nuevo.

—¡Abra usted! ¡Tengo dinero!

A esta seguridad, la puerta se abrió.

La lámpara, alumbrando de frente al que entraba, muestra en todo su horror sus andrajos empapados de sangre. Sus zapatos dejaban en el suelo una huella roja.

Al verse él mismo, intenta huir, pero el tabernero, pequeño y fuerte como un dogo, le cierra el paso. Dos agentes que bebían allí esperando que amaneciera, le saltan sobre los hombros.

El, pensando en que el niño se moría, sacudiéndoles como un jabalí acosado por los perros, les hace caer y, apoderándose de una botella que está sobre el mostrador, huye antes que sus adversarios, rudamente arrojados al suelo, hubiesen probado á levantarse.

—Este vino—pensaba él—es la vida del niño.

Los agentes apenas estaban en pie, aturdidos de su caída, cuando Pedro había ya emprendido el camino de su casucha.

—¡Pronto, Marta, haz beber al niño!

El niño no bebería más: estaba muerto.

En la barraca era tal la obscuridad que la rodeaba, que no podían saber de cierto si el desgraciado había llegado.

—¡No hay luz! ¡no hay luz!—decían los que le buscaban.

Eran éstos los agentes, guiados por el señor Nemo.

El tabernero conocía la morada de su cliente, insolvente desde que la enfermedad le había hecho perder su trabajo.

Los desgraciados no resistieron siquiera: el niño había muerto; no tenían nada que hacer en el mundo.

La faz mezquina del pequeño ser estaba lívida, su cuerpo rígido; estaba bien muerto.

Ese pequeño era el último de la nidada: otros tres habían muerto, por ponerlos á trabajar demasiado jóvenes; por él su padre había asesinado. Dejóse á la madre acostarlo en su cuna.

—Nosotros también—pensaba ella ferozmente—vamos á morir.

Y como dos lobos cogidos en la trampa, el hombre y la mujer marcharon silenciosos.

Otro nido caído del árbol de la miseria, que quedaba cogido sobre las ramas esperando la nueva primavera.

II

El hombre de los ojos claros

Mientras se detenía á su cómplice, el que había dirigido el asesinato continuaba lentamente, con tranquilidad, su camino hacia París, con la maleta en la mano.

En la plaza Clichy, en las vidrieras aun iluminadas de un café, estaba un hombre flaco como perro perdido, envuelto en una blusa que era demasiado ancha y que le caía de sus hombros en pliegues elegantes; pegado á los cristales, su rostro huesoso, con los ojos encendidos por el hambre y la sed, parecía ser de piedra; la ansiedad de sus rasgos revelaba un sufrimiento terrible, y lo revelaba con una intensa energía.

El hombre de la maleta observó un instante al que estaba pegado á las vidrieras, entre el resplandor siniestro del reverbero y las claridades ensombrecidas del café: luego, aproximándose, le puso su mano sobre el hombro.

Capricho ó necesidad de tener bajo la mano á gentes dóciles, ó de establecer una corriente de opinión pública en el caso de que el crimen fuese conocido.

—Camarada, ¿tiene usted sed, verdad?

El otro levantó la cabeza, pero no distinguió de su interlocutor más que una forma vaga, una sombra fluctuante como su pensamiento errabundo. En las apretaduras del hambre, el rostro sombrío tenía, parecidos á los trazos de una máscara, dos ojos fosforecentes como los de un lobo, dos ojos claros, semejantes á lumbreras.

El hambiento no contestó; el hombre de la maleta continuó:

—¿Tiene usted sed, eh?

—¿Qué le importa á usted?

—Tiene usted mal carácter. Yo soy maniático y me gusta salvar á las gentes que se hunden en la vía ó en el río; ¡y los salvo á pesar suyo!

—¡Está usted loco; déjeme usted!

—No; cobré ayer el precio de un cuadro, usted es artista, yo lo comprendo; vamos, pues, á partir. Yo tengo mil francos sobre mí; ahí tiene usted quinientos.

Puso un puñado de monedas de oro en la mano del hambriento y se alejó, acechando lo que haría el otro.

El primer impulso del desgraciado fué tirar el oro al rostro del desconocido demasiado generoso, pero el segundo fué el instinto de la bestia sedienta; se precipitó en el café.

—¡Yo sueño—se decía,—pero antes de despertar quiero beber.

—Está bien—pensaba el otro alejándose;—helo ahí cogido en la trampa.

—¡A beber!—gritó el hambriento sentándose cerca de una mesa. Le parecía que estaba bebiéndo abundantemente en un tonel lleno, y se llenaba una copa como la cuba de Heidelberg, tragándose el Océano.

Los ojos dilatados, la boca abierta, repetía continuamente:

—¡A beber, á beber!

Las piezas de oro que tenía, las unas rodaron sobre las losas; puso las otras delante de él sobre la mesa, donde al resbalar producían un pequeño ruido sonoro.

Con seguridad qué aquel hombre acababa de cometer por lo menos una muerte, varias quizás:

El café había sido dejado abierto durante la noche con motivo de una fiesta del barrio. Las gentes rezagadas podían beber. Los agentes vigilaban allí para la seguridad pública.

El café estaba lleno de gente trasnochadora.

—¡A beber!—gritaba todavía el hambriento, después de absorber todos los líquidos colocados ante él. Des-

pués de haber apurado una última copa rodó debajo de la mesa.

—No vale la pena de precipitarse—dijo uno de los agentes que observaban al singular bebedor;—no se salvará.

Tranquilamente levantaron á la masa humana inerte sobre las losas.

Algunas monedas de oro faltaban, pero podía calcularse en doscientas.

Los demás miraban. Por delante del café pasaban entonces un hombre y una mujer andrajosos que para guardar el equilibrio tenían que ir cogido uno con otro.

III

Conocimiento de lobos

El tipo bestial no está talmente modificado en el animal humano que no reaparezca de cuando en cuando con una espantosa energía; no puede decirse de nadie, pero nuestras sociedades lo conservan con la lucha por la existencia de individuo á individuo, y no en las comunes conquistas sobre las fuerzas de la Naturaleza.

El hombre de los ojos relucientes, de los ojos de lobo, que ha dirigido el crimen del primer capítulo, es uno de esos tipos, tipos raros que se complican con diversas anomalías.

En él, las facultades excesivas de los instintos le disputaban á una idealidad enorme.

Había en él una lucha eterna entre el hombre y la bestia, ora sucumbiendo el monstruo, ora levantándose, devorando, como el buitre de Prometeo, al ser humano sometido á este suplicio.

Tal era ese producto de nuestra revuelta época, producto extraño, que las circunstancias de nacimiento, de educación, de medio, se reunieron para darle vida.

Existen en lo físico monstruos dobles, los hermanos siameses, Milie Christine y otros, sosteniéndose por membranas. El hombre de los ojos relucientes tenía su hermano gemelo en lo tocante á la inteligencia. Una corriente de electricidad les envolvía, siendo entre ellos las pasiones, las ideas, las enfermedades comunes como

en los monstruos ligados entre sí por los sentimientos y el instinto.

La madre de los gemelos Wolff, huérfana de una familia de rentistas, pudiendo gozar sus capitales, se había apasionado por la caza: su tutor primero y su marido después se aficionaron igualmente á ella.

Un día, contra su costumbre, se extravió por los senderos del bosque. La noche llegó sin que ella pudiera reunirse con los cazadores. Puso su caballo fatigado á un paso tranquilo, y no oyendo ya el cuerno ni los perros, tomó una avenida que atravesaba el bosque. Tranquilamente se dirigía á su casa, soñando en el hijo que le iba á nacer, cuando su caballo se encabritó, relinchando, sin querer avanzar. Una masa negra que se movía, ora aumentando, ora disminuyendo, dejaba ver cuatro luces relucientes como estrellas.

La cazadora, valientemente, tiró sobre el grupo los dos tiros de su linda carabina.

Las cuatro luces se apagaron: había tocado en pleno cerebro á dos lobos que combatían juntos.

La dama tuvo buena mano al divisar las luces: había matado dos lobos de enorme talla.

Todos los cazadores, con ruido, desfilaron en una haz intensa: se la buscaba con hachones encendidos.

Hubo inmensas aclamaciones; á la luz de los hachones se veía el bulto enorme de los lobos extendidos el uno sobre el otro.

Algunos meses después, la señora dió á luz á dos gemelos tan perfectamente semejantes, que su madre misma no los distinguía uno de otro.

La casualidad marcó á uno de ellos de una manera indeleble.

El barón Wolff, con motivo del nacimiento de sus hijos, dió una fiesta que fué terminada con fuegos artificiales. El fuego prendió al castillo. Se sacó á los gemelos precipitadamente.

Uno de los niños escapado á su nodriza cayó sobre un marco de cobre calentado por el incendio, quedándole sobre el brazo un signo hebraico, el *reich*, la primera letra del nombre del gran *antepasado Roll*.

Desde aquel momento se distinguió uno de otro á los gemelos: el nombre de *Roll* fué dado al que llevaba el signo.

Ninguna madre estuvo más orgullosa que la suya. Eran inteligentes y bellos; no obstante, ninguna fué más probada, porque, en el fondo de su pensamiento, permanecía el terror misterioso de la noche del bosque. Inclinada sobre la cuna de sus hijos, encontraba, aterrorizada, los relucientes resplandores de los ojos de los lobos en las niñas de sus ojos; sus cabelleras mismas, espesas y leonadas, no flotaban en bucles sedosos como los de los niños, sino que eran cortas y ásperas.

Por último, la madre enfermó gravemente: los ojos de estrellas de sus hijos, los bellos ojos que ella llamaba sus astros, pero que en el fondo del corazón la llenaban de un terror vago, no se fijaron mucho tiempo sobre ella.

La baronesa Wolff murió de languidez; los ricos tienen esa comodidad. Desde entonces, los niños, con más frecuencia en compañía del viejo criado Esteban que en la del barón, manifestaban inclinaciones que asustaban al anciano guardián.

Sus juegos, en los que los blancos dientes ponían gotas de sangre sobre las carnes rosadas, causaban pavor al buen hombre. Esto contribuyó á separarlos tontamente. Los gemelos no durmieron más en una misma cuna.

Hubiera bastado reunirlos suavemente para verles olvidar su antipatía, como los gatos y los pájaros criados en un mismo hogar y que duermen á las patas unos de otros: la prudente necedad humana hizo lo contrario, y para coronar la obra, un tío que residía en las Antillas, sin heredero, simplificó la vigilancia paternal llevándose con él á uno de los terribles pequeños.

Se echaron suertes: ésta, que decididamente tenía atenciones para Roll, le designó para viajar.

Cuando tenía diez ó doce años, el tío lo envió durante algunos meses con su familia.

Los gemelos se volvieron á ver con un rechinamiento de dientes disimulado por la educación. La ojeriza no era menor, engrandecida por las precauciones imbéciles y las fatalidades innegables.

Roll y Felipe, después de su entrevista, conservaron implacable y frío ese odio extraño, que provenía quizá de la impresión experimentada por su madre; ellos se detestaban: otros hubieran sido epilépticos.

Un acontecimiento modificó el carácter de Felipe. Hizo un matrimonio de amor, cosa rara en la casta rica. El lobo entonces evolucionó. Cuerdas nuevas vibraron en su pecho, y las ovejas, sarnosas ó no, que la casualidad echaba entre sus patas de juez, sintieron golpes menos crueles. La dulce y soberbia Ana lo envolvía de ternura. Ella sola había despertado el ser humano.

Roll, al contrario, bajo la cálida temperatura de las Antillas, sentía aumentar su odio contra Felipe. Se infiltraba en su sangre hasta la demencia.

Vivir de la vida de su hermano, roerlo como un gusano, aniquilarlo, comerlo, si puede expresarse así, tal fué el ardiente deseo, tal fué el hambre devoradora de Roll.

Al conocer el matrimonio de Felipe, su idea fija se hizo más intensa. Quería la mujer de su hermano, como quería cuanto pertenecía á éste. Este hermano, ¿acaso no era la causa del destierro á que le habían llevado?

Destierro rebosante de riquezas, pero que debía tener ese resultado en el pensamiento de Roll. La muerte casi simultánea del padre en Francia y del tío en las Antillas, le permitió efectuar un proyecto madurado desde hacía seis años. Realizó su fortuna y tomó pasaje en el ballenero *La Whole,* el cual, de regreso á Europa, se había detenido en las Antillas.

La Whole, frente á la embocadura del puerto de Brest, se hundió de golpe entre las olas.

El buque estaba cargado torpemente. El paso era peligroso y la catástrofe parecía natural.

—*La Whole*—decían—ha desaparecido con pasaje y bienes.—Pero no todos los que no aparecieron habían muerto. Felipe se engañó al llevar en el corazón el duelo por el desdichado fin de su hermano.

Para realizar su idea fija, Roll necesitaba que le creyeran muerto. Condujo á buen término su empresa. La

pérdida de un buque no le había parecido demasiado grande para asegurar su impunidad. En adelante, Roll Wolff, el colonizador, no existía. Felipe Wolff, el célebre magistrado, debía ser el que se encargara de las instrucciones más arduas. Sus estudios y su parecido perfecto con su hermano se lo permitían.

El que de los dos Martín Guerra era el falso, tuvo mil veces más malas aventuras que correr que Roll Wolff. Sin embargo, una vez cometido el crimen, no desimuló ciertas dificultades: los pequeños detalles de la vida de su hermano le eran desconocidos; la casualidad podía reservarle sorpresas, pero hay salidas bruscas que la sospecha no puede alcanzar. El contaba con esto.

IV

Sueños de artista

Santiago el escultor dormía como desde hacía mucho tiempo no había dormido; su lecho se componía de un colchón, sábanas y manta. Santiago no tenía ya hambre, una poderosa savia circulaba por sus venas, y era para él una buena cosa este sueño reparador.

Descansando semidespierto en el agradable calor de la mañana, oía vagamente cuchichear: se hablaba de su obra (el grupo del *Porvenir)* y tenía miedo de despertar del todo.

—Esto causará sensación—decían,—una sensación enorme.

¡Aquel hormigueo de personajes en un corto espacio de tiempo era maravilloso! Los jueces habían sido escogidos.

¿Qué jueces? ¿se había, pues, aceptado su grupo? ¡Hacía dos años que Santiago trabajaba en él!

¡El porvenir en marcha! Toda una etapa humana seguía á continuación de la idea, cuyas manos levantadas llevaban una antorcha.

Las llamas se encurvaban, se las veía irradiar echando chispas; el grupo estaba levantado sobre el ritmo de la epopeya nueva, pasando sobre las ruinas y sobre los cadáveres del pasado.

El pensamiento que salía del grupo simbólico os empujaba, os daba la sensación de las cosas futuras,

para las cuales las palabras faltan á nuestras lenguas rudimentarias. Por ello, Santiago vió su obra menospreciada durante dos años en que únicamente él la defendía.

Ahora que se la admiraba escudriñó los defectos, la registró. ¡Es hermosa!—se decía. Y contestaban ellos:—¡No! es un bosquejo grosero, un montón de piedras pretenciosas; tenían razón los que silbaban al autor.

El grupo no se levantó indignado por una carrera vertiginosa, sino que continuó marcando neciamente el paso.

Los pechos jadeantes, las bocas ávidas de aire, la vida no estaba en ninguna parte, todo quedaba muerto.

¡Qué disgusto! Aquello que le había costado tanto trabajo y por lo cual había velado y ayunado dos años, por su causa estaba allí encima.

Aquellas naciones que cogiéndose por la mano rodeaban el grupo, semejantes á las horas alrededor del carro de la Aurora, parecíanle ahora más miserables que una ronda de *batidores de cuarta;* ¡todo lo que creyera jadeante estaba mudo: aquello ni siquiera era un sepulcro, no era nada.

Después de todo, ¿por qué se descorazonaba? ¿Podía suceder otra cosa ante la evolución de la humanidad? Entonces, lo que él soñaba sería arte real; á una idealidad sucedería otra, y siempre, siempre así en el progreso sin fin.

Cuantos se desarrollan en el pleno sol de la libertad serán los frutos dorados del estío secular; nosotros somos los frutos prematuros picados del gusano, y que por consecuencia sólo damos un goce anticipado á los del estío.

El pensamiento de Santiago caminaba, caminaba tan lejos á través de las etapas humanas, que se perdía dando golpes con sus alas tendidas á nuestro aire pesado; estaba bien en aquella atmósfera cálida, dejando volar su pensamiento hacia el alba desconocida.

Un ruido de la puerta le hizo levantar la cabeza.

Debía ser la señora Gachette, la portera, que venía á traer á Santiago su café con leche; aunque sabía muy bien el por qué la señora Gachette había perdido tal

costumbre, no se daba cuenta ahora del por qué la volvía á tomar.

—Pero es mi buena señora Gachette—dijo el artista sintiendo casi el despertar.

No era la señora Gachette que traía el café con leche: era un empleado de la cárcel que ponía sobre la tablilla, bajo la ventanilla de la puerta, la taza que contenía la sopa de la mañana; con las visiones del sueño el grupo desapareció, no quedando de él más que una ventana con barrotes en una celda estrecha.

Santiago estaba en la cárcel; por esto tenía un colchón en la cama.

¿Por qué diablos estaba él allí y cómo se las había arreglado para apagar su hambre?

El hombre de los ojos relucientes había traído mala suerte al hambriento.

¿Quién no lo había de hacer detener al encontrarle bebiendo á boca llena como si hubiese querido olvidar algún crimen, con el oro chorreando de sus manos sobre las losas?

Santiago no estaba en el secreto; su proceso parecía ligado al de los desgraciados de la barraca. Tres de los asesinos estaban, pues, en poder de la justicia. En cuanto á la víctima, expuesta en la *Morgue*, nadie podía reconocer el rostro, completamente aplastado. Perdíanse en suposiciones.

Las manos, de una gran delicadeza á pesar de la anchura de la palma, indicaban que el hombre asesinado pertenecía á la clase que no hace trabajo manual, y esta circunstancia explicaba el oro encontrado en poder de los asesinos.

La instrucción de este misterioso proceso fué confiado á Felipe Wolff; no podía hacerse otra cosa mejor para que la aventura fuera completa.

V

Martín Guerra

Si Roll, vestido con la ropa de su hermano, se hubiese presentado en casa de cualquier amigo, nadie hubiera dudado de que fuese Felipe mismo.

El rostro era tan moreno en el uno como en el otro, que el clima de Cuba no había podido poner más que un matiz imperceptible cuando no se les veía juntos.

La mujer del juez, inquieta por la ansencia prolongada de su marido, lo esperaba, con los niños dormidos sobre sus rodillas.

La habitación donde ella estaba contenía las camas de los niños y era muy bien el nido de púrpura y armiño de los pequeñuelos de un juez, puesto que se sentaba sobre color rojo, llevando el armiño en los hombros.

Roll no lo hubiera escogido de otra manera.

Los lobeznos de Felipe, todavía tiernos con su blonda cabellera que poseían de su madre y con los ojos relucientes del padre, eran montaraces y encantadores, pero lobos con mezcla de leona por la parte materna.

Esos inocentes no tenían ni el espíritu ni el carácter de la raza; auxiliados por la educación, no les quedaría de aquélla más que la inteligencia.

Altos y fuertes para su edad (de cuatro á cinco años), no habían dejado nunca á su madre, envueltos continuamente en sus faldas, jugando y corriendo alrededor de ella.

Los pobres pequeños la amaban tiernamente.

El viejo criado Esteban, del que Roll recordaba vagamente los rasgos desde su infancia, no había dejado nunca á Felipe; faltaba á Roll para la primera prueba ser reconocido ó no por aquél, y con la destreza y la perspicacia, que debían llegar hasta la adivinación, que pudieran desplegar los más grandes genios para su obra, se dispuso á arrostrar el peligro, aunque el instinto de conservación se mezclaba allí con toda su intensidad.

El anciano tembló al aspecto de Roll.—Es la muerte que pasa—pensó él.—¡Pobre viejo! Como perro fiel que era, sentía al lobo.

Roll, pretextando un trabajo, se encerró en el despacho de su hermano, donde pasó el resto de la noche, registrando la correspondencia, los expedientes, las cartas íntimas; penetrando, por así decirlo, en la vida de Felipe.

A la madrugada, se dirigió hacia la habitación de *su mujer;* ella también veló hasta muy tarde. Los niños habían tenido pavores y ella acababa apenas de dormirse. Sus blondos cabellos cubrían la almohada como una gavilla desatada; era verdaderamente hermosa la mujer de Felipe, y Roll al mirarla sintió que sus ojos claros brillaban como dos carbunclos.

Una reflexión le hizo sonreír.—¿Cómo diablos se llama?—pensaba.

Al levantar los ojos hacia un escudo bordado sobre tapicería vió dos nombres entrelazados: Felipe y Ana.

VI

Niños perdidos

La noche está obscura y lluviosa; los caballos resbalan sobre el pavimento fangoso de las calles sucias de los arrabales.

Es tarde y la llovizna muy fría; todas las mercaneías callejeras se echan á perder, y se oyen por doquier las palabras groseras de las vendedoras que reniegan de la lluvia, del frío y de su suerte perra que las obliga á arrastrarse por el lodo.

A la puerta de una reunión pública, una hilera de agentes del orden vigilan para que éste no se altere.

En una casa en construcción se cobijan dos niños, un muchacho de unos doce años, vestido únicamente con una blusa y un pantalón raído, y una niña de nueve á diez.

La niña está absolutamente cubierta de harapos; es una pobre vendedora de flores que tiene quien explote su infancia.

El muchacho lleva un paquete atado con una cuerda.

—¿No tienes miedo de perder eso?—dice la niña mostrándole el paquete.—No es como mis flores. Yo perdería seis perritas si se me deshojaran.

—¿Crees que perderías más que yo, perdiendo tus flores? Pues yo perdería mucho más si perdiera mi paquetito.

—¿Y qué contiene tu paquetito? ¿Un pastel? Yo encontré uno un día, y por cierto que llovía como hoy.

—¿No adivinas?

—¿Cómo quieres que lo adivine si no lo sé? Y luego, si es tan precioso, tú no dejarás que se moje para enseñármelo.

—¡Tontuela! Si yo lo enseñara á tontas y á locas ya me lo hubieran quitado.

—Pero ¿qué es ello?

El, acercándosele, muy quedo le dijo:

—Son papeles.

—¡Papeles!—repitió la niña muy asombrada.—¿Es que también se venden?

—No, pequeña; eso se remite á la justicia para esclarecer los crímenes en que hay misterio.

—¿Qué pueden esclarecer esos papeluchos?

—Mucho, hija, mucho. Se me propondrá una gran recompensa, pero yo no aceptaré. Pediré sólo que se me indulte de mi condena.

Gertrudis miró á Andrés con admiración. ¡Se había engrandecido ante sus ojos hasta las nubes!

¡Andrés, imponiendo sus condiciones á los jueces y rehusando una recompensa que le permitiría comer quince días todo lo que quisiera! ¡Andrés, con una condena! ¡Por lo menos debió mezclarse en una huelga!

El, con una dignidad creciente, dijo:

—¿No sabes por qué estoy condenado? Es que me he evadido.

—¿Estabas en la cárcel?

—¡Porque no tengo padres! ¿Sin eso se me habría puesto en una colonia penitenciaria?

—¿Qué haces desde que estás fuera?

—Pues mira, voy á buscar la sopa y luego el tío la Fortuna me deja acostar sobre sus trapos viejos, por algún trabajillo que le hago todas las mañanas. Dice que le sirvo de perro para impedir que le roben.

—Lo mismo que á mí: la señora Tristán me deja acostar en un camaranchón á cambio de vender flores frescas, y tengo que entregarle veinte perrillas todas las noches.

—¿Y si no se las llevases?

—¡Toma! tendría que acostarme sin pan. Pero ¿ves tú? tengo tanta hambre, tanta, que muchas veces tengo que

tomar alguna perrilla de las de las flores antes de ir á casa la señora Tristán, y entonces tampoco me da de comer.

—¿Y cuando te sobra dinero?

—Entonces lo entrego á la señora Ursula, que me quiere mucho; ¡pero son tan pocas las veces!

—¿Pero es que has venido al mundo sola?

—No, yo tenía mamá. Nos echó al agua á las dos una noche del último invierno, pero á mí un perro grande me sacó del agua. Llamé á mamá, pero no estaba. Después tuve mucho frío y mucho miedo. Luego empecé á vender flores, y un día un bello caballero dijo á la señora Tristán que no me parecía á ella y que era más fresca y lozana que sus flores. Al decir esto me miraron riendo, con una risa que me dió miedo.

—¿No sabes por qué reían ellos? Yo lo sé porque soy mayor que tú. La señora Tristán quiere venderte.

—¿Venderme? Eso es lo que decía mamá cuando nos echó al agua.

—Es preciso sacarte de allí, Gertrudis.

—¿Y dónde me iré? Se lo diré á la señora Ursula. Ella me ayudará.

—Quizá yo pueda ayudarte, puesto que voy á prestar un servicio á la justicia.

La lluvia había cesado, y los dos niños, tristes, salieron de su abrigo.

VII

La casa del Señor

En el camino de Colombes á París había en la época de que hablamos una casita rodeada de altos muros. Apenas si los techos los traspasaban; diríase que era un mausoleo.

Los altos árboles se inclinaban quejumbrosos á los soplos del viento, que por todos lados cogían.

Los mendigos, los haraposos, de vez en cuando los viajeros, iban á pedir allí socorros ó asilo; ¡era la casa del Señor!

Tres viejas, con un jardinero, habitaban la casa Santa. Durante la noche se oían salir de allí notas plañideras de algún canto misterioso; de día jamás se oía nada.

Las tres mujeres salían raramente y no recibían otras visitas que las de un anciano de labios pellizcados, con frente ancha, ojos verdosos, que podría parecerse á Nostradamus ó á Mesmer si se semejara menos á Shylok. Nadie sabía en los alrededores el nombre de aquel viejo; en la casa del Señor se le llamaba el gran sacerdote, el *djaïna* Chala Sarma.

Ese gran sacerdote, según las viejas, había vivido muchas vidas; él pretendía acordarse; ellas no lo ponían en duda.

Sobre la casa del Señor se agotaron todas las conjeturas posibles é imposibles; la leyenda se formó como se forman todas las leyendas, con un poco de verdad entre las tinieblas.

Ese grano de verdad es que las tres mujeres se encontraron como se encuentran los seres que dan vueltas en torno de una misma idea; después de haber hecho juntas experiencias más ó menos serias, á las cuales su espíritu impresionable prestaba fe, se reunieron poseídas por la sed de lo sobrenatural que ellas buscaban.

Pero ello no era el ardor devorante de la ciencia que razona, profundiza, escudriña, rompe ó salva las vías humanas; era el amor rabioso de lo extranatural, de lo extraordinario que arrulla la vida, parecido á los cuentos que encantan á la infancia.

Para asustarse á la vez al menor ruido, para sentir el espanto pasar sobre ellas sin darse cuenta, saboreando el goce del miedo en plena seguridad, se reunieron, desde luego, dos; después tres.

Semejantes á las parcas, y un poco también á las furias, las tres viejas probaban en la sinceridad de su corazón los ritos misteriosos ó insensatos que les indicaba el gran sacerdote.

Una de estas tres fantásticas criaturas había concluído por obtener de la casualidad que ella tentaba cosas extrañas; tenía sobre las otras dos un imperio inmenso; efluvios magnéticos se desprendían verdaderamente de su persona (pasa lo mismo en las casas de alienados). Karpa había adquirido ciertas facultades de los fakires. Las otras dos, Halda y Nara, más aproximadas á los seres ordinarios, eran el reflejo de la primera—sus lunas, decía el gran sacerdote Chala Sarma.—La casa, ordinariamente con una calma sepulcral, se llenaba á ciertas horas de una inmensa vida; los candelabros estaban encendidos, los cantos subían al aire con sus perfumes.

Era que el *djaïna* presidía allí algún sacrificio.

Una pira de madera odorífera orientada á los cuatro vientos, á fin de que las cenizas de la víctima fuesen llevadas allí, estaba encendida en una vulgar estufa. Mientras tanto el *djaïna* contaba que en una de sus vidas anteriores una vez se había colocado sobre una pira delante de Alejandro, en las riberas del Indus, demostrando al conquistador que los *djaïnas* triunfan del dolor, que la víctima, una gallina negra ó una paloma, sólidamente

atada por los pies en lugar de la cobertera levantada, batía sus alas en la llama, y las tres mujeres cantaban á coro las palabras de los *sanyasis* puestas en malos versos franceses:

«Apretad la ropa á la llama, que el cadáver pide una pira y los bramidos del coro á los cuatro vientos con las cenizas van á subir.»

Durante largo tiempo no tenían sobre la pira perfumada de la estufa más que las palomas ó las pollas negras, aventando la llama con sus alas enloquecidas.

Una noche de otoño, el *djaïna* contestó con una voz terrible al coro de las mujeres:

«El cadáver quiere que corra en abundancia la sangre sobre la pira; es la guerra que adelanta, ó el mundo que va á desplomarse».

Karpa tembló; las otras dos se apretaron contra ella gimiendo, mientras que el *djaïna* encendía una antorcha en la pira, sacudiéndola en el aire como para contestar al cadáver.

Durante siete días y siete noches, ellas ayunaron y rogaron; entonces el *djaïna* volvió y dijo que el cadáver pedía el sacrificio del *ékian*. El cabrito de vellón rojo que seguía á Karpa fué atado sobre la pira, con la cabeza y el pecho fuera, á fin de que pudiera llamar mucho tiempo al cielo sordo.

Impasibles, las tres hipnotizadas contemplaban al animalito, que volvía los ojos hacia su ama en los tormentos que le retorcían como un sarmiento verde.

Se pasaron siete días más, *siete*, nombre fatídico, en ayunos y en plegarias. El cadáver permanecía mudo; la tristeza era grande en la casa del Señor; los pobres encontraban su comida diaria sin penetrar en el interior; el pan era renovado y el mismo jardinero no pasaba del umbral de la tercera pieza *(el atrio del templo,* como se decía en la casa del Señor); los nombres de sus amas le eran desconocidos, así como los llamamientos misteriosos Karpa (el Summum de la felicidad celeste), Halda (el Sábado de los celtas), Nara (la Virgen indiana desposada de Nari, que no traspasaba el umbral sagrado). El jardinero Tomás las llamaba muy simplemente la seño-

ra Grande, la señora Joven, la señora Pequeña, y profano en estas cosas, las llamaba consigo mismo la señora Seca, la señora Tocada y la señora Coja. En cuanto al *djaïna,* como veía que sólo él entraba en la intimidad de las tres parcas, Tomás lo llamaba prosaicamente Señor. Esto hacía *pendant* con la estufa, sirviendo de pira.

La casa pertenecía á la más joven de las tres, la cual había instalado allí á las otras dos.

Las tres eran avaras, teniendo miedo de que les faltara para sus viejos días, lo cual les hubiera privado de las dulzuras de la vida mística, cosa más espantosa para ellas que la pérdida de la existencia.

Había otro más avaro que ellas, el *djaïna* Chala Sarma, cuyo verdadero nombre era Eléazar, mercader de curiosidades, traficante en objetos de arte, prestamista á doscientos por ciento y otras tasas variadas, cuya mujer hacía el tráfico de agencia matrimonial, arribaje, colocación y descolocación de carne cruda y otras ramas del mismo orden, ó mejor dicho, tentáculos de un mismo pulpo.

VIII

Detalles incómodos

Convencido de que sólo el instinto podía gritar contra él, pero sabiendo que el hombre no se sirve nunca de este aviso, Roll, entre los peligros de su situación, no pensaba en pararlos más que á medida que se presentasen.

—¡Bah!—decíase:—es asunto de algunos días.

Una misma vida de estudio había impreso en los gemelos el sello particular á los sabios para que sus maneras, ya semejantes, lo fuesen mucho más aún.

Se dejaba guiar por Ana, siguiendo las indicaciones que le descubrían las atenciones de la pobre mujer.

En el comedor encontraba sus propios gustos: lo grotesco, lo fantástico y lo horrible.

Los cuadros de allí representaban las comidas legendarias de los glotones en el fondo de los cementerios: escenas de muerte, francachelas monstruosas en que los borrachos, hombres y mujeres, se hinchaban y deshinchaban como pellejos; escenas de algazaras legendarias y de algazaras de la vida. Sí, era verdaderamente su hermano; pero ahora, muerto el otro, Roll tenía la vida doble.

A este pensamiento, creyó percibir en sus oídos una risa parecida á un aullido.

¿Podía detenerse ante una impresión semejante? La sacudió y se puso á conversar libremente, alegremente, como si jamás hubiese dejado la casa donde estaba. De

pronto se detuvo: Ana le miraba con fijeza y con una expresión indefinible; era el instinto que se sublevaba en ella.

—¿Qué hay?—preguntó él.

—¡No sé! Alguna cosa extraña. Estoy inquieta.

Roll se sonrió y contestó:

—He leído en no sé qué alucinación de Edgardo Poë que eso pone una sombra á nuestro alrededor.

Por segunda vez oyó el mismo imperceptible ruido, de lloro ó risa, que le había impresionado.

Al mismo tiempo Esteban abrió la puerta y un perrito negro se precipitó en la habitación.

—El señor olvidó ayer á Diana—dijo Esteban;—felizmente he pasado por el jardín y la he encontrado encerrada en el kiosco.

No había acabado aún de hablar, cuando Diana, con el pelo erizado, se acercó á Roll, oliendo sus vestidos y saltándole al cuello.

Con sus manos, parecidas á dos tenazas, la cogió por la garganta y la echó muerta sobre el piso.

—Estaba rabiosa—dijo fríamente.

Pasada la inquietud por Roll, Ana y el viejo tuvieron un pesar muy grande para la pobre Diana: provenía de la madre de Ana. Era inexplicable aquello, puesto que había acariciado á Esteban hacía un momento, cuando la encontró encerrada en el kiosco.

—Ya estaba enferma—dijo Roll—cuando la encerré; la había olvidado.

Pareciéndole á Ana que su marido tenía un hilillo de sangre en la muñeca, quería levantarle la manga (era el brazo en que estaba marcado el trazo hebreo). Roll se opuso, diciendo que no era nada... era ridículo.

El resto de la mañana fué triste.

Cuando Roll pudo retirarse á su gabinete, levantó su manga y vió por donde se había deslizado la gota de sangre: tenía como una gruesa perla sobre un agujero que parecía hecho por un punzón; era uno de los dientes de Diana.

Valientemente pasó el brazo por encima de la hoja de un cortaplumas enrojecido en la llama de una bujía,

pues no podía pedir nada sin exponerse á dejar ver el signo.

El animalito no estaba rabioso, pero su cólera podía ser peligrosa. Además, el diente no había atravesado la ropa, sino la carne, no comprendiendo cómo.

¡Bah! ¿es que la rabia podía morderle á él? Y reprimió su risa despreciativa.

—Lo más fuerte pasó—pensaba él tomando más amplio conocimiento de los proyectos y de los papeles de toda clase clasificados en el despacho del juez. El abordaje estaba hecho.

En efecto, el abordaje estaba hecho; pero el amor de Ana por Felipe, ¿podría ser siempre burlado? Ana había animado el corazón de mármol de su marido: ella sentía una ansiedad de la que no podía darse cuenta. Es que la corriente de amor que existía entre ellos se moría, puesto que Felipe estaba muerto.

La presencia de Roll había llenado de angustia la casa; reinaba en ella esa atmósfera que hace aullar los perros á la muerte.

Era preciso obligar á los pequeños á ir á ver á su padre; Esteban, observando cosas que le inquietaban, se volvía loco. La casa de día en día estaba más sombría y más extraña.

Las cosas, desde aquel día, tomaron una manera de ser más monstruosa.

La pasión que se había despertado en Roll envolviendo á Ana la enlazaba, abrasándola como con un vestido de llamas.

Ciertos amores son de rabia. Eran así los del matador y la viuda de la víctima.

Jamás Ana había amado á su marido con aquel arrebato salvaje. Jamás el sitio tan amplio ocupado en su corazón por los pequeños había probado tantos arranques. Jamás ella había sido tan pequeña.

IX

Diversas capturas

Las cosas se encadenaban, y gracias á la reputación de Felipe, fué Roll el encargado de la instrucción del sumario de su propio crimen.

El misterio del Puente del Ferrocarril se complicaba cada vez más: no se desconocía á los matadores, sino á la víctima. El oro robado por los asesinos, la inspección de las manos, que no habían servido para ningún trabajo rudo, y el cuidado que se tuvo en desfigurar el cuerpo, todo probaba que el desconocido era un rico personaje. Se buscó entre las desapariciones de individuos notables, extranjeros ú otros, y no se encontró ninguno.

Debía ser algún refugiado político obligado á ocultarse.

Roll tomó cariño á esta idea de los proscritos, é hizo hacer investigaciones con el fin de llegar á una individualidad real sobre la cual él basaría su drama.

No había ni un solo personaje político del que no encontrasen las huellas. Sólo el cajero de una sociedad filántrópica que huyó con la caja, pero éste no podía ser. El director de la citada sociedad, que sabía que el fugitivo tenía unos papeles suyos, pudo probar que no estaba muerto. Se abandonó la pista por aquel lado.

La víctima permaneció desconocida. Pero Roll, no perdiendo su idea de un refugiado político, se amparó en la circunstancia de que se había visto á Santiago en

reuniones populares; ¿cómo explicar de otra manera el crimen cometido por el escultor? El, evidentemente, mandó al otro; esto era lo que había declarado Pedro. Un hombre le prometió una gruesa suma. Su hijo moría de miseria. Obedeció.

En cuanto á reconocer á aquel hombre en la persona de Santiago, Pedro no le reconocía. ¿Pero los criminales no observan siempre esta conducta para con sus cómplices?

Un día, apretado por el juez instructor, Pedro lo miró con audacia y respondió:

—Salvo el respeto debido á usted, señor juez, el hombre que me ha mandado ejecutar el crimen más se parecía á usted que á éste (señalando á Santiago).

Pedro había insultado á un juez en el ejercicio de sus funciones y fué conducido severamente á su celda. La instrucción prosiguió su curso sin que aquél fuese llamado de nuevo; como sabemos, poco le importaba.

Santiago no se acordaba de nada desde aquel momento en que un personaje, de quien no había visto más que los ojos, le llenó las manos de oro; él había desde luego pensado en mirarle el rostro, y después, no sabía cómo, la sed le empujó de tal manera que entró en el café, pidiendo de beber y despertando en la cárcel. Podía interrogarse su vida entera.

Roll, fríamente, le clavaba con las imposibilidades: no había duda que aquello era una novela que él forjaba. Marta, concentrada en su dolor, no contestaba. ¿Para qué hacerlo?

La instrucción tocaba á su fin.

Los periódicos veían en ellos á una banda de asesinos, de los cuales algunos estaban detenidos.

El primer día de la vista, la sala, demasiado pequeña, no podía contener los murmullos emocionantes de los curiosos y también de algunos fisiólogos que buscaban en los rasgos de los acusados, en su manera de andar y en su acento rasgos de criminalidad.

Un autógrafo de Santiago se había vendido en cien francos, un boceto en mil francos á un anciano caballero que encontraba en él indicios infalibles del crimen.

Otros decían que todas aquellas afinidades se obtenían en reuniones públicas. Allí se inoculan de miasmas de muerte, de pillaje, de incendio, etc., etc.

Una señora, con las pupilas anegadas de misticismo, pensaba acusarse con todos los detalles al abate Cadet, su director, de cosas horribles que ella se exponía á ver y á oir.

La lectura de la requisitoria hizo cesar toda otra preocupación.

El crimen estaba probado; Pedro había confesado. Si éste se obstinaba en no reconocer á su cómplice, es que el terror no le había pasado aún; el golpe salió de un partido político; la Internacional estaba en juego y el mismo silencio de los grupos probaba su complicidad. Esta prudencia, sin embargo, había sido traicionada por un amigo de Santiago, *un cómplice* que intentó hacerle pasar en su prisión un pedazo de periódico que contenía la relación del crimen, escondido en una nuez grande.

Este amigo había pedido ser testigo. ¿Testigo de qué? Era asegurar responsabilidades graves. El acta de acusación, como la requisitoria del ministerio público, apelaba á la severidad de las leyes.

En cuanto á la víctima, desfigurada con tanto arte, el mundo conocería un día, *con terror*, ¡qué personaje ilustre faltaba á su llamamiento!

Nadie mejor que Roll hubiera podido amontonar circunstancias verosímiles. El misterio que envolvía á la víctima echaba sobre el proceso un tercer rayo. Cada personaje se creía importante, imaginándose la muerte suspendida sobre su cabeza.

La audición de los testigos nada nuevo aportó.

El tabernero del camino de Clichy, el amo del café donde Santiago fué detenido y todos los que se encontraban allí, atestiguaron lo que habían visto. El Alto-Marnais, habiendo probado que no sabía nada, fué dispensado del viaje; la gruesa Rosa hubiera querido ver un tribunal constituído, pero de buena ó de mala gana declaró, como el padre, que habían salido antes del incidente.

La audición de los testigos, como hemos dicho, no

presentó ningún interés, y el interrogatorio se había ceñido para uno de los acusados á confesar de una manera feroz, y para otro á negar de una manera aun más brutal.

Marta no quiso contestar.

Un incidente cambió la faz de las cosas. Un muchacho, de unos doce años, flaco y pequeño para su edad, pidió con insistencia ser oído; tenía—decía—papeles que entregar á la justicia. Era la identificación de la víctima—gritaba con una voz enfática.

Habiendo dado la orden de expulsarlo, fué menester oirlo á instancias del público.

Los papeles estaban en una elegante cartera desprendida de la envoltura mugrienta dentro de la cual Andrés la llevaba desde hacía más de tres meses atada con bramante.

A la puerta, inmóvil, ansiosa, la pequeña Gertrudis esperaba la salida de Andrés.

—¿Qué es esta cartera?—preguntó el presidente á Andrés, á quien dos gendarmes guiñaban el ojo.

—La hallé bajo los arcos donde *se encontró* al hombre muerto—y la entregó á un ujier, quien la presentó á los jueces.

Aquella cartera, una carterita de piel de Rusia, de color de tierra, pudo fácilmente escapar á las primeras investigaciones.

Dejándola encima de la mesa delante de él, el presidente procedió á un interrogatorio sumarial del testigo.

—¿Cómo te llamas?

—Andrés.

—¿Dónde naciste?

—No lo sé.

—¿Qué edad tienes?

—Creo que doce años.

—¿Dónde estás empleado?

—Señor, en la Fortuna me alquilan para llevar una cesta todas las mañanas.

—¿Dónde reside eso?

—En los Chiffonniers, en Montmartre.

—¿Por qué no viene alguien contigo?
—Porque nadie sabe lo que encontré.
—¿Por qué has guardado silencio?
—Toma, señor juez, yo tenía miedo de que alguien me *birlara* lo que encontré.
—¿Querías ser recompensado?
—¡Oh no, señor juez! Hubiera querido solamente... ver retirada mi condena.
—¡Tu condena!
—¡Sí! He huído de donde estoy.
—¿Dónde estás? Y ¿por qué has huído?
—¡Estaba en la Chylokiére!
—¡Una colonia penitenciaria! ¡Detened á ese miserable por quebrantar el destierro!

Lo cual se hizo inmediatamente. Andrés tuvo que sentarse entre dos gendarmes que le vigilaban. Pero su confianza en la justicia no vaciló.

Roll, á pesar de su audacia, había sentido pasar un pequeño soplo sobre su carne.

El primer papel era una carta:

«Muy señor mío: La sesión de hipnotismo tendrá lugar, como de costumbre, pasado mañana viernes, en mi sala de la avenida de Clichy. Creo inútil las precauciones que toma usted de ir á pie desde la plaza de Wagram. Nadie aquí ni en los alrededores le conoce. Habrá, además del programa ordinario, estudios generales sobre el fluido magnético, verificados por una sonámbula extralúcida, la señora Lucrecia.

»Reciba, señor magistrado, mis salutaciones.

»Dr. Martiali.

»28 Mayo...»

Roll se daba perfectamente cuenta de que no había perdido nada; la cartera debía ser de su hermano y contener papeles y sorpresas para él. Por todo su cuerpo, un poco velludo, corría un sudor frío, aunque su rostro no expresaba ninguna emoción. Todos los jueces

sentían una viva curiosidad. El presidente había pasado la carta, en la que faltaba el sobre.

¡Señor juez! ¿Así, pues, la víctima era un magistrado?

Roll aguardaba el fin de los descubrimientos para contestar á todo sin que una razón pudiera desmentir la otra.

Un segundo papel sin sobre tenía entre las manos el presidente. Decididamente Felipe era prudente, pero el diablo del doctor Martiali debía ser conocido en la avenida de Clichy y sería interrogado. ¿Y qué?

«París, 15 de Mayo.

»Señor juez: Le ruego encarecidamente se encargue de la defensa de mi hija y de la mía. Somos muy culpables, pero yo lo que deseo es salvarla á ella; que todo caiga sobre mí, y así entiendo debe hacerse mi defensa.

»Su muy humilde servidora,

»Reina Félix.

»4, calle Belleville.»

Esa Reina Félix debía saber á qué abogado ó magistrado se había dirigido.

Su carta pasó, como las demás, á manos de todos los jueces.

El silencio era tan profundo, que se oía el aliento de dos individuos que entraron con gran pena, colocándose á un lado donde tenían apenas sitio, y que tomaban en el proceso un interés apasionado. Esta pareja extraña, el hombre vestido de cuerpo entero y la mujer cuya ropa llevaba aún los pliegues particulares del almacén donde había sido comprada de ocasión, con los ojos se bebían al tribunal, á los acusados, á los gendarmes, y de vez en cuando echaban sobre la sala una mirada parecida á la del actor que entra en escena, seguro de representar bien su personaje.

El efecto que deberían producir, según ellos, dejaría tamañito al producido por la cartera.

Las notas científicas (no firmadas) ocupaban muchas hojas de papel. ¿Por qué diablo Felipe se ocupaba de aquellas cosas? Roll había sido mal informado; no era una querida lo que su hermano iba á ver á la avenida de Clichy, sino una reunión científica.

Su querida en todo caso sería aquella Reina y se la sacrificaría si conviniese. La cuestión era tener audacia.

Empezó por decir en voz baja á los demás que la cartera había sido robada, que aquel niño era un joven *cantor* y que era preciso enviarle de nuevo y pronto á la colonia penitenciaria de la Chylokiére.

Estas cosas circulaban como los papeles á media voz, de manera que los jurados, entre las manos de los cuales estaban ahora las dos cartas, se formasen una opinión.

El presidente tenía un tercer papel, dentro del cual había un rizo de cabellos rubios; sin duda aquel objeto debía ser puesto en manos de la sonámbula.

Roll reconoció los blandos cabellos de Ana. ¡Felipe no tenía ningún otro amor!

Una carta de niño, en gruesos caracteres. Este no decía nada y no tenía que temer por aquel lado. Felipe tuvo la idea, sin duda, de enviar la sonámbula al establecimiento de que hablaba el niño. Mejor hubiera valido una investigación menos vaporosa—pensaba Roll. Esta vez tenía razón.

Era la carta de un niño malísimamente escrita, casi incomprensible, y que firmaba con el nombre de Jacot, sin fecha ni dirección.

—¡Jacot entró el día que yo me escapé!—gritó Andrés entre los dos gendarmes.

Decididamente la cartera había sido robada. Andrés debió haber deslizado allí la carta de su camarada antes de entregarla. Había que reingresar al bribón, *con buenas notas*, á la Chylokiére. El incidente no tenía ninguna relación con el crimen; sin embargo, se harían diligencias para tomar informaciones: tal fué el parecer de los magistrados.

—¿Y *eso!* ¿Ha sido también robado *eso*, que estaba en las manos de la víctima? No se le había despojado de lo que llevaba en las manos—gritaba la voz agria de la Greluchette por encima de la voz quisquillante de Juan Henoc.

Esta vez Roll se sintió palidecer. Su hermano debía llevar sortijas. Pero ¡bah! sería un robo más.

Una nueva emoción sacudió á la muchedumbre. Era menester, á pesar de la singularidad de sus ademanes, dejar hablar á aquellas gentes que podían, decíase, establecer la identidad de la víctima.

Si el hombre hubiese tenido sólidos zapatos, si su pantalón hubiese tenido las dos piernas iguales, habría podido encontrar sitio y su declaración hubiera sido menos firme; pero desde la noche anterior, no teniendo nada que vender ni trabajo, no había bebido más que agua de las fuentes. Ganaba cada mañana un pan de los grandes limpiando los cuadros y las losas de una panadería. De eso vivía.

La Greluchette hacía vida marital con él (para siempre, decían ellos), mascullando el mismo pan, al cual ella añadía á veces algún dulce. La mujer había *comprado para el tribunal,* en una prendería, un vestido usado para ella y una gorra para Juan Henoc.

Vedlos allí á ambos entre los anteojos de los magistrados y los lentes y binóculos del auditorio.

Las miradas investigaban desde sus andrajos hasta sus huesos. Vedlos allí, miserables, teniendo entre sus manos la llave de un misterio de los más apasionados.

—Testigos, siéntense.

Señalando á Juan Henoc:

—Adelántese usted.

—¿Su nombre de usted?

—Juan Henoc.

—¿Su edad?

—¡Caramba! no lo sé justamente. Cuando el padre Henoc me dijo que él no era mi padre, se le olvidó decirme dónde y quién me había encontrado, ni los años que tenía.

—¿Ignora usted su estado civil?

—Yo ni siquiera sé lo que es eso de civil. En cuanto á mi estado, siempre he sido peón. ¿Puedo tener un estado yo? Sin embargo, trabajo en los cabellos, cuando eso da.

—¡Abrevie usted!

—¡Cáspita! contesto á lo que se me pregunta. Y no se trata de esto. ¡Ahí están los guantes! ¡Eh! ¡y que están hechos expresos! ¡Y que no es fácil encontrar una mano parecida á esta! ¡Una verdadera pata de lobo!

En efecto, la palma era de una anchura poco ordinaria. Eso mismo se hizo notar sobre la mano suave y blanca del cadáver.

—¿Dónde ha encontrado usted estos guantes?

—Nosotros hemos oído la lucha, la Greluchette y yo; pasábamos...

—¿Por qué no han ido ustedes en socorro de la víctima?

—Yo no estaba seguro sobre mis piernas, y la Greluchette no es muy fuerte.

—¿Quién es la Greluchette?

—Es la señora que viene á declarar conmigo.

—Relate usted lo sucedido.

—Pues bien: la señora y yo veníamos de dar una vuelta: era de noche é íbamos cantando por el camino de las fortificaciones esta canción:

La tierra vacila
viendo un tonel lleno.

Roll lo recordaba.

El hombre continuó:

—Al mismo tiempo que la Greluchette me sostenía que este era el tercer *couplet* y que yo le decía no, que era otra cosa...

—Testigo, abrevie usted.

—Bien: pues oímos un gran ¡ay! uno solo, como si se hubiese aporreado á alguien, pero dijimos: «No es nada; se oyen muchas cosas como estas en la noche que no se sabe nunca de dónde llegan.» Hay quienes se matan; están en su derecho, y yo prefiero mejor beber.

—Al hecho.

—Nos aproximamos; el hombre estaba tendido allí y eran dos: hubo uno que dijo al otro señalando al que estaba en el suelo:—¡Desnúdele!—No pudimos salvarle hasta esperar la partida de los asesinos; yo había bebido algo, pero estaba de pie firme. Cuando la víctima estuvo sola, nosotros nos aproximamos allí. No había ya nada que hacer: tenía cortado el gañote casi hasta la nuca; no había medio de reanimarle. Entonces yo dije á la Greluchette:—Es necesario vengarlo.

—¿Qué dijo ella?

—Había sentido los guantes y las sortijas debajo de ellos. Para ver si había quien lo reconociera, dije entonces: «Le quitaremos los guantes y las sortijas.» Ahí tienen ustedes los guantes; las sortijas la Greluchette se las enseñará.

Mientras Juan Henoc relataba esto, los guantes pasaban, como lo habían hecho con los papeles, de mano en mano, á los jueces y á los jurados.

—El proceso se enreda—decía el uno.—El misterio se descubre—pensaban los otros.—He ahí á los criminales *espeluznados*—pensaba la Greluchette.

Roll, durante este tiempo, miraba gravemente los guantes de anchas palmas; el juez, su vecino, habiendo echado una ojeada sobre las manos de Roll, enrojeció hasta las orejas al notar que los guantes venían maravillosamente á su cofrade. (Este pensamiento era un crimen de lesa justicia.)

Roll, sintiendo la mirada pesar sobre él, se recogió para salir de este mal paso.

La vista se dirigió á la Greluchette.

La opinión general iba convenciéndose de que estos testigos tendrían algún trabajo para escapar de las terribles garras de la justicia.

—¿Cómo se llama usted?

—Clara Germain, llamada la Greluchette (Chulita).

—¿Qué edad tiene usted?

—Veinte años.

—¿Dónde ha nacido?

—En Quimper.

—¿Por qué vino usted á París?

—Para ponerme á servir. Mis padres habían muerto.

—Siempre lo mismo. ¿Tiene usted colocación?

—Hace más de un año que no la tengo. Una hermosa señora me la quitó.

—¿Cuál es su estado?

—Criada, ¡caramba!

—¿Y ahora?

La Chulita no contestó.

—¿Dónde vive usted?

—Con Juan Henoc.

—¿Por qué no ha buscado usted otra colocación?

—No he podido hacerlo; se me pedían los informes y la señora no quiso dármelos para que el amo, que me perseguía por todas partes como á otras que habían estado en aquella casa, no supiera dónde encontrarme ni la comprometiera á ella.

—¡Abrevie usted! ¿Dónde están las sortijas que el testigo dice que se encuentran en poder de usted?

—¡Aquí están!

La Chulita entregó al ujier una cajita de cartón atada con hilo.

La cajita, abierta sobre la mesa, dejó ver tres sortijas de un valor tal, que los jueces se sobresaltaron.

Las peripecias no habían terminado aún.

El presidente se levantó, y dirigiéndose á la Chulita y Juan Henoc hizo repetir ante ellos á Santiago las palabras ¡aplástele el rostro! que ellos habían oído.

Santiago se levantó, repitió las palabras con un acento terrible, y haciendo un movimiento inesperado, se lanzó hacia la mesa de las piezas de convicción, colocada más baja que la de los jueces, y en la que estaba la piedra ensangrentada que había servido para aplastar la cabeza de la víctima, y con brazo robusto, cuya fuerza estaba duplicada por la cólera, Santiago levantó el peso enorme de la piedra y apuntalándose sobre sus piernas, lanzó la piedra al rostro del presidente, al que casi alcanzó, haciendo salpicar los rostros de los jueces con la tinta de las escribanías volcadas.

Santiago fué echado fuera de la sala de la Audiencia

y no reapareció más á pesar de las protestas del defensor, que le habían nombrado de oficio contra su voluntad.

Después de su partida el presidente continuó:

—Estas sortijas, como la cartera, pueden proceder de cualquiera otra víctima La justicia informará. Yo propongo al tribunal lo guarde para la próxima sesión.

Era cuestión de guardar en la cárcel á los tres testigos hasta nueva orden; Juan Henoc gritó:

—No lo hemos dicho todo: hay todavía un par de guantes; los del asesino, ¡de ese bribón!, tanto más bribón, que se diría son de las mismas manos.

Era la reflexión que hacían los jueces mirando el segundo par de guantes.

—Es muy sencillo—susurró Roll;—hay personas que se ponen los guantes nuevos al entrar en un salón, y estos dos pares pertenecen á la víctima.

Era imprudente por parte de Roll esta afirmación, pues las cosas se presentaban amenazadoras; pero de allí á ocho días había tiempo; la instrucción estaría dirigida por él, y después había advertido que teniendo el tribunal todos los elementos, proponía que se celebrase otra sesión.

El proceso, rodando por los periódicos al día siguiente, tomó proporciones inmensas.

Se tenía por seguro una asociación, de la que el pequeño Andrés, Juan Henoc y la Chulita no eran más que dóciles instrumentos. El drama abarcaba un horizonte inmenso.

X

El trazo hebreo

¿Quién explicaría lo pensativa que se puso Ana al leer el periódico de los tribunales?

Las sortijas, de las cuales los reporters habían hecho una minuciosa descripción, le golpeaban la cabeza.

A la hora del almuerzo miró las manos de Roll; ¡aquellas manos de anchas palmas, parecidas á las de la víctima! ¡Hay semejanzas, pero era la primera vez que encontraba reunidas tantas circunstancias extrañas!

Las joyas, parecidas á las que de ordinario veía ella en los dedos de Felipe, le trastornaban el corazón como una herida.

Esteban, por su parte, encontraba pesado el aire del hotel, y procuró distraerse comprando los periódicos que se pregonaban por todos lados. El pobre perro viejo, con la cabeza pesada, el corazón lleno de sollozos, sentía los indicios, no encontrándolos en ninguna parte.

Su pensamiento rodaba á través de la sombra; se encerró en su habitación.

¿No estaba loco de releer eternamente aquel proceso, que no tenía relación con nada? Desde hacía mucho tiempo, Esteban no había visto las sortijas en los dedos de su amo (porque eran sin duda las tres sortijas que Felipe llevaba desde su matrimonio), la sortija cambiada con Ana y dos más con engarces de diamantes que procedían de la familia de la esposa.

Esteban tenía con frecuencia una visión singular:

Diana, con el pelo herizado, los ojos ardientes, rodando á sus pies.

Los niños, al presente, tenían miedo todas las noches; el viento soplaba en el cuarto rojo y no querían quedarse allí.

—No tengáis miedo, queridos míos—dijo Ana;—yo me quedaré con vosotros.

En efecto, llegada la noche les hizo dormir cantando. La voz se le helaba en los labios; le parecía que el viento estaba triste; no obstante, los niños se durmieron.

En cuanto á Roll, no era que hubiese tenido remordimientos, no era que tuviera el menor escrúpulo, no; era la pasión que lo envolvía, llenándole de fuego sus venas, echándole en una vía desconocida.

Roll andaba, perseguido por la vía que se había hecho, en la atmósfera enrarecida de la casa de su hermano.

Bajo el sol de los trópicos su cerebro había tenido largas erupciones, pero el pecho había permanecido muerto, y he ahí que ahora el corazón despertaba.

Como aquellos que con una piedra al cuello se van al fondo del agua, Roll se sentía arrastrar al fondo negro de su destino.

Ana sentía una corriente fría pasar sobre su corazón, y él procuraba recobrarla.

Aquella noche, sin embargo, sus fuerzas habían disminuído: sabía que Ana, inadvertida hasta aquel día de la desaparición de las sortijas, había leído los periódicos y miraría sus manos.

Verdad que encontraría perfectamente razones para salir del paso, pero tenía una aprensión.

Por la primera vez, Roll sintió sangrar su corazón y estalló en sollozos.

Entonces, reanimado por una fuerza apasionada, se fué hacia Ana, al cuarto donde dormían los pequeños.

—Ana—díjole,—el secreto profesional obliga hasta con aquellos que se ama más que la vida.

Ella levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre la cama donde dormían los niños, los cuales se despertaron con los gritos: era aún el viento, decían ellos.

El instinto de la madre se despertó, y quería permanecer cerca de sus hijos. Pero él llamó á Esteban y poniendo en brazos del viejo los niños que lloraban, llevóse á la madre.

El viejo pensaba, consolándolos, en la pobre Diana, cuya imagen le perseguía á pesar suyo.

Roll recobró el amor de Ana.

Por la mañana, estando dormido, tenía uno de sus brazos sobre el cobertor. Roll dejó á la luz del alba el brazo descubierto: la mancha se le veía, marcada como en los días de su infancia: el trazo hebreo, que Felipe había explicado cien veces á su mujer, les distinguía uno de otro.

La horrible historia le apareció. Levantóse serena, comprendiéndolo todo.

El hombre asesinado era Felipe; ella sabía el secreto de sus visitas á la casa del doctor Martiali; las sortijas la completaban; el signo hebraico ponía el sello al descubrimiento.

Ana fuése sin hacer ruido al cuarto de los niños.

En aquella casa de la muerte marchaba ella como una sombra.

Esteban, apoyado sobre la cama, se había dormido tarde, con el brazo alrededor de los niños, como para guardarlos hasta en su sueño.

Ana lo despertó con palabras entrecortadas.

—¡Padre Esteban! ¡venga usted, marchemos!... ¡No sé dónde!... ¡ya se lo diré!... ¡venga usted!... No diga usted nada á nadie.

Precipitadamente tomaron algunas ropas y dinero, y como nadie estaba levantado aún, se llevaron á los niños sin llamar la atención de nadie.

Roll, al despertarse, vió su brazo descubierto; tuvo frío en la médula.

Ana, el viejo y los niños habían desaparecido.

El desepero de Roll fué terrible.

¡Ana lo sabía todo! ¡todo! Y él ahora la amaba locamente, amaba á los pequeños como si fuesen suyos y todo se derrumbaba.

Aquello debía ser un sueño, una pesadilla.

Anduvo algunos instantes respirando con fuerza: sus dientes castañeteaban, descubriendo su esmalte bajo los delgados labios.

Su naturaleza salvaje recobró sus derechos.

El día era claro y alegre y las habitaciones desiertas estaban llenas de sol. Roll oyó á los criados que se levantaban.

Aquéllos raramente veían á los amos; no tenía nada que temer por aquel lado. ¡Pero Ana! ¡el viejo Esteban!

Sin embargo, ¿quién podría atacarle á él? Cuantos lo hicieran, ¿no serían calificados de locos por todo el mundo?

La señora y los niños habían marchado al campo y él se encerró en su despacho. Su amor por Ana se cambiaba por un inmenso odio contra la humanidad entera, y no sabía aún si lo que sentía por ella era pena ó amor.

XI

Juicio á quincena del tribunal

Roll estuvo hermoso, grande, magnánimo, cuando en interés de la justicia, despojándose voluntariamente de su prestigio, se levantó diciendo: «Yo debo reconocer, señores jueces y señores jurados, que según los diversos incidentes de la última audiencia, está fuera de duda que no solamente se había descubierto á una indudable asociación política á la que ningún crimen le importaba para llegar á sus fines, sino que las ramificaciones se extendían tan lejos, que las alhajas robadas al magistrado instructor para ser vendidas en provecho de alguna obra tenebrosa, debían servir aún para extraviar á la justicia, y en caso de que precisara este detalle (alguna cosa que á él le constaba) diré la verdad.»

Un viejo que le había visto nacer y en quien tenía una confianza sin límites, huyó después de haber entregado á la banda donde tenía algunos afiliados las joyas de su amo, y con el fin de burlar al tribunal se había representado en la última audiencia una indigna comedia.

El relato de Roll, hecho de una manera dramática, emocionó profundamente á la asamblea.

El tribunal entero se inclinó ante él. Cuando después hizo la humilde confesión de sus curiosidades científicas (tributo que él pagaba á su siglo), Roll se hizo arrancar el nombre del miserable que le robó. Apenas había pronunciado lentamente, con un pesar profundo, las sílabas

del nombre de *Esteban*, en lo sucesivo dedicado á la infamia, cuando un anciano se adelantó de uno de los lados de la sala donde esperaba para disipar la última duda. Haciéndose abrir paso, tanta era la fuerza de su indignación, llegó hasta el pie del tribunal y gritó con un acento terrible:

—¡Es falso! ¡Yo, Esteban, digo que es falso!

Roll palideció, pero no debía temer nada; el viejo cayó como una masa, porque la sangre le había afluído al corazón.

La trágica impresión de esta muerte hizo suspender la sesión hasta el día siguiente.

En los bólsillos del pobre Esteban se encontraron algunos papeles, y uno de ellos era el recibo del alquiler de un pequeño pabellón pagado por anticipado por tres meses por la señora Erfel.

Erfel era el apellido de Ana.

Roll sabía ahora dónde encontrarla. El pabellón estaba en Argenteuil.

Pacientemente aguardó la noche, una noche primaveral, un poco más cálida que la del crimen, noche de Agosto, y la tierra, calentada todo el día por el sol, le enviaba los efluvios del día.

Roll caminaba aplastado por la espantosa lucha que los peligros de su posición y la fiebre de su crimen habían adormecido. Ahora la idealidad horrible se levantaba ante el monstruo como si, semitransformada la parte humana, hubiese querido arrancar sangrientamente la leonada envoltura y echarse en brazos de su pasión, que las dificultades hacían crecer sin límites. Roll seguía el camino de París á Argenteuil hacia el pabellón alquilado por la señora Erfel, á un lado el Sena, al otro el bulevar solitario que empieza en la estación y sigue todos los grandes árboles.

Roll se orientó sin buscar, presintiendo el nido donde se ocultaba Ana con los pequeños.

No había portero; el pabellón estaba aislado, rodeado de un vallado que Roll franqueó fácilmente.

Había una lámpara encendida en la segunda pieza, en la que Ana velaba cerca de los niños.

Esteban no podía estar en el umbral, y Roll, con sus manos de anchas palmas, musculosas como los miembros de un león, fracturó la ventana que estaba á ras de tierra, y alto como era cayó ensangrentado por las cortaduras de los cristales, respirando sollozante á los pies de Ana, la que se lanzó á la cuna de sus hijos.

—Escuche usted, me he justificado.

—¡Atrás, asesino! No niegue usted.

—¡Pues bien, sí, he sido un asesino, pero la amo á usted! ¡Tengo horror de mí, de la tierra entera! Mi vida está en sus manos.

Y golpeaba el suelo con su frente, repitiendo:

—¡Ana, Ana!

Ella no contestó, dejándole como á un gusano de tierra, entre el aniquilamiento de todo su ser y la confesión de su crimen.

La venganza, el odio de la esposa, el horror que subía de su corazón, le disputaban á la monstruosa pasión que la había envuelto, que la envolvía aún.

Los niños se despertaron, llamando á su madre bajo el imperio de aquel extraño terror del viento que les cogió en la cámara roja.

Ana, ante el espantoso dolor de Roll, sintió su odio vencido y el horrible amor la dominó de nuevo, arrancando su corazón; los niños se cogían á su cuello, mudos de terror, y por la ventana fracturada en la noche profunda, ella se arrojó al Sena: tenía razón.

Roll siguió la huella fugitiva de su ropa en las tinieblas, no alcanzándola, y muy cerca de él oyó un ruido sordo: el agua lívida formaba anchos círculos. En vano sondeó, debatiéndose contra la corriente; en vano exploró el sudario verdoso: Ana y los niños se habían ido á merced del río.

El desespero de Roll, la magnitud de la lucha en que parecía tener contra él una parte de sí mismo y la tierra entera, le dieron fuerzas: no quería ser vencido. Dominando toda su voluntad, Roll compareció á la continuación de la vista en la Audiencia, formuló detalles precisos de una lógica maravillosa; los acusados estaban perdidos.

Santiago y Pedro fueron condenados á muerte. Marta, Juan Henoc y la Chulita á trabajos forzados á perpetuidad.

Andrés fué reintegrado con notas en tinta roja en su colonia de la Chylokiere.

Gertrudis lo aguardó mucho tiempo á la puerta del palacio de Justicia, creyendo que habría vuelto cargado de honores. Al acercarse la noche tuvo que entrar de nuevo en casa de la señora Tristán sin un céntimo, y á pesar de las mentiras que el miedo le hizo encontrar, Gertrudis fué á acostarse sin pan después de haber recibido una ración generosa de golpes de martillo.

La corrección era lo que temía, pues Gertrudis estaba demasiado triste para tener hambre.

¡Quizá Andrés, cubierto de honores y de recompensas que no había podido rehusar, la había olvidado! Rodando este pensamiento en su cerebro vacío, la niña concluyó por dormirse, acallando apenas sus lágrimas el sueño.

Roll volvió á la casa desierta, sintiendo sobre su llaga viva la irritación de la delicadeza demostrada por los magistrados al hablar del robo que le concernía; todo ello le causaba como pinchazos de alfiler en la carne viva, al ver tantos miramientos á su alrededor.

Algunas semanas después del juicio, los dos condenados á muerte fueron indultados: el verdugo había sido tan torpe en la última ejecución, que el horror dominaba por doquier.

XII

El gallo rojo

Por la noche en las prisiones se acuestan á buena hora. ¿Por qué velarían allí? Los miembros no podían más, no por el cansancio material, sino por el moral.

Tendidos en sus camastros, los presidiarios cuentan cosas extrañas, tan nuevas algunas veces, que se encuentran purificados bajo sus alas: tan sombrías ordinariamente, que asustan á los que ignoran el lado verdadero de las cosas.

Sería enorme la responsabilidad de la vieja madrastra sociedad civilizada, que echa las tres cuartas partes de sus pequeños al arroyo y los recoge de nuevo para rodearlos de todas las miserias, mientras la cuarta parte es para la corrupción de las riquezas, si la sociedad misma fuese completamente responsable de todo ello.

Hay en el presidio abandonados y desapasionados, arrastrados por los vaivenes de la vida—como los caballos por el tiro;—hay inocentes y hay grandes caracteres, caídos todos, unidos en el destierro de lo que se llama humanidad; hay vanidosos y hay monstruos como en todas partes.

Si se examina una casa de locos, idénticos casos se presentan: locura del poder, locura del amor, locura de las riquezas, locura del desespero; vicios y crímenes tienen las mismas causas.

Era aquella una fría noche de invierno; los cristales estaban cubiertos con arabescos de escarcha; el viento

soplaba áspero del espacio y áspero también de la tierra.

La sala estaba helada; acaso dentro de una hora ó dos los hálitos amontonados allí producirían corrientes cálidas.

Hubo una sublevación aquel día: fué sofocada, pero el fuego se ocultaba bajo la ceniza; ¡era demasiado sufrimiento!

Se preparaban responsabilidades y castigos; ¿quién se salvaría?

En medio del estupor general que reinaba, un hombre levantó la cabeza y los otros le miraron con espanto. Algunos le hacían signos para que se acostase; ¡estaba prohibido levantar la cabeza!

El hombre fijó en el espacio sus ojos ardientes, levantó los hombros, mirando en torno suyo bajo la pálida luz de las lámparas de noche.

Miró, llenándose tanto sus ojos de la escena lúgubre, que le hubiera sido fácil reproducirla, pues era un artista.

La mirada, que no se dirigía á nadie, esparció un calor, relumbró una rebeldía.

El hombre, escudriñando los rostros helados bajo la mórbida claridad, llamó á la vida.

—El cuadro de esta *morgue* de la existencia no puede ser reproducido—se decía el artista—sino por un bosquejo en que el pintor buscaría la impresión.

¿Como reproducir estos hombres? Son grandes manchas negras. No es la luz que tamiza la escena, es la sombra que tapa la luz.

El rostro del artista no era lo que tenía de menos curioso: el resplandor de sus pupilas se deslizaba sobre las mejillas enflaquecidas, mientras su tez permanecía imposible.

Los que tenía más próximos levantaron la cabeza.

—¡Ese Santiago!... Es imposible. ¡Se diría que es feliz!

—¡Dejadlo! Parece que huele la sangre—decía un espía de la cárcel.

Pero por muy bajo que lo dijese, Santiago lo oyó; tenía las orejas tan finas como los ojos. Su movimiento de cólera hizo temblar al bribón.

—¿Quién ha dicho eso?—gritó.

El espía tragó su baba sin contestar.

—Sí, es verdad que parece que te bebes la sangre.

Eran los otros soplones que venían en ayuda de su camarada. Las palabras no tienen color. Nadie podía decir de dónde venía esa granizada de insultos.

—¡Ah! Tú te encuentras bien aquí.

—Usted también, puesto que está—dijo Santiago levantando los hombros.

Su cólera se había desvanecido ante esas infamias anónimas.

—¿Cómo lo haría uno para salir?

—¡Con todo, hay un medio!

—¿Cuál?

—¡La muerte!

—¡Es demasiado fría la muerte!

Sin embargo, algunas voces ásperas aplaudieron.

—No es más fría que la cadena.

—Es que cada uno tiene su piel—afirmó un viejo que tenía apego á la vida.

—Si usted está bien aquí, no se mueva.

—Déjanos tranquilos; es mejor cantar, puesto que así se sufre menos y se gana algo.

—Vamos, tú, el hombre de la chulapería, vuélvete á tu guitarra.

Juan Henoc, que había envejecido diez años sólo en algunos meses, con la espalda encorvada, las mejillas flacas, tosiendo y escupiendo sin dejar su posición horizontal, empezó á cantar con voz chillona una canción en boga.

—Más alto; vamos á acompañarte con una gaita.

Las palabras incoherentes con el ritmo de tocar á rebato, los finales cayendo en medios tonos, removieron la asamblea; un soplo inmenso hizo retumbar la rebeldía en todos los pechos, que cantaron á coro:

¿Quién, pues, derrite,
derrite
la hiel?

El dique estaba roto; la sublevación empezaba de nuevo.

Los soplones cantaban con los otros. Algunos de esos miserables tomaban una parte verdadera, echando su infamia en el grito de venganza universal.

Ahora hacía calor en la sala; la escarcha se fundía sobre los cristales.

Se oyó un grito:

—¡Santiago! ¡Santiago!... La *Carmañola* de los hambrientos!

El estribillo de la canción de Juan Henoc le había dejado suspenso.

Fríamente, empezó á cantar con su voz mordaz la siguiente marcha bravía:

Con el reinado de los señores,
vivimos solos de caridad;
primero roban nuestros sudores,
después exigen fraternidad.
Y con el mando perpetuo, fijo,
de estos tiranos, hemos de ver
pálido el rostro del tierno hijo,
desventurada nuestra mujer.
De la igualdad
héroes venid,
héroes llegad,
héroes surgid.

Rodando las voces semejantes á un huracán, debían oirse desde fuera.

Un frenesí sacudía la sala.

—¡Sí, que cante el gallo rojo! ¡El gallo rojo, que cante!

—¿Lo queréis?

—¡Sí, es demasiado sufrimiento, es preciso concluir! ¡Fuera cobardías!

—¡El gallo rojo! ¡El gallo rojo!

Un hálito de calor se escapaba de los pechos; el aire estaba ya en el fuego cuando el juramento fué pronunciado.

¡Quién pudiera creer que la idea de la muerte, de

una muerte tan horrible, llenaba de un gozo feroz á los forzados encadenados en aquella sala, que debía ser su pira! Aquellos que han visto de cerca los presidios; aquellos también que prefieren volver el puñal contra su llaga, imaginaos un juramento en parecidas circunstancias, hecho por hombres á quienes no se les reconoce el derecho de pronunciarse. Pues bien; nada faltaba allí.

¿Han visto ustedes tempestades humanas? ¿Oir soplar alguna idea terrible sobre una aglomeración de hombres?

¡El fuego! ¡El fuego! ¡A los cuatro lados del presidio! ¡Morir todos; amos y esclavos, carceleros y prisioneros!

Algunos de los supervivientes de aquel día encontrarán aquí muy débil el terrible relato.

Santiago, encargado de *encender el gallo*, como ellos decían, conferenció con los otros.

La calma con la cual los forzados se levantaron pareció extraña.

Los soplones, divididos entre el miedo de vender demasiado pronto á sus camaradas (lo que les hubiera expuesto á venganzas terribles) y el deseo de cumplir su obligación, habían hecho un relato en el cual el canto fué más principal objeto que el juramento.

Tenían tiempo. Los complots en el presidio, á través de todas las dificultades, eran cuestión de meses y á veces hasta de años. Contaban con las costumbres ordinarias, sin pensar que aquella vez la sangre estaba demasiado caliente para esperar; las circunstancias y todo lo demás se prestaban allí maravillosamente.

El desespero, llegado al extremo, ¿no podía dejar subsistir el temor y hasta no pasar de ahí?

Si hay epidemias de disgusto y de suicidios, es en lugares semejantes al infierno del presidio que se propagan muy pronto, y cualquiera que hubiese dicho aquel día á los presidiarios que vivirían una semana aún, le hubieran creído loco.

El viento de la rebeldía soplaba fuerte, tan fuerte, que la amenaza hecha por los guardianes de hacerles

sufrir penas ordinarias y *extraordinarias* levantó un sordo murmullo.

El hombre cautivo, semejante al león bajo el látigo del domador, sufre á veces largo tiempo, se calla, se arrastra sin quejarse, pero que la vara azote con una injuria más refinada, que alcance una llaga más viva, que el domador cese de dominar á la fiera; ésta se levanta y destroza al que le ha ultrajado impunemente durante largo tiempo.

El hombre no es más cobarde que la bestia: un instante antes se tiende, haciéndose el muerto ante el domador de hombres; un poco después vedlo ahí de pie, aplastándole con su peso, destrozándole con sus garras, triturándole con sus dientes.

Tal fué el efecto de las condenas al calabozo, á la barra de la justicia que la administración ó pretorio reunido pronunció contra una treintena de instigadores de la sublevación.

En los días cortos de invierno, esperando después del almuerzo para juzgar con más comodidad, el pretorio del presidio no había terminado su sexto juzgamento cuando la noche ya se había echado encima; pero había allí rebeldes y los unos no querían contestar, los otros contestaban con la brevedad que la cólera lanza al rostro. El tiempo pasaba y se pasaba tan bien, que bajo la pálida claridad de las lámparas de la sala de los Juzgados, una erupción de presidiarios apretados como las abejas en el umbral de la colmena, entraron de golpe y porrazo; después otra, luego otra, y bajo el negro enjambre, el pretorio fué invadido, las puertas cerradas y vigiladas y los acusados libertados, todo esto en un abrir y cerrar de ojos. Todas las cadenas rotas, toda la administración prisionera, desde el director hasta el escribano; los guardianes, los soldados, todos los que juzgaban y todos los que guardaban iban á ser juzgados á su vez.

El tribunal estaba desocupado.

—¡Eh, Santiago! Sube al estrado; vamos á juzgarlos.

—¡Yo me siento allá! Jamás debemos morir con ellos.

Los pingajos rojos y amarillos se agitaban alrededor de los prisioneros.

—¡No, no hay que sentarnos allá! Convinimos en que se corte la estopa por aquí.

Santiago pensaba en las sesiones de su juicio, pensamientos que le ponían un nudo en la garganta, dejándole sin palabra.

Los prisioneros miraban inquietos á los presidiarios, que ahora eran los amos y estaban sosegados.

—¿Qué quieren ustedes hacer?—preguntó el director con calma.

—¡Va usted á morir con nosotros!—dijo Santiago;—nadie sabe lo que va á suceder aquí; los camaradas van á poner fuego en todo el presidio.

—¿Qué agravio tenéis de nosotros?—preguntó el director.

Santiago contestó:

—Ustedes no son más que instrumentos, es verdad: ni nosotros podemos cambiar nada ni ustedes tampoco, y otros harán lo que ustedes hacen mientras eso sea ley.

—Nosotros queremos morir y que ustedes mueran con nosotros. Eso será un ejemplo. Estamos desesperados.

—Yo no soy culpable—dijo Juan Henoc.

—Ni yo—dijo otro.

—A mí fué la miseria la que me hizo caer, y no se ha pensado en mí más que para enviarme á presidio.

—Conmigo sólo se ha pensado para enviarme al servicio militar y para condenarme.

Pensativos buscaban los agravios contra la sociedad, olvidando las venganzas.

Fuera nada se oía.

—Quedan levantados los castigos si nos dejáis salir—dijo el director.

Hubo una inmensa explosión de risa, que hizo bajar su blanca cabeza al jefe, no encontrando nada que responder. En efecto, semejante promesa había sido hecha en una sublevación pasada y no fué sostenida, sino que se les castigó más cruelmente, y además, ahora los sublevados querían morir.

Una chispa, parecida á una estrella, atravesó el patio: era la señal esperada.

Santiago sacó de su bolsillo un proyectil que pueden construir los presidiarios á través de todas las dificultades; era un bote pequeño de conservas, transformado en bomba, la cual, echada en el pretorio, encendió las ensambladuras apolilladas, demostrando que iban á morir todos juntos como habían dicho los rebeldes.

El fuego flameaba ostensiblemente en todas partes donde no se creyera ver más que el reflejo, y la obra se realizó enteramente.

Los hombres de la administración echaron una ojeada sobre los presidiarios; todos estaban tranquilos.

No podían esperar nada de ellos.

El pretorio se quemaba con una espantosa rapidez; el fuego lamía los muros, ganaba el cielorraso, esparciendo un calor espantoso en la sala; era una hoguera para cocer un buey.

Si hubiese habido humo, todos se hubieran ahogado; pero la madera apolillada se quemaba como si fuese cerillas.

En aquel momento, el escribano se acordó de una campana de alarma que ya había usado otra vez; el botón con que se comunicaba estaba cerca de él.

El campaneo, estallando con frenesí, llamó á socorro por aquel lado, al que comenzaba á llegar el fuego; la lucha se había empeñado, como el incendio, por muchos lados á la vez.

La masa del muro, al cual las maderas del pretorio habían comunicado el fuego, acababa de desplomarse; los soldados derribaron las puertas en tan gran número, que apenas una docena de hombres escaparon, batiéndose en retirada hacia el ala que daba sobre la rada. Los otros, hechos prisioneros, fueron encerrados en los calabozos. Fueron necesarias dos compañías para tomar el presidio, haciendo armas contra los desesperados.

Santiago, Pedro y Juan Henoc fueron de los que se refugiaron en el dormitorio, no para sobrevivir, sino para no rendirse.

Allí tenían que defenderse sólo por un lado.

El comandante, que vino á recuperar el presidio, hizo colocar á sus hombres en el patio, y bajo el fuego de las ametralladoras procuró reducir á los desgraciados, que habían vuelto á tomar un amor insensato á la existencia.

¿Habéis visto las tempestades humanas? El furor de las dobles represiones, multiplica ó centuplica las fuerzas de cada ser. Eran también de los que querían morir.

En su retiro escuchaban la crepitación de los fusiles, el regular ruido que hacía pensar, mientras las ametralladoras desgranaban sus balas, en el órgano de barbarie del cual era representante. El vuelo siniestro del somatén anunciaba la sublevación, y el cañón de la rada contaba con sus pesados golpes los cuartos de la crisis. Aquello era terrible; todos se decían:—Bien cobarde sería el que de nosotros sobreviviese.

Santiago recordó que la farmacia estaba debajo de este departamento y que al comunicarse el fuego á las esencias inflamables, nada les salvaría: podían aun avivar el fuego.

Esta vez fué Juan Henoc quien suministró la cerilla; sacó de una doblez de sus harapos un viejo eslabón y un pedazo de yesca que se lo había dadò un veterano fallecido últimamente y dijo:

—Tuvo una graciosa idea el buen hombre de hacerme este regalo diciéndome: «¡Eso puede servirte!» En efecto, eso servirá.

Aquello sirvió tan bien, que muy pronto el gallo rojo batió sus alas sobre ellos. El techo quemaba con horribles crujidos.

No había otro medio para que el incendio no se propagase, que aislar el departamento. Y así se hizo.

El aire, el viento del mar y el de la tierra, soplaban sobre aquel océano de llamas; las lenguas ardientes ondulaban como las espigas de un campo.

Las oleadas, los vientos y las llamas elevaban un coro sin nombre que acompañaba como un órgano la llama, apoderada entonces de las paredes todavía en pie.

Santiago tenía chanzas extrañas; quedó solo en un ángulo del dormitorio desasido del incendio. Desde aquel asilo, del que no quería descender más, el escultor miraba y miraba con todos sus ojos, escuchando con todos sus oídos el coro monstruoso cantando y las arpas del viento cómo sacudían en el aire los ronquidos de la cólera.

La nota pesada del cañón de alarma, el toque de rebato del somatén, acentuaban aun más esa melodía desolada.

En el cielo, el incendio enviaba á lo lejos las rubicundeces de la madrugada y las franjas de sombra flotaban á semejanza de las de las auroras polares.

Santiago, embriagado por las notas de música de tonos apenas sensibles y de otras que parecían sonar á distancias enormes, llenaba todos sus sentidos de arte de los tiempos venideros

Miró largo tiempo, vió el cuadro que no creía ver nunca, y oyó el canto que no creía oir jamás.

El poema del odio germinante de amor, la destrucción saludando al nacimiento.

La farmacia hizo de golpe explosión. Un ramillete de fuegos artificiales subió hasta las nubes.

La masa del muro que aguantaba al escultor se precipitó en el mar con el resto de las ruinas.

De los hombres caídos al agua muchos fueron salvados.

A Santiago la muerte no le quiso.

Juan Henoc, desvariando en su cama de la enfermería, el rostro cubierto de hojas de algodón, decía:

—Es necesario que la libertad sea una cosa muy buena para olvidar á la Chulita.

Lo que él olvidaba, sobre todo, es el castigo ejemplar que le esperaba al salir de la enfermería. Pero es tal el ligamiento de la vida, que raramente el que escapa de la muerte intenta afrontarla segunda vez. En este caso se encontraba Juan Henoc.

Santiago no decía nada; había soñado otra cosa.

Los desgraciados curaron. Santiago, á quien se le reservaba la muerte, fué conmutado; Pedro y Juan He-

noc, que debían marchar para la Caledonia, subieron en el mismo vapor, y el médico que les había cuidado declaró que Pedro viviente era un caso curioso para la ciencia.

Mucho tiempo después de la partida del vapor que los conducía, se presentó como un ensayo de arte entre los *criminales* el grupo del *Porvenir* de Santiago con el de los versos de Lacenaire.

XIII

Eléazar

Roll podía dispensarse de su franqueza en el asunto de las sesiones en casa del doctor Martiali.

Tan pronto lo reprodujeron los periódicos, el sabio doctor transportó clandestinamente lo que no quería destruir ni exponer á las curiosidades judiciales á la tienda del mercader de curiosidades Eléazar, quien no era otro que él mismo, y su esposa la señora Tristán, la *protectora* de la pequeña Gertrudis.

No se oyó hablar más de las tertulias del doctor Martiali.

La clientela á la que la señora Tristán pensaba ofrecer con sus ramilletes mustios á Gertrudis, fresca como una rosa de Mayo, no vió más á la vieja.

Su tienda, en la que había objetos diversos (siempre los mismos), fué cerrada una mañana con el aviso siguiente: Cerrado *por defunción*.

—¿Cuándo había muerto la señora Tristán?—se preguntaban algunas comadres;—pero nadie pudo responder.

—¿Quién diablos se dió cuenta de que la señora Tristán era la señora Eléazar?

La tienda de Eléazar estaba situada en el Marais, en la casa de un patio grandioso que forma un ángulo en la calle Pavée. Los clientes del mercader de curiosidades se dividían en muchas clases: sabios, artistas, coleccionistas, maníacos. Todos, gracias á su maravillosa erudición, le tenían en gran estima; hasta algunos eran sus

entusiastas, y con esos clientes Eléazar ganaba bastante satisfaciendo sus gustos literarios.

Tenía otra clase de clientes; éstos eran los que pedían prestado, y á quienes él trataba con mucho rigor.

La clientela de la señora Eléazar era la misma que la de la señora Tristán.

La Tristán vendía carne cruda á los burgueses glotones; la Eléazar vendía á los refinados de intemperancia arqueológica amuletos de muertos.

Aquella noche celebraban comité secreto los dignos esposos; la pequeña Gertrudis, transportada como los otros objetos, había sido embriagada por esta circunstancia con la borrachera por la que, según Eléazar, pasaban los fakires antes de hacerse enterrar.

Sólo él podía hacer despertar á la niña, y no quería despertarla pronto.

No podía dejarla despertar en otra casa, y sin embargo, era preciso desembarazarse de ella de una manera segura y provechosa, y á esto es á lo que vamos á asistir.

La mesa estaba cubierta con un mantel blanco y puesta en la tercera habitación.

Eléazar acababa la sesión adormeciendo á la niña con corrientes magnéticas.

La mujer era alta y seca como una torre, de cabellos negros, sobre un cráneo de víbora bajo un tocado elegante que hacía más horribles sus ojos redondos y crueles; los labios delgados, y su lengua era un dardo con palabras siempre cargadas de veneno.

El hombre era á la vez horrible y bello, según las circunstancias en que aparecía.

Por la mañana, con su casquete sobre la cabeza y envuelto en una vieja bata de casa, en la que casi desaparecía, Eléazar colocaba sus anteojos de acero sobre su nariz ganchuda, estudiando los cálculos sin fin de sus enormes libros. Se diría que era una momia, por lo apergaminado que estaba: tenía la risa y el llanto del cocodrilo, calculando las ganancias ó las pérdidas de la vieja. Si estaba en pérdida, ¡desgraciados de los que caían bajo su garra! Si había ganancias en el mercado,

Eléazar apretaba más aún á sus víctimas. El ave de rapiña quería más golosinas. Eléazar, tratando de poder á poder con los artistas y los sabios, más inspirado que los unos, más erudito que los otros, tiraba lejos de sí el casquete que ocultaba su cráneo inmenso, inventaba, relataba, discutía ora con una suavidad áspera, ora elevando la voz, enseñando á los sabios, deslumbrando á los poetas.

Entonces él dominaba, era el *djaïna* Khala Sarma.

Aquella noche no era ni una cosa ni otra; era la máscara de la esfinge: buscaba.

La niña dormía ante ellos con sueño profundo; no había peligro de que despertase ni de que sorprendiera sus conferencias.

Eléazar tomó la mano de la niña.

—¿Quieres contestarme?

Un gemido se escapó de los labios de Gertrudis.

—¿En qué piensas?

La niña, soñando, repitió (por casualidad ó no) la frase de los clientes de la señora Eléazar:

—Con flores frescas hace usted basura.

—Pues bien; esta vez no—dijo Eléazar.

—¡Bah!—respondió la vieja descubriendo los dientes que mordían sus labios vulgares;—es necesario confiar una sonrisa al gato que por la frescura de una niña da el vizconde.

—Le he encontrado un refugio.

—¿Es que queréis romper la venta?

—Ya sabéis la más vulgar de las leyendas rusas, en que los gallos no cantan y los habitantes no se levantan jamás, y allí es donde yo voy á enviarla.

—¿Y si el hombre rompe el negocio?

—Nosotros hemos prometido á Gertrudis; la muerte rompe la venta. Si no está contento, que se queje.

—Gertrudis—dijo él tomando la mano de la niña:—contéstame, quiero que me contestes. ¿Qué ves?

—Todo negro.

Echó algunas gotas de un licor en una cuchara y lo hizo resbalar sobre los labios de la niña, cuyo cuerpecito se estremeció.

—¿Qué ves á tu alrededor? Vamos, contéstame.

—Nada.

Una respiración más fuerte levantó su pecho; en efecto, no había nada allí.

—Estás loco, Eléazar—dijo la vieja.

—Hago experimentos; he despertado á adormecidos con la dosis empleada; quiero ahora despertar una muerta. He encontrado el licor que conserva los cuerpos humanos: creo tener el que los despierte como el agua reanima las plantas secadas por el sol.

Llamaron á la puerta de entrada. Eléazar cerró con cuidado las dos habitaciones del fondo y fué á abrir.

Era el vizconde, es decir, un viejo bribón que buscaba á la niña.

—¿Y qué?

—Entre usted.

—¿La niña está allí?

—Sí.

El viejo introdujo al vizconde en la sala, donde la señora Eléazar, mordiéndose los labios, continuaba mirando á la niña, que estaba sentada, inerte, cruzados los brazos y la cabeza apoyada á la espalda de su silla.

La pequeña había sido adornada para las circunstancias: sus cabellos desatados cubrían sus hombros y una bata encarnada hacía resaltar su palidez.

Durante algunos instantes el vizconde quedó de pie mirando á Gertrudis, bebiéndosela con los ojos.

Por fin sacó una cartera.

—Cuente usted—dijo.

Cosa que hizo la vieja con cierta destreza de manos.

—La cuenta está bien.

—Ahora, ¿cómo lo haremos para llevármela?

—Es fácil—respondió Eléazar;—lo tengo todo preparado. Pero es necesario esperar una hora. ¿Quiere usted sentarse, señor vizconde? ¿Ha venido usted solo, verdad?

—¿Me cree usted tan imprudente para hacerme acompañar?

—En efecto, eso sería una imprudencia, y por mi parte no estaría más á sus órdenes.

—¡Ah! Vamos, sabio maestro—dijo el vizconde levantando los hombros ante la mala idea que se tenía de su prudencia,—¿en qué se ocupa hoy?

—Entre otras cosas busco el elixir de la juventud.

—¿Y lo ha encontrado usted?

—¡Casi! La belleza de los rasgos no resulta con mi licor, mas la fuerza es mayor que en ninguna época de la vida. Pero yo encontraré también la frescura del cutis.

El vizconde sonrió á su futura juventud.

—¿Es usted incrédulo? La cosa no es más difícil que dormirse ó despertar.

—En efecto, y he ahí la segunda vez que yo podría apreciar sus talentos á este objeto.

—¿Quiere usted probar el elixir?

El vizconde tuvo una aprensión, pero le quedaba de su raza una valentía mezclada de vanidad, una audacia transformada en jactancia, y no quería volverse atrás.

—Probemos—dijo.

Eléazar tomó un frasco encarnado y echó sin remover el licor en el vaso del vizconde. Después agitó la redomita con fuerza.

—Mi mujer y yo también tomamos el elixir, pero á un grado que á usted le mataría no estando acostumbrado.

El licor, con la agitación, se había vuelto turbio. Así era un contraelixir que Eléazar removía en el fondo.

El vizconde, con una ligera palpitación en el corazón, tomó su vaso.

—¡A la belleza!—dijo levantándolo con sonrisa de mono hacia la dirección de Gertrudis.

Una ojeada de Eléazar hizo beber á su digna esposa sin titubear.

—Y bien—dijo el mercader de curiosidades,—¿no siente usted correr la sangre más aprisa por sus venas?

El vizconde estaba sentado, llevando las manos á su pecho, donde en efecto la sangre afluía.

—Algunos instantes más—dijo Eléazar contestando á la muda interrogación del vividor decrépito.

Algunos instantes más, en efecto, y el vizconde dor-

mía el mismo sueño que Gertrudis, ó el de la misma muerte, en el caso de que Eléazar no pudiera despertarlos.

—Eudosia—dijo Eléazar,—ilumíname para que yo transporte mis objetos á los sarcófagos que les he comprado esta mañana.

Había en una cueva de detrás de Eléazar dos curiosos sarcófagos de Egipto. Los abrió, depositando en el mayor el cuerpo del vizconde; acostó con cuidado á Gertrudis en el más pequeño, y sin olvidar los tabutretes huecos bajo la cabeza, los encerró cuidadosamente, metiéndose en el bolsillo la llave de la cueva donde ellos debían aguardar á que los llamara á la vida.

XIV

El testimonio de los muertos

Roll concluyó al momento con su primer acceso de humanidad y supo arrancar su corazón sanguinolento de su pecho, haciéndose de mármol.

El amor se había posesionado un instante de él, y no quería que volviera á suceder.

Muerta Ana, todo había muerto. Lo que él quería en el presente era la ciencia. Le parecía haber realizado su sueño, haber entrado en una nueva vida. Ana fué un sueño. El no había sentido siempre la necesidad fatal de reunir los dos monstruos en uno solo.

Por fin, todas sus ideas monstruosas cesaron; se hizo la calma en Roll y se ocupó con una maravillosa lucidez de los procesos que le estaban encomendados.

Muchas veces, en medio de sus preocupaciones judiciales, pensando en el poco valor de las pruebas, reía de la bestialidad humana. Sin embargo, llegó á hacer inclinar la balanza del lado de la justicia. ¿Era un capricho?

Un día se interesó en un proceso en el que dos inocentes habían sido víctimas de la concupiscencia de un pariente. Roll estableció la instrucción sobre bases tan inatacables, que el ministerio público no tenía que hacer más que reclamar la condena más severa.

El defensor osaba apenas hablar de circunstancias atenuantes; el acusado estaba como herido por un rayo. De pronto, una mujer, vestida de harapos y llevando

cerca de sí dos niños de cuatro ó cinco años, se adelantó hacia el tribunal.

Roll reconoció á Ana, Ana que para escapar á la horrible obsesión de su amor, iba á pedir justicia.

Sus hijos no se mancharían—pensaba ella,—y Felipe sería vengado, vengado del amor, vengado por ella misma.

—¿Qué quiere usted?—dijo el presidente.

—¡Justicia! ¡Justicia!

La palabra justicia, cada vez que es pronunciada por los desesperados, despierta una idea de locura.

—¡Explíquese usted!—repitió el presidente.

¿Explicarse?... Intentó hacerlo, pero le habría sido preciso decirlo todo de una vez. Empezó:

—Mi marido ha sido asesinado.

—¿Tiene esto relación con la causa de que ahora se ocupa el tribunal?

—No, señor, pero tiene relación con uno de los jueces aquí presentes.

Roll, como los demás, miraba á aquella mujer que con una calma espantosa hablaba así.

—Diríjase usted á él en tiempo oportuno; es imposible en el curso de otro proceso.

—¡Pero es que es él el asesino; el asesino de Felipe Wolff, mi marido!

El Tribunal se levantó todo en pleno. Felipe Wolff estaba allí presente; no podía dudarse de la locura de aquella desgraciada.

Por ello Ana fué conducida á la enfermería del depósito; era lo peor que el destino reservaba á Roll, porque aunque fuese Ana sepultada en una casa de locos, podría encontrar una circunstancia imprevista que hiciera terribles sus acusaciones.

Una instrucción sumaria demostró que la mujer que pedía justicia no era por lo menos la señora Wolff, puesto que habitaba en Argenteuil y se llamaba Erfel. Con este nombre un viejo, su padre ó su marido, había alquilado para ella un pabellón aislado hacia el bulevar de la Estación.

Su historia era muy simple: una noche, pasando por

una ventana que estaba abierta, habíase tirado con sus hijos al Sena.

A alguna distancia de allí, dos jóvenes que volvían de una de las reuniones que desagradaban tanto á los jueces de Santiago, la recogieron casi muerta, arrastrada por la corriente, con los niños en sus brazos.

Ana, confiada á la madre de uno de ellos, permaneció mucho tiempo entre la vida y la muerte; seguramente la cabeza se le había trastornado, tantas eran las cosas extrañas que decía. Un día dejó á la buena mujer para ir al Tribunal. Eso era todo lo que se sabía.

No había necesidad de buscar otra cosa, puesto que todo estaba perfectamente claro. Los dos pequeños, á quienes el aire de los campos les sentaría muy bien, fueron enviados á la Chylokiére, donde Andrés había sido últimamente reintegrado.

Todo iba bien.

Sin embargo, Roll, sintiendo una impresión desagradable cada vez que se presentaba al Tribunal, en su cualidad de sabio se hizo nombrar director de una misión científica que tenía por fin conocer las leyes de los pueblos todavía en estado natural.

XV

El sacrificio

Además del agradable pasatiempo de ensayar sobre personas que nadie iría á buscar en su casa el secreto de inhumación y resurrección de los fakires; además de los diversos métodos procedentes del mismo origen, los unos por no hacer entrar nada en su estómago durante tiempos variados, los otros por el contrario, Eléazar había compulsado todo el saber de la India y del Egipto, descifrando las escrituras antiguas con una facilidad pasmosa.

Ese mal genio relacionaba entre sí el saber del pasado y el del presente, radiando sobre esa enciclopedia como una araña en su tela.

Los sacrificios le inspiraban una curiosidad ardiente, como el deseo de Roll de convertirse en su propio hermano. A fuerza de abusar de las muertes de palomas con ritos misteriosos, y siendo un alucinado, había pasado de los misterios de la ciencia á las fantasías del sueño, del genio á la locura; por esto, después del sacrificio del *ékian*, soñaba en conducir las tres alucinadas al sacrificio voluntario de una de ellas. Ahora que el misterio del sueño y del despertar de los fakires iba, pensaba él, á darle una respuesta, necesitaba el espectáculo de un sacrificio voluntario para examinar y escudriñar á lo vivo ese acto supremo en que el ser humano se aniquila completamente para no ser más que una voluntad dominando el dolor.

Eléazar hubiera querido hacer la diferencia entre el sacrificio místico y el sacrificio social; pero como de ordinario los revolucionarios que entregan su vida en alguna empresa donde no se acostumbra salir con vida, escogen su confidente ó no toman ninguno, lo que es muchísimo mejor, no podía esperar esa segunda experiencia.

Cosa digna de notarse: los que en la ciencia lindan con la locura, son de una voracidad de cuervo, despojando hasta los huesos á aquellos que les rodean, y así daba vueltas Eléazar alrededor de la casa de Colombes.

Aquellas tres mujeres mismas no estaban exentas de esta voracidad: su morada, verdadero nido de pájaros, rebosaba de provisiones de dinero y de cosas amontonadas.

Era en aquella Cafarnaum donde Karpa, Haida y Nara ponían una mano sobre el saco de los escudos y otra sobre el arpa de los bardos.

Lo raro es que los seres fin de siglo son bosquejos de arcilla que se desmigajan en un horno, ó de bronce que toman una forma soberbia.

Las más grandes cosas resultan crímenes ó se transfiguran en dones maravillosos.

En la casa del Señor resultaban crímenes, lo que no impedía que los pobres de los alrededores fueran allí á buscar la pitanza ordinaria, ni los viajeros insolventes ir á acostarse en los pequeños alojamientos del ala derecha, bajo la guardia de un gran buen Dios de madera, muy inofensivo, y del jardinero, no menos inofensivo que aquél.

Irresponsable, tanto como pueda serlo un estúpido, el jardinero Tomás continuaba sin traspasar el atrio del Templo, sobre el cual acababa de depositar por la noche (un sábado de fin de Enero) cinco ó seis platos de su confección (también era cocinero), platos muy sabrosos, habiéndolos Tomás colocado, cuidadosamente cubiertos, hacia las habitaciones que dan sobre el jardín, para dos viajeras que estaban instaladas allí aquella noche, la una rubia, la otra morena, cubiertas de pingajos las dos y de ojos huraños.

Flacas, de talla alta, tenían poco más ó menos el mismo tipo, el que dan los grandes dolores y la miseria grande.

Con la desconfianza que habían adquirido á expensas suyas, las dos mujeres inspeccionaban los lugares donde la necesidad les obligaba á abrigarse y se inspeccionaban una á otra; cada una encontraba en su compañera de casualidad el aire extraviado; las dos tenían razón.

Fugitivas ambas, la buena ó mala suerte que las reunía les inspiraba temor á ellas mismas.

Tomás, con la discreción que le estaba recomendada, puso sobre una mesa el cubierto para las dos viajeras, las sirvió y se retiró.

Ni una ni otra tenían hambre en aquel momento. Se sentaron, y por conmiseración una con otra quizá tomaron un poco de alimento.

Las dos guardaban su secreto, pero la desconfianza desaparecía.

Por fin, á través de los recuerdos, la de más edad, la morena, dijo tímidamente á la otra:

—Encontré en una muy triste circunstancia una persona que se parecía mucho á usted, si no me equivoco.

—No recuerdo.

La otra estuvo un buen rato en silencio: encontraba en la pobre una vaga semejanza con alguna persona vista en tiempos muy distintos.

—Fuí á pedir á un juez—repitió la primera—su protección para salvar á un hijo mío; me recibió su esposa, y es á ella á quien se parece usted.

La otra se estremeció; recordaba la cosa, pero no contestó.

Un grito horrible las hizo levantar.

¿Qué era aquello? ¿Acaso la casa del Señor sería en aquel momento la casa del crimen?

Por descuido de Tomás, sin duda, la puerta no estaba cerrada: ellas la atravesaron, encontrándose en el jardín.

Una ventana iluminada como por un incendio abría una baya de llamas, y de allí había salido el grito.

La ventana no era muy alta: las dos mujeres podían

darse cuenta de lo que pasaba prestando sus hombros la más fuerte á la otra.

Eso hicieron en el silencio del terror.

La rubia, subida sobre los hombros de su compañera, soportó sin lanzar un grito la vista de lo que pasaba en la habitación iluminada y luego tocó á la otra para advertirla que subiera ella.

Esta, silenciosamente, subió á su vez.

Lo que veían era horrible.

En medio de la habitación, sobre la estufa, abierta por lo alto, no estaban las palomas que aventaban la llama con sus alas enloquecidas, ni el cabrito rojo gritando miserablemente, sino que la más joven de las tres, sepultada en la inmensa abertura hasta mitad del cuerpo, atada por una cadena de hierro, retorcíase en medio de los dolores, que le habían arrancado un grito espantoso. Con el estertor de la agonía en la garganta, intentaba contestar al canto de una especie de fantasma que, con sus brazos levantados, agitando una antorcha, decía tranquilamente con canto monótono:

¡Oh, fuego nacido del sol!
¡Oh, fuego que purifica!
Devora mi sangre roja.
¡Oh, fuego, toma esta vida!

A estas palabras incoherentes contestaban las voces horribles de las dos viejas. Se hubiera dicho que era la salmodia de las Tinieblas en las iglesias católicas.

La desgraciada atada en la llama se estremecía por última vez. El fuego había llegado al corazón.

Espantadas las dos mendigas, buscaron alrededor de los muros una salida que no encontraban. La noche envolvía la casa. Iban errantes, temiendo el ruido de sus pasos. Se ayudaban la una á la otra; el horror común las reunía.

¿Qué hacer? No había salida. Como fiera enjaulada, determináronse á dar la vuelta á la pared.

Pasando cerca de una ventana baja, vieron á la luz de una lamparilla al jardinero profundamente dormido.

Sobre la lamparilla, una taza de vino aromatizado se calentaba lentamente, esperando su despertar.

Ese despertar no debía ser muy pronto, pues el buen hombre dormía tan fuerte como se duerme en la tumba.

La casa podía arder, como había ardido la víctima, y Tomás no se hubiera despertado.

El espanto cada vez las dominaba más y más, llenándoles hasta la punta de los cabellos de un horrible temblor.

Algunas horas les parecieron una eternidad. Cubiertas de frío sudor, daban vueltas, daban vueltas siempre entre los muros y los árboles, que levantando sus ramas desoladas tomaban en la sombra formas espectrales. Erraron así toda la noche.

Por la mañana vieron de lejos á Tomás que abría la puerta de entrada frotándose los ojos. Ellas se precipitaron enloquecidas, desapareciendo por el campo.

—¡Y bien!—dijo Tomás;—¿estarán locas? Allá ellas—y tranquilamente levantó los hombros.—¡Y bien! ¡He ahí que no son muy corteses! Albergas á las gentes convenientemente y ellas ni siquiera se dignan decirte gracias. ¡Han debido dormir bien, á Dios gracias! Las camas eran muy blandas, como si fuesen de pluma.

Pero al entrar en la habitación de las viajeras, se apercibió de que las camas estaban intactas.

El *djaïna* también había dejado durante la madrugada la casa del Señor. Pensando que no sabía nada de nuevo, se preguntaba si Gil de Rez, que se tragaba las criaturas, había encontrado algo más.

Después de haber hecho el loco y perfectamente sereno, tomó el camino de la estación más cercana, para volver á la casa de la calle Pavée.

Descendió á la última cueva, y levantó las cubiertas de los sarcófagos. Gertrudis, pálida, parecía dormida. El vizconde había tomado un tinte lívido, y el olor agrio que se escapaba del sarcófago llenaba las cuevas.

Eléazar subió cuidadoso. Había dado al vizconde una dosis demasiado fuerte.

Eudosia de nuevo debió alumbrar á su esposo. El cuerpo en putrefacción fué enterrado muy profundamen-

te para evitar todo disgusto, como decía la señora Eléazar. Pero el olor se esparció por fuera, subiendo del tragaluz á la calle.

—Es la salchichería del tío Cachemuche la que despide este mal olor—decía una mujer tapándose las narices ante las guirnaldas de salchichones.

—¡Eh! ¿Qué dice usted?—gritó el hombre de la tienda.—¿A qué santo obedece el calumniar mi tienda? Las que despiden mal olor son ustedes.

—¡Ah, viejo marrullero! Ya sabrá usted si somos nosotras las que despedimos mal olor si hacemos examinar sus triquinas al laboratario municipal.

—¡Las triquinas son ustedes!

Y el viejo cerró su puerta tras estas palabras de desprecio, mientras las dos mujeres continuaban su camino con el pañuelo sobre la nariz hasta la tripería, titubeando de cuál de los dos establecimiento venía el olor insoportable.

—Con seguridad que viene de aquí; tenía razón el viejo; eso viene de allí, se siente la muerte.

Se sentía la muerte, en efecto, pero el salchichero, como decían las buenas mujeres, era inocente.

XVI

La Chylokiére

Una persona bienhechora había empleado dos ó tres millones para fundar una colonia agrícola en la Chylokiére; los niños que parecía que estaban fuertemente constituídos entre los huérfanos detenidos allí, los empleaban en trabajos agrícolas. La propiedad de la generosa bienhechora era inmensa, nunca había demasiados brazos, y la Providencia extendía profusamente sus dones sobre la piadosa casa, pues un filántropo generoso en pocos años había duplicado sus millones, aunque es verdad que la mejor parte fué para él.

El trabajo de los niños, que se levantaban á las cuatro de la mañana (pasando poco tiempo en la comida y menos aún en el estudio), producía mucho más que la crianza de ganado; había también allí gentes ingenuas y almas piadosas con bolsas bien repletas, por lo que la Chylokiére invadía cada vez más las tierras de los alrededores.

Algunos pequeños abandonados, cuya poca edad no permitía utilizarlos tanto como á los mayores, eran el objeto de la solicitud de las susodichas almas piadosas, cuyas pensiones eran pagadas á veinticuatro francos por mes.

Dos de muy poca edad acababan de ingresar: su distracción era contar historias increíbles; por ejemplo, que en su casa había una habitación roja, donde ellos tenían miedo del viento; que su padre no era tan bueno como

antes y que ellos no sabían cómo decir todo esto de tan asustados que estaban.

Los pobrecitos pequeños llamaban á su madre, llorando copiosamente.

Fué preciso ponerlos en una habitación separada, pues lo que ellos decían podía causar un gran agravio á Felipe Wolff, de cuya honradez nadie sospechaba.

Los dos niños fueron, pues, colocados aparte con un joven vagabundo llamado Andrés, señalado muy particularmente á las severidades administrativas, y que no debía por mucho tiempo salir de su celda, donde él preparaba la lana, y como no podía así repetir los cuentos desordenados de los pequeños, fué el señalado como su compañero.

¿Dónde serían escuchadas las quejas de esos pobres inocentes? Su madre, es verdad, se escapó de la casa de locos, pero no era posible que pudiera apoderarse de ellos.

En cuanto á la familia del lado paterno, Roll los había negado.

Ana era huérfana y sólo tenía parientes lejanos. Los niños deberían olvidar sus primeros años, perteneciendo en adelante á esa terrible madrastra que se llama la caridad pública.

Las cosas tienen siempre dos fases: su llegada cerca de Andrés había sido una alegría para este último.

—No te advierto que les hagas daño—dijo el guardián dejándoles llorosos en la celda.—Pueden cepillar la lana, esto les *distraerá;* que encuentre yo esta noche tanta cepillada por ellos dos como por ti.

Salió.

—¿De dónde venís, chiquillos?—preguntó Andrés, sentándoles en la lana esparcida á su alrededor.

Charlot, el más joven, ya tranquilizado, enjugando sus ojos con la manga de su blusa, los levantó lúcidos sobre Andrés.

—De nuestra casa, pero no queremos decirlo, porque se nos pegaría.

—¿Dónde es vuestra casa?

—Donde hay la sala roja.

—Pero son pequeños soles lo que tiene por ojos ese pequeño—pensaba Andrés.

El mayor, tranquilizado á su vez, repitió:

—Mamá se nos ha llevado á otra parte porque decía que papá no era papá. Que lo había matado para ser él.

—Está loca tu pobre mamá.

—Eso se ha dicho, pero yo sé muy bien que no.

—¡Pobres chiquillos! ¿Queréis trabajar, pequeños?

—No tal—fué la contestación de Charlot y de Lulú.

—Entonces seré yo quien lo haga todo, porque si no os pegarían de lo lindo.

—Eso no es nada—dijo Charlot,—ya nos han pegado.

Andrés les colocó con viveza en los despojos de la lana.

—¡Qué lástima que les hayan separado de la mamá! —decíase mientras tranquilizaba á los pequeños, pues al recuerdo de Gertrudis, de su amiguita Gertrudis, que no volvería á ver jamás, dos lágrimas ardientes le subían del corazón.

—No—dijo;—no quiero llorar; si yo me pusiera á llorar necesitaría para mis lágrimas más espacio que el Sena.

Con sus dedos ligeros, curtidos ya en el trabajo, Andrés se puso á cardar y cardar.

Entonces los pequeños, tanto probaron á hacerlo, que sus manos rojas quedaron muy despellejadas; esto les durmió.

La tarea había sido fácilmente cumplida, pero al día siguiente tuvieron el doble.

Este fué el suplicio de cada día.

—Esta noche—decía Andrés á los pequeños—el mercader de sables vendrá—y así se consolaban.

A fuerza de interrogar á los niños, Andrés había concluído por no creer á la madre tan loca como decían.

XVII

El lobo sale del bosque

Avido de ciencia, hambriento de amor, no pudiendo inspirar más que odio, condenado á enterrar su crimen con otros crímenes, como un cadáver bajo la tierra, Roll no dejaba su gabinete de trabajo sino para examinar, escudriñar vivamente las miserias humanas con sus uñas de lobo. Después de las instrucciones en que muy fácilmente se acumulaban pruebas sobre pruebas contra los inocentes ó los culpables, la carta escrita á su hermano por el doctor del bulevar Clichy, que no logró encontrarse, le rebullía en la cabeza. Esperando la partida de la misión científica, estaba tan obsesionado con aquella carta, que pasaba horas y más horas con los ojos y el pensamiento fijos en la carta del doctor Martiali.

Cierto que un hombre inteligente no hubiera podido cometer los crímenes horribles de Roll sin estar en un estado morboso. En efecto, su imaginación sobrexcitada daba una agudeza intensa á sus percepciones: sintiendo las emanaciones del papel, veía lo que escribiera; con su ancha frente amarilla y pulida, sus ojos hundidos y su nariz chata, su cabeza parecía la de un muerto.

Sea por intuición, por curiosidad ó por casualidad, descubrió una noche la tienda de curiosidades de la calle Pavée y entró allí, atraído no supo cómo.

El horrible olor, en lugar de disiparse, aumentaba, á pesar del enterramiento del vizconde; pero como en la tienda y en las cuevas ardían sin cesar pastillas del serra-

llo, se buscó toda la calle menos el punto donde estaba.

En la tienda del salchichonero y en la del casquero, una infinidad de salchichones, jamones y tripas habían sido echadas al arroyo; los perros y los gatos tenían alegre comida todas las noches.

Los más empeñados en quejarse del mal olor eran, como puede suponerse, Eléazar y su mujer. Todas las peticiones hechas á la prefectura de policía para que ésta hiciese investigaciones sobre la infección de la calle, empezaban por la queja de los dos dignos esposos.

Roll, al encontrarse inopinadamente frente á Eléazar, reconoció su hombre; ese debía ser Martiali, pues ni por la morada ni al encontrarle en semejante estado podía ser otro.

Eléazar, creyéndose en presencia de Felipe, pero no sintiendo la personalidad, pensaba en la extraña aventura del proceso y en lo que Ana había dicho en plena audiencia.—Tenía razón ella—pensaba;—este no es Felipe.

Roll por su parte esperaba.

—Mi querido señor Eléazar—dijo (el nombre estaba en la muestra),—¿me haría usted el favor de buscarme las obras de Paracelso, uno de los primeros magnetizadores? Estas obras son muy conocidas del célebre Martiali.

—En efecto, pero hay también Van Helman, que son los precursores de Mesmer.

—¿Es eso lo que usted cree?

—En todo hay de verdad y de falso; yo no soy un doctrinario, sino un investigador.

—Como yo absolutamente; he ahí por qué, á pesar de las experiencias hechas y rehechas, la palabra creer podría ser reemplazada por la palabra dudar, puesto que no hay nada demostrado.

—Es absolutamente verdad.

Y hablaban observándose uno á otro, no pensando en sus palabras, que escapaban á la casualidad.

Eso fué todo en la primera entrevista. Pero Roll volvió, llevándose los viejos libros que había pedido, en demanda de otros, y así siempre.

Sentía por Eléazar el odio que había tenido á su hermano, odio que no se contentaba más que con la vida del mercader.

Roll llevaba la mejor parte.

Eléazar sentía al lobo; la corriente de odio entre aquellas dos naturalezas fieras debía fatalmente llevarse la una á la otra.

Luchaban, usaban astucias, no querían discutir, se adivinaban husmeando en el aire los efluvios, probando en el secreto de su voluntad cada uno desnucar al otro.

Eudosia, que sentía la nostalgia de su papel de señora Tristán, había encontrado una ocasión para abrir de nuevo una tienda barata para carne cruda y otras cosas; hacía ausencias diarias, que Roll había notado.

—Mi querido señor Eléazar—dijo él durante una de estas ausencias mirándole con sus ojos claros,—¿sabe usted una experiencia definitiva que nos haría ver á usted y á mí qué hay de verdad en esos famosos fluidos magnéticos de los cuales hablamos á ciegas sin conocer los resultados?

—¿Qué experiencia?

Y Eléazar probaba á mirar á Roll, que estaba en guardia.

Estos dos monstruos estaban frente á frente: la calle desierta. Eudosia debía volver tarde; Roll lo sabía, habiendo examinado sus idas y venidas. Se fué á la puerta, dió vuelta á la llave y la puso en su bolsillo.

—Querido maestro, vamos á probar á magnetizarnos uno á otro.

El miedo, la certeza de sus crímenes paralizaba más á Eléazar que el poder magnético de Roll.

¿Habéis visto caer los acróbatas cuando el equilibrio se les escapa? Así la voluntad huía de Eléazar, y Roll, como el domador, se hizo amo de la bestia, la fascinó.

Eléazar estaba vencido; el *djaïna* Kahla Sarma había encontrado su dueño.

Roll mismo ignoraba que tuviese en tan alto grado este poder de voluntad que se convierte en fuerza brutal.

—¿De dónde viene el olor fétido de esta calle?—preguntaba al mercader aniquilado.

Eléazar no contestó, volviendo la cabeza para rehuir los ojos de su enemigo.

Roll reiteró su pregunta. El otro, sintiéndose perdido, cogió la lámpara y se la tiró á su enemigo, al cual no alcanzó, pero el estrado, que estaba lleno de esencias, se inflamó, y las dos fieras se echaron una sobre otra, mordiéndose, ahogándose, haciendo brotar la sangre con sus uñas y sus dientes. La lucha fué corta; así como había estrangulado á Diana, Roll estranguló al *djaïna*. Después, lentamente y en medio de las llamas que empezaban á llenar la sala, puso la llave en la cerradura y bajando su sombrero sobre su rostro se retiró, mientras los vecinos, al apercibir las llamas, dieron la voz de alarma.

Cuando el fuego estuvo medio sofocado, se retiró el cuerpo carbonizado del anticuario, y al volver la señora Eléazar del *almacén* se encontró el desastre.

La digna esposa del *djaïna* desapareció sin informarse de nada. Nadie la vió, no tenía ninguna necesidad de aparecer; su segunda tienda le daba seguro refugio. Ella no partió, sin embargo, sin echar una mirada á la hucha amasada con Eléazar, pero la vida ante todo.

En el momento en que el incendio parecía haber cesado, los productos químicos amontonados en la tienda explotaron, posesionándose de tal manera el fuego, que hasta el día siguiente no se aisló el edificio, del que no quedaron más que las paredes.

Del cuerpo de Eléazar sólo se encontraron los huesos calcinados.

Cuando se pudo penetrar entre los escombros se encontraron las curiosidades de las cuevas absolutamente intactas. En la tercera los dos sarcófagos de Egipto, uno abierto y otro cerrado, con dos agujeros en la cubierta, como para respirar, llamaron sobre todo la atención.

Pero cuando la emoción llegó al colmo fué al ver que la niña acostada en el más pequeño de los sarcófagos parecía más que muerta cataléptica.

Tal fué el parecer de los médicos, y el misterio de la calle Pavée apasionó largo tiempo á la opinión pública, más tiempo aún que el despertar de Gertrudis.

Gracias á la impresión producida por el calor intenso del incendio, su sangre había emprendido naturalmente la circulación de la vida, sin la ayuda de ningún secreto de los fakires, si puede llamarse vida la prolongación de lo que no se esperaba tener jamás.

Apenas su cabeza se levantaba caía sobre la almohada, y sin duda moriría de debilidad, sin haber podido hablar.

De cuando en cuando se le ponía una cucharada de cordial en los labios, sin obtener ninguna señal de conocimiento. Su razón debía haberse obscurecido.

La presencia de Gertrudis en la cueva de Baltasar era lo que se llamaba el misterio de la calle Pavée.

Se descubrió muy pronto el misterio de Colombes, sin dudarse que tenían semejanza.

He ahí por qué sobre los restos del holocausto las dos viejas iban con tanta frecuencia á rogar y llorar cantando los himnos del *djaïna*, sin duda elevado al cielo (porque no le vieron más), cosa que despertó la atención de los vecinos, y en una investigación de la justicia se descubrió, no la verdad, sino algunos restos de la víctima voluntaria.

Las dos alucinadas y el jardinero Tomás fueron enviados á trabajos forzados á perpetuidad.

Esta vez Roll no formó parte de los jueces: había partido, porque quizá veía algún peligro permaneciendo más tiempo en París.

XVIII

Los ciclones

La chalupa del comandante de la península Ducos, montada por presidiarios para ir á Lifou á tomar un cargamento de palo de rosa, no regresó esta vez á su sitio: los dos atrevidos forzados amenazaron á los otros dos con echarlos al mar si no consentían la evasión. Los cuatro habían partido; remaron tanto que pudieron alejarse mucho antes de despertar, pensando que si fuesen sorprendidos se defenderían.

El tiempo era pesado: ni un soplo de aire, la mar sosegada; sabían que esa calma presagiaba el ciclón y estaban precisamente en la época en que por fatalidad debía venir (hacía tres años). Los evadidos sabían igualmente que, desde hacía muchos años, en cada una de las tormentas se veía un ballenero deslizarse sobre las olas como el holandés de las leyendas. Aquel barco sin pabellón pasaba por estar dirigido por muertos.

Se le llamaba el Buque Fantasma. ¡Si pudiesen ellos abordarlo! Hacía mucho tiempo que riéndose de la leyenda cada uno la repetía.

Los ciclones son los desposorios con la muerte: la pálida novia extiende sobre las olas su pabellón de relámpagos y los elementos entonan el himno de bodas con estertores de espanto.

—La onda come la tierra y la noche come la onda— decía Audiz, el bardo de Ataï.

—¿Es el navío que ha zozobrado ó la tierra que se lo ha engullido?

Los cuatro desesperados que montaban la chalupa del comandante no se espantaban ni de las tinieblas ni de la cólera de los elementos: aquello era la libertad para ellos, porque morir también es ser libre, libre en el sueño sin delirios. Los dos que se habían visto obligados á formar parte de la expedición se callaban, encontrando la aventura hermosa y procurando como todo el mundo llegar al país de los ciclones, porque todos los que se balancean en sus valses llenos de vértigos no se pierden.

Como las hojas en el otoño con los remolinos del viento, chalupas, bricks y goletas bailaban, como cáscaras de nuez, en la rada, donde el cañón de alarma alejaba la tempestad, buscando orientarse.

Todo era negro: una luz inmensa desgarrando, la sombra, señaló á lo lejos sobre la sima dos barcos que semejantes á pájaros enloquecidos volaban desatinados, cazados por la tormenta.

—¿Habéis oído los chillidos estridentes del viento? ¿Los rompimientos de los bosques, los aullidos de la tempestad? En ese concierto furioso de la Naturaleza se siente la armonía universal.

Santiago otra vez lo había oído en las llamas del incendio como un eco lejano del trastorno inmenso.

En esos ruidos formidables, ¿quién hubiera soñado en hacer izar los pabellones?

No se buscó á los evadidos. La chalupa debía estar en peligro, y he ahí lo que se pensaba: se echaba de menos la chalupa y quizá también los hombres, porque eran inteligentes y rudos trabajadores.

Debía ser aquella barca que allá bajo danzaba al lado de otra mayor. Por la noche, el primer relámpago les mostró la mar y las olas. En un segundo sólo quedó la cáscara grande, balanceándose sin palo, parecida á un escarabajo monstruoso con las escotillas cerradas, y el nombre de la chalupa fué consignado entre los barcos perdidos y los hombres que la montaban se contaron en el presidio en la lista de los muertos.

Se equivocaban: los hombres habían abordado el brick, que se dejó ir bastante tiempo al compás del viento, saliendo victorioso. La tempestad, ya en su término, desplegó de golpe su arbolado y se deslizó á vista de la rada, cortando hacia el Sur. La tormenta había pasado en la rada y los barcos sacudían los cabos de sus vergas rotas, sosteniéndose en las anclas; en la ciudad, muchos techos tenían izados inmensos pabellones blancos que eran llevados por el viento.

El agua caía á torrentes; la mar estaba cubierta de cabelleras frescas de los mangles arrancados.

Los menos interesados en aquel espectáculo no eran por cierto los miembros de una misión científica llegados por la noche para estudiar las clases de justicia empleadas por los primitivos.

Estos viajeros caían bien, sobre todo el que dirigía la misión, pues jamás ser más salvaje contempló con sus ojos de fiera espectáculo más terrible.

Roll Wolff sacudía á través de los viajes la electricidad furiosa de su ser.

El último cuadro de la tempestad había sido magnífico: ahora la Naturaleza sosegada bajaba el telón.

Roll, que no sólo contempló la belleza del espectáculo, si no sobre todo los efluvios desencadenados, vivía la tempestad y el ciclón era el engrandecimiento de su vida.

¿Era culpa suya el que su madre hiciera pasar á él las emanaciones de esa lucha fantástica de las fieras? ¿Era culpa suya haber sido echado en las filas que producen la locura del homicidio? Roll, en tiempos más ilustrados, hubiera encontrado otras corrientes; tal como era, representaba una fuerza enorme que, mal equilibrada, rodaba arrollando cuanto encontraba á su paso.

Roll entró en casa del gobernador, donde comía en compañía de los sabios que le acompañaban. Aquéllos no podían hacer cosa mejor que conducir la conversación sobre el glorioso pasado judicial de Felipe Woff, que era célebre mucho tiempo antes de la partida del gobernador para Numea, y debía ser agradable á su huésped el saber que en ninguna parte se ignoraban los

servicios que había prestado á la ciencia: al presente, Felipe Roll era un hombre universal.

El nombre de Felipe sonaba mal á los oídos de Roll. La tempestad había cambiado con él tanta electricidad, que sus nervios estaban saturados; cambió de conversación, pero su intención le salió mal. Como la aguja de la brújula que enloquece por los ciclones, buscando en vano el Norte, el instinto de Roll buscaba, buscaba sin encontrar.

—¿Sabe usted—preguntó él—cuál era aquella cáscara de nuez que tan gentilmente se ha echado sobre la otra cascarita, la chalupa de usted?

—Es el Buque Fantasma; dicen que pasa entre los ciclones.

—¿Qué? ¿hay semejantes leyendas aquí? Yo creía que este nombre se adaptaba al sistema del barco.

—Al sistema y al hecho: hace tres años que ese brick atraviesa el ciclón, pues es la tercera vez que se le ve; yo le he visto dos.

—Ha pasado á una distancia menor de un tiro de cañón.

—Sí, poco menos.

—¿Y bien?

—Yo no comprendo por qué se echará sobre los barcos en la tempestad, y luego no es posible conocer un barco que no lleva insignia.

—Si sus intenciones fuesen buenas, ¿por qué escoger ese tiempo para pasear sin pabellón?

—Debe ser un ensayo de navegación, pues cuando la tempestad está en su apogeo, el barco pliega velas y palos y se desliza como una caja sobre las olas; abonanzado el tiempo, el insecto despliega sus alas, sus antenas, y voga á más y mejor. Los naturales le han visto, dicen, vogar tan por los aires, que quizá sea un preparativo de navegación aérea.

—En efecto—dijo Roll,—es interesante para ir á los islotes donde nadie vuelve, y plantar allí el pabellón de su nación.

—Si se pudiese plantar en las nubes, cada aeronauta haría lo mismo.

Uno de los oficiales que había elevado la bandera

francesa en un grupo de islotes situados al Sur de la isla de los Pinos, guardó silencio.

—Al menos las posesiones de allí no cuestan nada—dijo ingenuamente uno de los sabios para romper el silencio, un poco incómodo.

La corriente de la conversación se había truncado. Roll intentó encauzarla de nuevo, informándose por quién estaba montada la chalupa zozobrada. Esto recordó al gobernador una de las glorias de su huésped.

—Por presidiarios muy conocidos de usted—dijo.—Ese fué uno de los triunfos de usted, el proceso del Puente del Ferrocarril. ¿Lo recuerda usted?

—No—dijo Roll bruscamente.

El gobernador, pensando que la modestia de su huésped necesitaba ser violentada, continuó:

—Han figurado en aquel proceso misterioso, que usted solo ha aclarado. El proceso del Puente del Ferrocarril será siempre una de las glorias de usted.

¡Este recuerdo siempre le azotaba el rostro! Si Roll hubiese estado solo con el gobernador, le hubiera hecho pagar con su vida esas palabras.

Aquél, mientras mondaba un plátano, continuó:

—Estos son los llamados Santiago y Juan Henoc; el otro condenado por dicho proceso, Pedro, está aún en la isla Nou, á menos de que haya muerto por algún accidente de la noche. Esa gente no puede morir. Después de haber sido indultados por su primer crimen, lo han sido también por el incendio del presidio, y creo que han hecho un pacto con la suerte.

Este pensamiento hizo sonreir á Roll.

En efecto, tenían un pacto con la suerte, buena ó mala: sin embargo, la idea de que sus víctimas se encontraban aún en su camino, le molestaba; sentía un poco de alivio porque dos de los condenados se hubiesen ahogado, pero el que vivía le enervaba como si hubiera derribado una bestia y una parte de ésta no quisiera morir; llegó á sentirlos en derredor suyo y se encarnizaba en esta idea.

Ana también le causaba alguna inquietud. Su crimen estaría mal enterrado mientras un testigo pudiera levan-

tarse contra él; eso le hacía el efecto de las manos de su hermano pasando á través de la tierra para amenazarle.

Contestó negligentemente:

—¿Y los otros que han perecido con ellos?

—¡Ah! los otros; un canaco y un individuo condenado por *chaniage*, y que se hacía llamar condenado político.

XIX

Cuantos se creyó muertos, no lo estaban

Josiah, viejo, parecía más enérgico aún. Si alguno había hecho un pacto con la muerte, ese debía ser él, porque después del naufragio de la goleta de Brest vogaba, á través de las tempestades, de un confín á otro del Océano.

Es raro que cuando se escapa á la destrucción, no se opere una transformación radical en el individuo.

La Naturaleza misma, después de cada cataclismo, sufre transformaciones. Así Josiah, después de su naufragio, pensaba, como hacía poco Olaff, que la fortuna de un mundo no era ya para tirarla en inútiles aventuras ni para enriquecer más á algunas compañías, sino para intentar la inmensa obra de la justicia internacional.

El mundo nuevo, de que hablaba Olaff, le tentaba como los abordajes en una tierra desconocida. La forma bajo la cual se haría esta transformación le era indiferente, con tal que fuese. Después de un proyecto, él ensayaría otro. Con su terquedad de hombre del Norte, se obstinaría en vivir hasta que la cosa estuviese bosquejada.

Una misma idea toma en cada individuo una forma apropiada á su organización, á su carácter, á sus costumbres, que tiende al mismo fin.

Olaff había querido destruir las viejas leyes con una sublevación universal. Y aquel ciclón revolucionario se

había ido por mucho tiempo quizá al fondo del agua con los millones tragados á *La Whole,* destruyendo los proyectos acariciados por Josiah.

Olaff, hombre del Norte, no tenía mucha confianza en el hormiguero humano.

¿Es que las muchedumbres no desconocen durante miriadas de siglos la ley del número? Como las fieras domesticadas, ignoran el secreto de su fuerza.

Un latigazo del domador, una ley cuyo duro freno desgarra un poco más la boca, esto basta; pero Josiah, antes de emprender la idea de la sublevación general, dejaba que llegase la derrota del invierno secular. Su proyecto era el de un navegante mecido por el Océano.

Precisamente este proyecto era en el que pensaban en Australia Julius y el sabio Gaël, el cual había realizado por la ciencia todos los crímenes y todos los sacrificios; eran capaces de matar al universo, aunque perecieran ellos, por un descubrimiento, aunque sólo sirviera para prolongar la vida de un insecto.

La ciencia, el amor, el odio, no son rabias, no son corrientes donde luchan desesperadamente los microbios humanos, quedándose á veces amos.

No era una idea fija la que llevaba Josiah, sino una idea flotante, que se le aparecía por todas partes como un fantasma, enderezándose en medio de las terribles poesías del Océano.

Gaël tenía, ó creía tener, las llaves naturales que abrían las cerraduras secretas, concediendo lo imposible, las corrientes magnéticas del globo y las que arrastra la especie humana, negando los elementos de amor.

Todo esto le era conocido, quería juntar la práctica y la teoría en una sociedad sin otras leyes que las del universo; una colonia donde ninguna cosa, ningún sér sería torturado para obtener desviaciones que causan nuestras miserias y nuestros crímenes.

Cada uno seguiría en su trabajo su atracción para tal ó cual ocupación, hacia tal ó cual grupo humano: el que se le asimilara extendiendo al mismo tiempo su inteligencia y la de los otros.

Habéis oído, en las grandes reuniones populares,

pasar los efluvios, ora ardientes, ora helados, de la idea. En aquel momento millares de vidas piensan con vos al unísono.

El odio, el amor, el valor que os lleva, son el mismo corazón de la multitud, su inteligencia, y las fuerzas se multiplican hasta lo infinito.

Entonces, en la averiguación del porvenir, se ven gravitar los grupos humanos en el progreso universal sin fin y sin límites, como ven aún más nuestros ojos rudimentarios con el telescopio rodar los astros en la negrura del espacio.

De este modo se veía Gaël, sin cesar solicitado por el retoñar del cerebro, obligado á buscar realidades prodigiosas que se llaman en cada siglo utopías, y que á medida que se alcanzan son la renovación de las épocas. La señora Basis vivía siempre, y debía vivir mucho tiempo, puesto que se servía poco de su inteligencia, teniendo la costumbre de obedecer en todo al doctor Gaël. Su cuerpo se gastaba poco también, porque tomaba una multitud de precauciones que la renovaban sin cesar. Así, preservada eternamente de todo lo que destruye, no había razón para que la señora Basis no viviese muchos siglos.

Claro que Gaël debía vivir también para que pudiese vivir ella, ya que ella no vivía sino para vigilar á Gaël y con el temor continuo de que las diabluras ejecutadas ó pensadas por el doctor no les hiciesen llevar á los dos por Satán.

El doctor Gaël no había pensado nunca en hacer partícipe á la señora Basis del progreso universal de los seres, ayudándoles á salir de su torpeza intelectual, porque los sabios no se preocupan nunca de lo que les rodea, ó mejor dicho, de lo que está más lejos. El astrónomo de Lafontaine se dejaba caer en un pozo para examinar la lejanía de los astros.

Durante mucho tiempo la señora Basis esperó que Gaël no dejaría Europa; pero supo pronto que las lentitudes alegadas por el doctor para tomar pasaje, obedecían á que tenía un cargamento de simientes, microscopios, telescopios, lápices, papel, pergaminos, prensas,

caracteres de impresión en todas las lenguas conocidas ó desconocidas, instrumentos de física, de cirugía, de música, alambiques para los destiladores, y faltaba un atestado expreso de todas las academias de Europa, porque el doctor Gaël, para su *tournée* científica, tenía una necesidad urgente de todas estas cosas. Ningún comandante de vapor quería encargarse de tal cargamento para un solo pasajero; sólo un americano consintió, haciendo seguir su fragata de un viejo paquebot (renovado con este motivo con el dinero de las academias), conteniendo una parte de lo que él llamaba los *bibelots* del doctor, y el resto no lo abandonaba jamás Gaël, que se acostaba sobre el puente de la *Margareth* entre su telescopio de puntería y una taza de tisana religiosamente arreglada por la señora Basis, y que no menos religiosamente el doctor volcaba al levantarse para examinar las estrellas.

—Puesto que ese diablo de hombre está siempre despierto—decían los marinos dando un golpe de lampazo sobre la mar de tisana,—podría muy bien ir hasta la toldilla y estaría más limpio.

Gaël les parecía una especie de viejo maniático; pero le apreciaron más cuando el comandante de la *Margareth* y los lobos de mar, hasta el maestro timonero, se intoxicaron por haber comido de un pescado (que él, Gaël, había declarado dañino) y tomó la dirección de la *Margareth*, cuidando á los oficiales.

Gaël se hizo cargo de la enfermedad (que resultó mortal) y del buque, al que condujo sano y salvo, después de tres días de tempestad, al primer puerto de refugio.

En el momento de dejar el vapor, se había hecho un hombre precioso. En cuanto á la señora Basis, allí, como en todas partes, la buena mujer era mirada como un objeto agradable. Si ella no hubiese estado allí, habría faltado con seguridad alguna cosa, sin que se supiera qué.

En estas condiciones, el doctor desembarcó en Australia, felicitándose de que ninguno de sus *bibelots* científicos se hubiese perdido. Una y otra de estas dos co-

sas, su vida y sus instrumentos, eran preciosos para la ciencia.

La colonia de ensayo estaba fundada desde hacía muchos años en la época en que nos encontramos á Josiah cruzando los mares sobre un brik sin pabellón.

Tesoros, armas y riquezas estaban amasados para la lucha última, lucha de desesperados que él presentaba.

El Buque Fantasma, como lo llamaban en Numea, recogía para la colonia los arrancados á la muerte ó al desespero.

No sabemos por qué la colonia había sido establecida en las soledades del Norte.

Julius y sus compañeros habían titubeado entre las partes desconocidas y libres del Africa ó las de los polos.

Pero Gaël fué avisado de que las misiones científicas empezaban á escudriñar el Africa, y conocía demasiado á los sabios para fiarse de ellos. Además—el Africa tiene un clima generoso,—¿no era mejor hacer un ensayo más decisivo sobre una naturaleza áspera, ingrata, donde la necesidad obligaría la invención?

Así, escogieron los polos.

Después de haber titubeado entre los dos polos, Josiah aconsejó que las riquezas conocidas por él solo en tierras australes no debían arriesgarse para el caso en que una fuerza superior destruyera la colonia naciente.

Con los tesoros del Sur podría fundarse otra colonia, reproduciendo el ensayo intentado por Olaff, pues los murmullos de guerra con Europa le hacían presentir, al contrario, la paz entre los pueblos, quizás la unión en una sola denominación, *Europa*, cuyas naciones serían como las provincias de una misma patria.

Y tantas y tantas otras cosas llenas de la visión de la felicidad de la humanidad, precedida de la terrible agonía de todo lo que no quiere morir, de los dolores de lo que busca nacer.

XX

Los fugitivos

Cuando los cuatro desesperados que tripulaban la chalupa habían entrevisto que la masa contra la cual les hacía chocar la tempestad no era un arrecife, sino un buque, la esperanza les había dado una fuerza en relación con el peligro.

El relámpago les había mostrado el brick y desde él debían haberlos visto también; la esperanza era tan grande como el peligro.

Oían muy de cerca en la noche de la tempestad á las olas y al viento atacar. El peligro era muy grande, pero en él estaba la salud.

Santiago, mitad por instinto, mitad por haberlo visto en el último ciclón, había reconocido al Buque Fantasma, el brick que pasaba durante los tres años cada vez que hubo tempestad.

Su naturaleza aventurera le llevaba, á través de la leyenda, al deseo de conocer el misterio que lo envolvía, dando á sus nervios la fuerza, la flexibilidad que necesitaban.

Más bien por intuición que por otra cosa, pues la violencia del mar y del viento ahogaba las voces, comprendieron que les llamaban.

Los fugitivos intentaron abordar.

Las olas les llevaban y llegaron sobre ellas al buque, echados al puente por la mar, que subía furiosa hasta los empalletados.

El brick les acechaba: el andar de la chalupa olía á evasión.

—¡Amárrense ustedes!—gritó Josiah con voz tonante, pues había oído caer los bultos humanos con la ola.

Entonces, como una caja, el brick se cerró, arrollado por la tempestad.

De esta manera fueron salvados los cuatro fugados por el mismo peligro; su chalupa se hundió.

Al día siguiente, al ser arrojados por las olas á la arena los restos de la chalupa, grande fué el gozo de Roll, gozo que, sin embargo, le dejaba una duda: la mar es tan pérfida que podía haber dejado con vida á aquellos testigos importunos.

Vivían, en efecto, y estaban ya lejos, navegando sobre el brick de Josiah por el Océano, á través de los abismos del agua y de las cóleras del viento.

Jamás Josiah había sido tan amo de los elementos: jugaba con ellos.

En las agrupaciones libres, donde se despertaban aptitudes nuevas, los conocimientos adquiridos se engrandecían.

La idea sin cesar removida, las fuerzas sin cesar solicitadas, la unión por los grandes trabajos ó por los peligros en que todas las voluntades, todos los ánimos se juntaran, todo ello no podía ser estéril.

Las aptitudes nuevamente desarrolladas habían despertado otras, aunque un movimiento ascendente, enorme, conducía hacia el progreso todos los espíritus, y por consecuencia á la colonia entera.

Santiago debía encontrar allí pintores de ojos certeros y manos seguras, ejecutando los magníficos horrores de los hielos y las bellezas de la aurora polar.

Oyó coros más bellos, más terribles, más suaves que los que él había podido soñar, tan grandes como los de los ciclones, tan dulces como las canciones de las brisas.

El viento y las olas acompañaban las arpas, los violines, los bajos que había, como las voces de las notas nuevas, á distancias enormes y á distancias de una extremada delicadeza.

Santiago, entonces, cayó extasiado, olvidando la vida en la perspectiva de los goces del arte.

Había allí pocos colonos aún, algunos miles apenas, pero los descubrimientos científicos habían marchado como el progreso de las artes.

Desde hacía mucho tiempo, los telescopios, los microscopios de Gaël, todos sus *bibelots* de la ciencia iban acompañados de tantos otros, que pasaba días enteros en las cavernas donde estaban depositados.

Recapacitaban sus ojos, su corazón, su inteligencia, todo su ser, pues las invenciones del saber humano, aportadas á cada viaje de Josiah, servían de base á descubrimientos y á invenciones nuevas. En el fondo de sus cavernas, bajo la tierra, la colonia estaba más adelantada en las ciencias que Europa y hasta en lo que no quieren adoptar aún los institutos. Hubieran temblado si hubiesen sabido, por ejemplo, los explosivos nuevos encontrados por Gaël y que, según él, serían causa del fin de las guerras.

XXI

En el país de los hielos

—En la parte de la Siberia que el gobierno ruso ha escogido como lugar de deportación, el frío es terrible (Betsilla y Matza), la estación de la muerte, la luna negra—decían los vascos.

En efecto, el invierno, envuelto en lienzo de nieve, es una noche de muerte.

El viento del Norte lleva durante seis meses los hálitos helados del polo.

El verano, corto y ardiente, exhala precipitadamente todo el calor concentrado en el corazón de la tierra.

De cuando en cuando, uno de los condenados se acuesta extenuado sobre la tierra y le pide, no su pan, sino el reposo, del que no despierte más.

Otros se evaden, mirando ante ellos, semejante á una estrella, su libertad.

Allí, como en todas partes, brilla la idea, que será la aurora, en las grandes llanuras blancas, en los países glaciales donde los lobos vagabundean, como en los países del sol.

Los hombres del Norte, cuya sangre queda caliente bajo el hielo, piensan lo mismo en las soledades de los montes que en las minas infernales del Cáucaso.

Josiah encontraba muy simple, en el nido que él quería hacer caer, el abordar la tierra para reunir los que querían la justicia más igualitaria que la vida y la muerte. Tenía allí, entre los desterrados, hombres que

nada puede sofocarles el corazón; cuanta más soledad les rodeaba, más claramente veían esta libertad que la tierra ansiosa aguarda en las torturas.

Tales eran los dos hermanos Miralowski. Estos, cogidos por la corriente ó simplemente por la casualidad, que hace tantas y tantas cosas, que muchos tienen trazas de estar arreglados con ella, tanto les sale bien todo, naturalmente siguieron su plan; los acontecimientos tienen, como todo, su armonía.

La idea de la evasión la sentían tan fuerte una noche de invierno siberiano, que pusieron las herramientas con que trabajaban en los forros de pieles, y en lugar de entrar en sus camas examinaron sus cuchillos de caza, prepararon sus fusiles con la pólvora y las balas é hicieron un paquete con sus ropas más indispensables (dos ó tres camisas de gruesa tela): los vestidos que llevaban podían durar mucho tiempo, porque estaban hechos de pieles blancas, y, á semejanza de las bestias del polo, podían en caso de necesidad ser confundidos con la nieve.

¿Qué tenían que temer Ivan y Fedor? La muerte por frío os coge como un sueño, y la muerte es la libertad eterna.

Si no sucumbían, era la renovación de la lucha, es decir, el incesante arrastramiento para el fin que se espera. Y luego gustaba lo desconocido á los hermanos Miralowski, gemelos como los hermanos Wolff, y como ellos semejantes de rostro, de estatura, de naturaleza; éstos eran necesarios uno á otro y á veces tan común era su pensamiento, que se preguntaban si no tenían el mismo soplo de vida. No podían existir el uno sin el otro, ambos de alta talla, rojos como leones, el pecho ancho, rígidos: se hubiese dicho que eran hombres de piedra, de tal manera eran rudos y de aspecto monumental, pero en el fondo, dulces y fieros, terribles y misericordiosos.

Ivan y Fedor, menos que Roll y Felipe, no hubieran sido reconocidos el uno del otro si no hubiesen cortado sus barbas rojas, Ivan en punta, Fedor cuadrada.

Tenían una buena provisión de pólvora y de balas y algunas tajadas de carne seca. En cuanto á la bebida, ¿no les darían cuanta quisieran la nieve y el hielo?

Con el frío de aquella noche se alejaban lentamente sin hablar. ¿No se comprendían?

Las verstas se sucedían sin que vieran otra cosa sobre el blanco mate de la nieve que la fuga de un zorro negro ó la sombra de un lobo.

El silencio, cada vez más profundo, daba á sus sentidos una finura de oído intensa: el paso de un oso á lo lejos les parecía muy cerca, cuando estaba en el confín del horizonte. De cuando en cuando algunos matorrales elevaban sus áridas ramas cargadas de nieve como los manzanos en Mayo, encima de la sábana sin límites.

Finalmente aparecieron unos techos semejantes á manchas sobre la blancura mate: eran las habitaciones de campesinos, que rodeaban las de un buscador de oro.

En el palacio del amo las ventanas estaban cerradas; en las chozas de los siervos, las lumbreras permanecían abiertas.

Los dos hermanos se detuvieron en una encrucijada del bosque para esperar el momento favorable en que pudieran pasar sin riesgo, pues un camino atravesaba el lugar. Pero el silencio les hacía menos circunspectos; se aventuraron, y su aventura fué feliz: atravesaron el lugar sin despertar á nadie.

¿Para qué buscar descanso en parajes habitados? ¿No es exponerse á ser traicionados? Continuaron largo tiempo su camino. Un brazo del Obi les atajó el paso; una vez pasado á nado, descansarían.

Pasada la noche sin ningún contratiempo, emprendieron otra vez la marcha. Con paso igual á los osos, los dos hermanos anduvieron del despertar al anochecer, no deteniéndose más que algunos instantes, de pie, apoyados en sus bastones; descanso de fugitivos.

Trataban de llegar á los bosques sin fin donde los partidarios de Stenkorate se refugiaron en otro tiempo y donde sin cesar llegan otros por no poder pagar al zar, *su padre*, el tributo del servicio militar y del impuesto.

Allá, en los bosques profundos, viven al lado de los lobos; los osos visitan sus colmenas, pero el hombre no se aproxima por temor de que le sorprendan.

No aproximándose el hombre, los refugiados viven

tranquilos desde el tiempo de Stenkorate, y la canción del viejo está aún en todos los labios, cuando los miembros atados sobre una viga encima de un hornillo de carbón y á continuación azotado sobre las quemaduras, las uñas arrancadas, la sierra pasada por las carnes hasta los huesos, por orden del zar, los voïvodes, y sin duda los curas (pues les trataba de mano maestra) para la defensa de los moujiks, Stenkorate (el bandido, dicen los señores; el querido padre, dicen los miserables), canta su canción de la muerte:

«Enterradme en la encrucijada de los tres caminos.

»El camino de Kiel, el de Savtoff y el de Toula.

»Echad sobre mis huesos un montículo de tierra.

»A mis pies acostaréis mi sable, mi sable terrible.

»Los que pasaren saludarán la libertad y dirán: «Allí está enterrado el terrible Stenkorate.»

»¡Stenkorate, que fué el defensor de los descamisados!»

Se le puso en la calle á presencia de su hermano Fiol. Después de haberle sido arrancados los miembros, éste cayó de rodillas ante el zar: «¡Cállate, perro!»—gritó el martirizado.

La leyenda de Stenkorate flota siempre sobre las estepas rusas de Europa y Asia. El pueblo no quiere que haya muerto. El valiente Stenkorate está cerca del Volga en una mina, ellos lo han visto, inmóvil, pensando en el porvenir del pueblo.

Una joven que salió para recoger fruta silvestre, oyó gritos y vió á Stenkorate extendido con dos águilas sobre el pecho arrancándole el corazón.

Otra le vió en una balsa, con serpientes y sanguijuelas chupándole sus huesos, escorpiones picándole con sus dardos, sapos y ranas bebiendo sobre él: tales son las leyendas.

Stenkorate, ¿es acaso el pueblo ruso desgarrado por sus amos?

De las dos águilas de la leyenda, la primera ha volado; la segunda volará.

La leyenda de Stenkorate, extraña como las de Tell, se cernía sobre los fugitivos, meciendo su marcha monó-

tona. Por las estepas sin ruta iban, iban pensando que, en la hora en que se apercibirían de su partida, estarían tan lejos que por el frío y las llanuras habitadas por los lobos no podrían apresurarse á seguirlos.

Para despistar aparentaron que había sucedido una catástrofe en la cabaña; un viejo fusil yacía en el suelo junto con el sombrero de Ivan, por lo que el aposento tenía todas las trazas de haber sido revuelto por un oso.

Como el buen hombre con capote de pieles debía haber hecho la visita después de su partida, habían dejado sobre la mesa y en los alrededores mucha miel para probar de engañar su desconfianza, y á la salida marcaron sobre la nieve una infinidad de pasos en revuelto torbellino hasta una cierta distancia.

Las precauciones más simples tuvieron más éxito que las otras y después la nieve que caía cubría las huellas. Una vez ante la ribera, que debía ser el Obi, los dos hermanos se consultaron con la mirada. El único medio consistía en poder pasar á nado, y lo demás todo iría bien.

Pero ¡cuál no fué su sorpresa al ver llegar á paso de carrera una cuadrilla de cinco ó seis hombres bien armados y de apariencia guerrera! (un poco teatral). Huir era librarse, pero los dos hermanos tomaron la actitud más capaz de inspirar confianza de que ellos viajaban en perfecta seguridad.

El que parecía el jefe de la cuadrilla se dió cuenta de los viajeros: era un joven de rostro insignificante, de una regularidad más bien agradable al ojo que simpática, una especie de estatua humana de cera.

—¡Eh, camaradas!—gritó;—¿le han visto ustedes?

—Sí—contestó Ivan, pensando que esta afirmación le daría tiempo y que tendría ocasión de saber lo que había visto.

—¿Por qué lado iba?

—Por el otro lado del río—apoyó Fedor, encontrando que era un medio de pasar un rato en sociedad, lo que simplificaba las dificultades.—Ha pasado á nado como un hombre.

Los fugitivos comprendieron que se trataba de un oso.

—Ha pasado sobre un témpano—continuó Fedor.

—¿Y ustedes desde cuándo van en su persecución?

—Nosotros le hemos cazado y perdido de vista: hacía mucho rato que lo buscábamos, y hace un instante que acaba de pasar.

—Es preciso pasar el agua. ¿Ustedes son de los nuestros?

Los dos hermanos contestaron afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—¿Son ustedes del país?

—Sí, aunque de un poco lejos, de los bosques, y nos hemos separado de nuestra casa siguiendo al oso.

—¿Viven ustedes en los bosques?

—Sí.

Por un lado esta afirmación metía frío, pues los habitantes de los bosques pasan por salvajes, y los cazadores parecían pertenecer á algo como la administración colonial. Por otra parte, esos salvajes tenían la reputación de una bravura sin límites, eran compañeros útiles.

—¿Cómo pasaremos?—preguntó el joven cazador.

Era una pregunta inútil. Ya los dos hermanos y uno de los cazadores, habituado á los rigores del país, habían comenzado, medio nadando, medio saltando de témpano en témpano, la peligrosa travesía. El joven y el resto de su comitiva, no queriendo quedar atrás, se lanzaron en su seguimiento.

Esta travesía, que en el primer momento parecía imposible, presentaba pocos peligros reales, aunque sí numerosas incomodidades: el frío del agua, la dificultad de atender y dirigir los témpanos, la fatiga. Por fin, los dos hermanos primero y los demás á continuación, se encontraron al otro lado del río.

El oso debía estar lejos, pero habían tenido el gusto de hacer una travesía emocionante (lo que ya es alguna cosa en la vida de un sobrino del gobernador. Era éste el rango del joven cazador Alejo Ivanoff).

El oso no aparecía, y los dos hermanos prometían ponerle sobre las huellas de otra caza de esta especie. Ale-

jo y sus compañeros, encantados, invitaron á comer con ellos á Ivan y Fedor.

Un bosque de abetos estaba próximo; las ramas resinosas hicieron un magnífico fuego, destinado á la vez á secarse y á alejar los lobos.

Una de las primeras barreras estaba salvada. Siempre apaciblemente, los dos hermanos se sentaron cerca de sus compañeros.

—El oso que cazamos tiene una historia—dijo Alejo.

—¡Ah! No sabemos nada nosotros en el bosque.

—¡Y bien! Este oso ha devorado dos hombres de los más fuertes que se puede ver, poco más ó menos como ustedes, robustos, que hubieran sido capaces de trasladar una mole de granito; la cabaña estaba saqueada; preciso era que los hermanos Miralowski estuvieran dormidos, porque no se comprende cómo el animal pudo devorarles sin lucha.

—Quizá—dijo Ivan—haya muchos osos.

—Es probable. Pero no se ha visto más que uno, y yo he prometido á mi tío, el gobernador de Tobolsk, su piel para el día de su cumpleaños, que es de aquí á ocho días, y para entonces ya estaremos de vuelta.

—Si ese oso no tiene marca particular alguna, podemos equivocarnos; ¿cuál era su talla?

—La de un potro de un año.

—Es este—dijo Ivan.

—De color moreno...

—¡Absolutamente este!—repitió Fedor.

—Debe tener algunos pelos grises en el hocico; es viejo.

—¡No hay duda! Y ahora—dijo Alejo,—ustedes me parecen hábiles cazadores; preferiríamos ese oso á dos ó tres de los otros; es una venganza. Vean ustedes, no se tiene en cuenta á los deportados que las enfermedades ó la miseria se llevan, pero cuando es un oso, por mi palabra, el hombre se venga, y además cuando el oso tiene su leyenda, el que le mata tiene su parte de gloria.

—Es muy natural—dijo Ivan.

—¡Yo por ese oso daría Tobolsk! ¿Y usted, Vasili?

—¿Yo? ¡La Siberia á buen precio! ¡Si no la daba al diablo!

Como para dar la razón á los fugitivos, un enorme oso moreno, con el hocico grisáceo, un terrible oso viejo, pasó majestuosamente, balanceándose semejante á un buque y meditando bajo su espesa piel.

—Sois tranquilo, amigo oso—pensaban los hermanos Miralowski:—tú harás que tengamos un buen final de camino, y nosotros te dejaremos la vida.

El oso se alejaba con un trote apacible, sintiendo que él no tenía un asunto pendiente con los cazadores novicios y con los cazadores bienhechores, husmeando esas cosas en el aire.

—Ustedes conducirán la caza—dijo Alejo á los dos hermanos.

—Con mucho gusto.

Los cazadores tomaron un último trago de las calabazas de Alejo y de sus compañeros. Todos comieron con un apetito de exploradores de los hielos de unas conservas de no sé qué reses secadas al sol; se levantaron de la hoguera los dos hermanos, guiando la caza sobre la pista donde no se encontraría el oso, pero que aproximaba á los fugitivos al fin de su empresa, esto es, atravesar la Siberia por el lado del estrecho de Bering; y como la parte de la América del Norte no es de Rusia desde la muerte de Alejandro II, al llegar allí serían libres.

El proyecto de los Miralowski era hacer en compañía de Alejo una buena parte de la marcha. La seguridad al principio de un viaje es una buena manera de ponerse en disposición de felices aventuras.

Con la más escrupulosa atención, unas veces Ivan, otras Fedor, levantaban las huellas del oso, explicando á los cazadores cosas que les maravillaban. La caza, llevada de un ardor juvenil, iba á paso de carga á través de las estepas. En el momento de descubrir el animal, desaparecía. Quizá era el espejismo, quizá la astucia desplegada por el oso para sustraerse á sus enemigos.

Lo más bonito del caso fué que el oso, como si hu-

biese querido burlarse de los que le perseguían, volvió gravemente sobre sus pasos y se extendió ante el fuego abandonado, limpiándose las patas con un cuidado muy particular.

Por la mañana, Ivan y Fedor, que deploraban sin cesar la mala suerte de la caza, se pusieron solos en campaña.

Querían á todo trance matar al oso, y á pesar de la oposición de los demás cazadores, se introdujeron por los claros del bosque, donde, decían ellos, el oso daba señales de su presencia. Pero no volvieron más.

El oso sin duda se los había comido. De allí un nuevo y grande ardor de venganza. Alejo juró no entrar en Tobolsk sin la piel del oso, que había por segunda vez devorado dos hombres.

¡Pobre oso! Mejor prefería un panal de miel que la carne humana, y con una gran sangre fría para un personaje perseguido, se fué, bien limpiado, á procurar hacer salir las abejas de las colmenas del bosque.

Mientras Alejo procuraba inflamar con sus discursos el ardor de sus camaradas, llegó un correo que les buscaba desde la noche, siendo posible encontrarles gracias á la particularidad de las soledades del Norte de oir á muchas leguas el sonido de la voz. La de Alejo, alta y fuerte, le había sido útil á través del profundo silencio.

—Monseñor—dijo,—se susurra que los hermanos Miralowski no murieron; se han evadido para traer á Tobolsk un cargamento de dinamita. Sus cabezas se han puesto á precio. No debe usted permanecer por más tiempo aquí, expuesto á encontrar á esos bandidos. Venga usted, pues, al instante.

Alejo, asustado, siguió al correo, echando de menos á los dos valientes cazadores, que tan bien hubieran podido defenderle contra los hermanos Miralowski.

Ellos caminaban, caminaban siempre, siempre, entre el Obi y el Iénisei, mientras que la noticia de su evasión y de la recompensa prometida llenaba las estepas de jaurías humanas, haciendo la caza del hombre.

Jaurías tan inconscientes como el perro ó el hurón destinados á perseguir la caza.

Los hermanos Miralowski desconocían esta circunstancia.

En el momento en que comenzaban á creer en su seguridad, su situación se dibujó de una manera terrible.

En los bosques profundos que ellos ya entreveían, estaba la salud. Atravesaban una llanura medio llena de barracas ruinosas en torno de una especie de castillo fuerte.

Era la segunda vivienda que encontraban en unas treinta leguas; más lejos estarían todavía más seguros.

Esa treintena de leguas, recorridas como en un sueño, les hacían pensar que tenían aún un millar, con circunstancias por demás penosas, antes de llegar al estrecho de Bering; pero los bosques no estaban menos lejos, y allí ellos encontrarían amigos.

Los hermanos Miralowski no se torturaban el espíritu: lo que hacían era comprobar lo que tenían que vencer. La empresa estaba comenzada, y ellos seguían adelante sin vacilaciones inútiles, sin temores pueriles.

Esta vez, un peligro real se presentaba. En el lugar, dominado por una casa fortificada que ellos encontraron, notaron un movimiento parecido al ir y venir de las hormigas. Era, en efecto, un hormiguero humano en movimiento.

Había una mina en explotación, y el amo habitaba allí esperando, según costumbre en las llanuras siberianas, que su fortuna fuese suficiente para marcharse.

En cuanto á los miserables trabajadores reunidos á su alrededor, que hicieran lo que pudieran; ¿no eran libres de ir á reventarse fuera ó de quedarse allí? Con frecuencia se quedaban allí.

Estos hormigueaban por la mina y se meneaban sobre la tierra en la mayor actividad, para aportar riquezas que no tocaría ninguno de ellos, más bestias que las hormigas y las abejas, que trabajan en todo el mundo sin que nadie reviente de hambre en la colmena.

Los animalitos no son bastante estúpidos para ignorar que la vida de cada uno tiende á la de todos.

Un correo ante la puerta de la casa, montado sobre

sus piernas de garza real, leía desde lo alto de su grandor, más que de la de su pequeño caballo, con el pelo todo herizado, una proclama de Su Majestad el zar, *nuestro padre,* quien ordenaba buscar con toda diligencia á los dos fugitivos, que debían estar á la cabeza de una conspiración formidable.

Cien rublos por cabeza para la detención de los dos hermanos.

El amo de la mina había hecho venir á todos sus mujiks para oir la promesa. ¿No se trataba del zar, que era su dueño, puesto que el zar representa al feudalismo? Como la leyenda de Stenkorate, el pobre pueblo es devorado por las águilas, mordido por las serpientes.

Todos los inconscientes del lugar, los unos subidos de la mina, los otros salidos de la choza, se movían en torno del correo.

Al mismo tiempo se encontraron frente á ellos á los dos hermanos; el correo los reconoció.

No había duda, eran los fugitivos.

Toda la jauría humana rodeó á Ivan y Fedor, que apenas tuvieron tiempo de ponerse de espaldas para hacer frente á todos lados y sacar sus cuchillos.

Una lucha salvaje se entabló, lucha de fieras, en que los dientes y las uñas son más terribles que el acero.

Arrimados como los jabalíes, lucharon una hora. La tierra estaba roja á su alrededor.

—Es necesario partir los robles—decía el amo de la mina, Boris Volke, al correo Vasili, mientras que, semejantes á los perros de jauría, los asaltantes rodaban desde lo alto del declive, subiendo más furiosos al asalto de los fugitivos.

Los dos reían, el uno desde lo alto de su caballo y el otro sobre sus grandes botas forradas.

—¡Bravo, Gessoff! ¡Bravo! ¡Se sostiene firme el valiente Givotnoye!

—¡Firme, Agnenoke! ¡Bien, Staroui negro!

El correo reía á carcajadas.

El uno después del otro, los dos hermanos cayeron, golpeando al aire con sus brazos pesados.

Era que un mujik, más avisado que los otros, ha-

bía tirado á los dos hermanos por la base. El bribón había introducido el cañón de un fusil cargado de bala, disparándolo á quemarropa en las piernas. La sangre, á fuerza de correr, más que el dolor de las balas incrustadas en la carne, les aniquiló.

Por los pies y por los hombros los mujiks condujeron su doble presa completamente inanimada.

Una palidez de muerte cubría los rostros de los dos hermanos; la sangre corría también, haciendo que sus pies nadaran en un mar rojo.

Acostados en el suelo, parecía que no recobrarían jamás el conocimiento.

Avidos de la recompensa, ahogados por la sangre, más furiosos por las heridas recibidas, todos los de la jauría ródeaban á Volke y al correo. No había temor de que se levantaran los muertos que estaban tendidos en el suelo. La prima se la disputaban con tales murmullos, gritos y discusiones, que Volke se divertía haciendo durar la escena.

—¡Eh! El maestro correo no ha tenido tiempo de bajar del caballo, porque la cosa ya está hecha. Baje usted; ahora tenemos tiempo y podrá usted descansar un poco y tomar el té. Y vosotros, perros, á la perrera, que lo de la prima ya se arreglará después.

Pero los que disputaban no concluyeron; cada uno no veía más que su avidez y continuaban riñendo como gallos. Boris y el correo se divertían grandemente de tal manera, que no habían visto que en la sala donde se encontraban los heridos una mano había cerrado suavemente la puerta.

XXII

Marpha Volke

La que había cerrado la puerta era una joven de cabellera leonada, con ojos de un azul de acero, fieros y á la vez implacables, alta y delgada como un abeto. Con el pie dió golpes á una de las losas, que al instante se levantó. Un joven muy parecido á la que lo llamara tan extrañamente, y con el mismo tipo audaz bajo el pelo rojo del Norte, salió de aquella trampa, que empalmaba una escalera portátil.

—Michaïloff, he ahí dos fugitivos que se van á ofrecer al zar.

—¿Están muertos?

—No sé; bájalos pronto.

Ante la orden de su compañera, el otro llamó á varios hombres. Los dos cuerpos fueron descendidos con todas las precauciones y toda la prontitud posibles; después la trampa fue cerrada. Marpha dejó la habitación. Ya era tiempo, pues su padre entraba con el correo y dos mujiks propuestos para la cocina.

Nada de desordenado había en la habitación de donde los cuerpos habían desaparecido.

En una de las habitaciones vecinas se oía cantar á Marpha acompañándose del piano la canción de Stenkorate:

«Enterradme allá lejos en la llanura—donde se cruzan los tres caminos,—por la noche y con velo de ébano,—que de la tierra saldrán mis manos.—Ellas os mos-

trarán en la sombra—dónde están Toulo, Sautoff y Kiel; —á mis pies bajo la tierra sombría—poned mi sable todavía rojo.»

La voz de Marpha, sombría como la leyenda, murmuraba amenazas; la de su primo Miguel Volke contestó á lo lejos la última copla:

«¡Aquellos disfrutarán la tierra—que son el número y la equidad,—yo vendré por la gran guerra—la guerra por la libertad!»

Marpha comprendió en el acento de su primo, como en el sentido de la copla, que los fugitivos no estaban muertos.

La escena que se desarrollaba en la primera habitación era muy distinta.

La desaparición de los dos cuerpos llenaba de cólera y temor á Volke, á los mujiks y al correo.

Los miserables habían simulado la muerte, huyendo con las balas en las piernas.

¿Qué diría *nuestro padre* el zar, cuando supiera que habían podido huir con el plomo en las alas aquellos malditos pájaros de la revolución?

Precisamente en aquel momento acababa de ser descubierta una sublevación.

—¿Y la prima? Es Agnenoke quien tiene la culpa, pues ha dicho que estaban muertos.

—¡No, es Gossoff!

—¡No, es Givotnoye!

Aunque se acusaban unos á otros los perros de jauría, dando voces y aullando, tres de ellos fueron considerados como culpables, Gossoff, Agnenoke y Givotnoye, de haber facilitado la fuga de los prisioneros.

En buena conciencia, ellos no podían estar lejos en tal estado, por lo que era preciso dar una buena batida por los alrededores para encontrarlos; la llanura se extendía unida como un espejo, sólo con un declive cerca de la mina.

¿Cuál podía ser el motivo por el que los mujiks habían abierto la puerta?

Su interés estaba en que los prisioneros permaneciesen en las manos del que prometía una prima, y si alguien

estaba de acuerdo con los fugitivos, era una cosa muy grave.

En espera de que alguien acusase á otros, serían puestos en el calabozo, y el correo llevaría la noticia.

—¡Marpha! ¡Marpha!—gritaban los tres miserables, en el momento en que la joven salía de su habitación, la cual se acercó adonde la llamaban.

—¿Qué me queréis?—dijo.

—Usted sabe bien, querida Marpha, que no somos culpables.

—¿Culpables de qué?

—De haber salvado á los dos extranjeros; muy al contrario, nosotros quisimos libertarles.

El miedo les hacía olvidar el carácter de Marpha.

—¿Es verdad esto?—dijo ella;—¿vosotros queríais libertarlos?

—¡Sí! fuimos nosotros quienes les cogimos.

—¿Y me pedís gracia?

—Sí, querida Marpha; implore usted por mí.

Volke, que adoraba á su hija, comenzaba á enternecerse al oir que se dirigían á ella y estaba pronto á conceder gracia sin cuidarse del zar. Pero ella, mirando bien de frente con sus ojos salvajes á los miserables que cruzaban las manos ante ella y envolviendo á su padre con la misma mirada, dijo:

—¡No! Yo no pido gracia por los perros que libertan á sus hermanos.

Y feroz, se volvió dejando aterrados á su padre y á los tres mujiks.

—Esta mujer es del complot—pensaba el mensajero.

En efecto, era de un complot, pero no de aquel.

XXIII

Las bodas rojas

Volke adoraba á su hija, pero no era su sola afección: quería casi tanto á su sobrino Miguel, á quien había educado.

Miguel era hijo de un hermano que había perdido. Nacido el mismo día, no se habían separado nunca. Los dos niños tuvieron tal desespero, que se concluyó por dejarlos juntos.

Juntos también hicieron sus estudios, y cogidos por las mismas corrientes, estaban afiliados al partido nihilista.

La revolución era lo que ellos amaban con un amor infinito, y sabiendo bien, por las represalias del zar hacia los que caen en sus manos, la suerte que les aguardaba, no podían vivir juntos, sino morir juntos.

Estos son los desposorios rojos en que la muerte firma el pacto; son los más bellos, no se rompen jamás.

Así se desposaron Marpha y Miguel un día de espléndido sol, sobre la plaza imperial de Tobolk.

He ahí cómo Marpha y Miguel, cuyos estudios habían sido buenos, eran hábiles doctores; extraídas las balas de las heridas de Fedor é Ivan, la curación había marchado con prontitud.

Ocultos en las cuevas, de las que hemos visto una de las salidas secretas, y que habían sido excavadas por los revolucionarios, los fugitivos, bien restablecidos, con bastantes rublos para facilitar el viaje, vestidos con trajes tan sólidos como los suyos, pero de forma diferente,

podían ir lejos sin ser inquietados. Marpha les había dado muestras de minerales, tan numerosas en las llanuras de Siberia. Los ricos explotadores que levantan su palacio como una tienda les abrieron camino. Era esto suficiente para que llegasen á los bosque donde los hijos de Stenkorate han derribado los leñadores.

Miguel y Marpha abrazaron á los hermanos Miralowski y los dejaron partir. Con ayuda de las villas y los bosques, los gemelos alcanzaron el estrecho de Bering; habían hecho el camino muchas veces juntos con los que les buscaban, y que, gracias á sus muestras de minerales, despertaban los instintos de codicia y se habían burlado del zar en las mismas narices de sus subordinados.

Allí quizá hubieran fracasado, después de haber hecho felizmente mil y pico de leguas, sin el comandante de un brik que declaró eran sus pasajeros y reconoció haberles enviado para reconocer varios minerales.

La vista de las muestras que Josiah pretendía libertar bien pronto á la explotación de los capitalistas rusos, la seguridad que ellos le daban de que varias piedras de sus canteras contenían también oro, todo esto parecía tan verídico, que pudo añadir los dos rusos á los que había recogido por el mundo para la colonia del polo.

El mismo día en que Josiah les hacía subir sobre su brick, había afluencia de gente en Tobolsk: se ahorcaba á dos nihilistas acusados de complot contra la vida del zar.

El correo había llevado la denuncia de su sospecha, ganando una buena plaza de una manera muy infame, pues cavando bajo las losas se encontró una imprenta clandestina parecida á otra que se había descubierto en Moscou. Los dos procesos fueron reunidos bajo la denominación ordinaria «Complot contra el zar».

Para mejor imprimir en la multitud el terror de las represiones, los dos nihilistas de Moscou y los dos del gobierno de Tobolsk fueron ejecutados en la capital de su provincia, donde había tenido lugar *el atentado*.

Ni una ni otra de estas dos ciudades se aterrorizó. Los nihilistas no tenían ningún miedo á la muerte.

La parte inconsciente de la población creyó librarse de un peligro con la desaparición de algunos hombres, y en cuanto á la parte consciente, hasta enemiga de los extremos, las torturas sufridas por una causa la hacen mucho más querida.

El mejor medio de engrandecer la rebeldía es todo lo que se hace para destruirla, pues los que mueren por la libertad no echan de menos la vida.

Antes que el verdugo les pusiera sobre la cabeza el saco que debe velar el rostro de los ahoreados, Miguel y Marpha se miraron sonriendo.

Primero se hizo subir á Marpha. Miguel vió caer el cuerpo en el espacio: después le tocó á él.

Subió rápidamente, teniendo prisa por dejar de ser, ya que ella no estaba en el mundo.

Los nihilistas llevaron por la noche coronas rojas bajo la horca: ¿no eran los desposorios de Miguel y Marpha desposorios rojos?

Un nuevo recluta logró la revolución. Boris Volke juró vengar á sus hijos, y se batirá, no por convicción, sino por amor á sus queridos muertos. El resultado será el mismo.

XXIV

Libertad

El puente de granito rosa de Sydney ábrese sobre el horizonte de las Montañas Azules con menos grandeza que se abría el puerto de la libre colonia sobre los hielos del polo.

La ciudad está mitad resguardada por la muralla de peñascos á pico que protege una cadena de montañas volcánicas repletas de cavernas; la otra mitad se halla rodeada por un brazo del Gulf-Streem, que se dobla para encontrar la corriente, á la cual se junta por bajo las olas.

Esta península, verdadero oasis, había sido descubierta por Josiah.

Hay dos ciudades; la una al aire, para el corto verano; la otra bajo la tierra, en las cavernas, para el duro invierno polar; allí están las fraguas, los alambiques, las retortas, el laboratorio y también el arsenal, en el cual los refugiados se preparan para la lucha de los débiles contra los fuertes con armas que puedan destruir el mundo, y que por consecuencia harán toda guerra imposible.

Con los medios sugeridos por la ciencia y por ese instinto que desarrolla según los medios las facultades del hombre y del ser viviente casi en todas partes, habían podido vivir allí, y la lucha que sostenían simultáneamente contra la Naturaleza y contra la muerte, si hubiese cesado habría acarreado su desgracia.

También allí no había más que personas fuertes.

La continua atmósfera de esa lucha magnífica de los seres reunidos en la paz contra el furor de la Naturaleza, hacía en esos seres el efecto de las emanaciones que alimentaban á los vegetales de otras épocas haciéndoles gigantes.

En esta colmena humana todas las abejas hacían miel y no se les ocurría la idea de rehusar nunca á los que absorbían más ni de procurar almacenar para sí.

¿Qué harían de lo que le sobrase á cada uno? Cuando no tenía, tomaba del montón.

Las objeciones ociosas de los que aplican á la vida del mañana las costumbres de hoy, no son del caso.

Los tiempos nuevos no encontrarán los harapos presentes ni sonarán allí nuestros cascabeles.

Nadie puede caer en abismos que no existan.

Cada cual da su inteligencia, su fuerza y su corazón, absorbiendo lo que sea necesario á su existencia física é intelectual.

Por este lado, Gaël era un verdadero alambique, su cerebro trituraba; devoraba, por decirlo así, todo lo que los inventores de Europa comenzaban apenas á entrever; tomaba los pequeños granos de nuestras ciencias para hacer gavillas maravillosas agrupadas libremente, como los pájaros para atravesar los aires, como los bueyes salvajes para hacer frente á los lobos: tales eran los colonos.

Sin cesar solicitada por la libertad, la crisálida humana había desgarrado la envoltura, podríamos decir usando nuestras propias palabras.

Como los idiomas también habían evolucionado, las antropologías humanas estaban allí bajo todas sus formas; nada faltaba.

Además, en un engrandecimiento enorme sobre la tierra fértil se agruparon después de la liberación los hombres libres sobre la tierra libre.

Semejantes á los astros que gravitan en el espacio, serán los hombres y las sociedades para el trabajo consciente y voluntario, que hará las cosechas fértiles donde los campos son desiertos, las sociedades felices donde son miserables, como en la colonia de los hielos, pero con la diferencia de que sea una ciudad la tierra entera.

La fuerza de las tempestades y de los abismos pulverizará las peñas, abriendo pasajes á través de las montañas, así como una herramienta al servicio del hombre.

Los buques submarinos, explorando el fondo de los mares, pondrán al descubierto los continentes sumergidos; la Atlántida con su sábana de olas nos aparecerá muerta en sus ruinas ciclópeas, bajo los corales y las hierbas marinas: la Atlántida y otras tierras quizá.

La electricidad conducirá los buques por el aire, por encima de los hielos de los polos, bajo la franja purpúrea de las auroras polares.

¡Qué cosas se descubren cuando se mira adelante, olvidando al miserable individuo!

Las personalidades estarán lejos cuando cada ser vivirá en la humanidad entera, multiplicando sus fuerzas, su pensamiento, su existencia, hasta lo infinito.

Las ideas de libertad y de justicia, después de tanto tiempo de estar fijadas sobre los frontispicios de las cárceles humanas en que ellas alimentan sus ardientes deseos, echando su luz en la aurora y mostrando en su verdadero día las cosas que la obscuridad hacía vagas y engañosas, serán una realidad.

Sin cesar se engrandecieron esas ideas de justicia igualitaria, removidas y fertilizadas por cada pensamiento, pero nunca vimos su aplicación.

Habéis visto al campesino volver los surcos para sembrar el trigo nuevo; así, pues, serán vueltas y enterradas como rastrojos las iniquidades sociales.

¿Para qué el sentimiento de las artes, para qué la inteligencia en todos, si es para ahogarlo, para no dejar más que los brazos en beneficio de los que no tienen ni cerebro, ni brazos, que sólo tienen vientre, como las larvas? En las razas que gozan del cerebro, éste no recibe más que las percepciones cuyo surco está vacío; en las razas que trabajan y piensan demasiado, el cerebro es inculto y ramifica por casualidad.

La poderosa vegetación de los bosques vírgenes, no va mejor que el cultivo degenerado de los árboles enanos en los jarros del Japón, mueren muy pronto. Aguardemos que pasen mil años sobre el siglo XX, desemba-

razado de nuestras locuras, de nuestras estupideces, de nuestras miserias.

Cada carácter, cada inteligencia, tomando su sitio en la gravitación universal, su ciencia removería un mundo en beneficio de todos, la raza sería muy diferente del ganado humano que ahora es cada ser viviente, y todo el género humano, viviendo en cada ser la idea, iría adelante en la gran paz y tan lejos, tan lejos, que el horizonte se haría más y más ancho á medida que aumentaran el valor y la inteligencia.

Ese sueño es, como todas las hipótesis de una época, la realidad de lo que seguirá.

Si apuntasen millares de cañones sobre las multitudes que suben, no impedirían fuese esto dentro de mil años ó mañana mismo, porque los rebaños humanos y la idea no quieren morir y los rebaños de allá serán la humanidad, y esa idea el porvenir; en cuanto á la guerra, ella es, fuera el caso de una idea, la carnicería que no puede continuar existiendo.

Las gotas caen muy gruesas antes de una lluvia de borrasca, y de golpe las unas se vierten por torrentes sobre la tierra desecada.

Semejantes á las gruesas gotas que preceden á la tempestad, era antes el desenlace del espacio en que se habían refugiado los desesperados.

Estaban hasta el cogote de cuanto habían visto y hecho, acosados por las fatalidades de nuestro orden de cosas, y no quieren continuar. Por esto preferían morir ó vivir avanzando.

XXV

El Banco de las Fumosas

¿Conocéis las minas de oro, capital social del famoso Banco de las Fumosas?

Ha estado algún tiempo en boga; hay millares como él, cuyo capital social está situado sobre las obscuridades del mar, echando mano del dinero de los tontos. ¡Después de todo, tanto mejor! Eso ayuda á la derrota de las necedades humanas.

El Banco tenía por fundador un enano con la figura de una garduña, grueso como un pellejo, quien pretendía ser poseedor en las colonias españolas de minas donde la arena y los peñascos estaban llenos de partículas de oro.

Ya se sabe que hay oro en las piedras, pero no poseía ni una al sol.

Lo que él poseía era el arte de los anzuelos á conveniencia, anzuelos tanto más seguros cuanto que la bola era más gruesa.

El enano tenía una manera muy cínica de burlarse del mundo, atrayendo esto imposiciones considerables.

El Banco marchaba admirablemente *para él*, los accionistas se contentaban con promesas y no tenía ningún impedimento que durase el tiempo necesario para marcharse al extranjero.

Cristián del Mar tenía un verdadero genio, el genio del fraude. Nadie lo había tomado como defecto, contando, por lo tanto, con una seguridad absoluta. El ena-

no era un especialista: la bonificación que produce un gran interés era la sola cuerda de su instrumento, y él la conocía á fondo.

Con esta cuerda podía cambiar los aires, y lo hacía hasta lo infinito en la escala eterna del provecho á pleno saco.

La reputación del Banco de las Fumosas atrajo no solamente á los tontos, sino también un rival digno de Cristián del Mar, el griego Himete, con el nombre suave como el de la montaña amada de las abejas.

Los ladrones, como los demás, no tienen su salvación más que en la audacia.

De hecho, Himete no pertenecía al mundo griego de origen, sino que no podían dar con su estado civil, puesto que se había evadido de diversos sitios, procurándose los papeles de un griego.

La última evasión la efectuó estando en Numea, un día de fiesta, protegido por las costumbres religiosas. Subido al correo, encontró un clérigo inglés: los dos augures se miraron riéndose y se comprendieron tan bien, que el inglés tanteó al francés, le dió cartas de recomendación para un comerciante ruso, y ved ahí á nuestro hombre colocado, haciéndose pasar por un proscrito político, llevándose la caja y la hija de su huésped á Londres.

Esta supo el robo hecho á su padre cuando tenía ya una hijita. La rusa era orgullosa y murió de dolor.

Himete vió muy pronto descubiertas sus artimañas, y no pudiendo permanecer más tiempo en Londres, colocó su hija pagando adelantado una docena de miles de francos y se fué á París, donde no había estado desde hacía muchos años.

Como Cristián del Mar, Himete tenía la especialidad de trabajar en los papeles chicos, rama en la que aquél no había pensado nunca.

El pensamiento de una asociación posible entre las dos industrias se le ocurrió á Himete, que adivinaba el género de banca realizado por el enano; se presentó á las oficinas, y los dos bribones se examinaron uno al otro. Del Mar, con sus ojos verdosos, la barba apoyada

sobre su pecho; Himete, con sus ojillos negros de ave de rapiña, preguntándose ambos cómo podría empezar de nuevo el otro y con una ligera inquietud cada uno por recordar dónde había visto y á quién se le parecía vagamente.

Después de las frases de costumbre sobre la honradez, cosa que los pícaros nunca dejan de hacer protestas de ella, la conversación tomó otro sesgo: la manera de colocar dinero en el Banco de las Fumosas, lo que producían los valores puestos en circulación, en fin, esa infinidad de cosas con que los manipuladores del oro de los demás se reconocen tan fácilmente.

Los dos tunantes se examinaron hasta el fondo de las entrañas.

—Es extraño—dijo al fin Himete,—cómo se parece usted á uno de mis antiguos amigos.

—¿Cómo le llamaba usted?

—Bosco, su nombre de familia: le había venido de un lunar que era propio de todos los varones de la raza.

—Eso probaba que las mujeres eran fieles en ella.

—¡En efecto!

La conversación languideció algunos instantes; después Del Mar se decidió y replicó:

—Por parte de usted se parece mucho á uno de mis mejores amigos, y yo debo preguntarle á usted si sería acaso de su familia: le llamábamos Frerot, su nombre familiar.

Ambos se habían reconocido.

Formaron una asociación, asociación formidable, que no contaba más que dos miembros, y sin embargo, hacían llover oro.

No se entretenían en pequeños embustes; hacían *chantages* terribles, por los cuales no eran denunciados nunca, porque sus víctimas no querían propalar las vergüenzas ó las desgracias que los miserables habían descubierto.

Procuraron compulsar la *Gaceta de los Tribunales*, y buscar lo que la justicia no había descubierto. Tuvieron acierto para ser más audaces: el proceso del Puente del Ferrocarril cayó bajo sus ojos, y en los momentos de

descanso que les daba la creciente prosperidad de las entregas de dinero, buscaron tan bien, que una parte del misterio les apareció: la continuación les iluminó más aún, y buscaron aquellos otros procesos que al asunto se referían.

El episodio de Ana acusando á Roll ante el tribunal de que él formaba parte les puso sobre la pista.

No se trataba más que de encontrar á Ana ó á los niños; tener pruebas y hacerse pagar el silencio con una fortuna.

Los pequeños habían sido puestos en los niños asistidos, hacía de esto siete ú ocho años, debían tener ahora de doce á trece y era posible encontrar sus huellas. Himete se hizo pasar por un tío de los infortunados, declarando, para evitar cualquier sospecha, que Ana estaba completamente loca. Quería adoptar á los sobrinos; faltaba sólo que fuera á buscarlos.

Esos dos cuervos serían los que descubrirían á Roll.

Los niños estaban en el locutorio cuando el *tío Himete* entró en la colonia penitenciaria; el que fué á visitarles era su antiguo compañero, en la actualidad obrero cerrajero que llevaba á *sus niños*, como él decía, algunos dulces, pues la vida les era dura y las privaciones constantes. La llegada del tío no causó á Andrés una alegría excesiva. El tío tenía mala catadura; su tipo de buitre flaco hizo tomar la resolución al joven de velar más que nunca por aquellos desgraciados.

El tío Himete no tuvo que hacer muchas cosas para llevarse á los niños: era su pariente y eso allanó la única dificultad.

Habíase alimentado á los pequeños cuando no podían hacer casi nada: al presente que trabajaban, se marchaban, y había que indemnizar á la administración. El tío Himete venció también este impedimento entregando una suma regular. Cuando los asociados empleaban dinero en la empresa, era que ella produciría un céntuplo de provecho, estaban seguros.

Aquellos niños habían tenido con frecuencia hambre y sed y habían sido con frecuencia golpeados, pero jamás desde el tiempo de la cámara roja habían tenido tan

gran miedo como les causaba el tío Himete, produciéndoles el efecto de un conejo que se tira con fuerza para matarlo.

Andrés no pudo obtener la dirección del tío.

—De todas maneras la sabré—pensaba él.

Salió y esperó para seguir á Himete, que conducía á los pequeños; el proceso tenía su rastro.

La administración fué completamente engañada, pero Andrés no lo fué; aquel tío le asustaba.

XXVI

¿Quién vela el nido? Nadie. ¡Pobres pajaritos!

El camino que conducía del orfelinato á París era felizmente bueno para Andrés y penoso para los caballos.

Siguió al coche con bastante facilidad. Pero en la cuesta no tuvo otro remedio que hacer como los pilluelos para hacerse llevar en coche: saltó á la trasera arriesgando su vida á cada instante, pues Himete llevaba el caballo al galope para llegar pronto á su destino.

Se detuvo delante del famoso Banco de las Fumosas.

Allí el cochero echó su manta gris en el coche y pareció tan bien vestido como el tío Himete.

Esta precaución hizo comprender á Andrés que había misterio en todo aquello y le pareció que los dos pequeños se asemejaban á dos pajarillos que al caer del nido revoloteán perdidos.

Los dos asociados vieron el rostro ansioso de Andrés, y reconociendo al joven tuvieron una vaga inquietud; les había seguido. Era, pues, un enemigo, con seguridad un observador molesto.

¡Es que el cazador de leones quiere ser inquietado sobre la muerte de los corderillos cogidos en el cepo!

Andrés desapareció, temeroso de que los niños fuesen cambiados de sitio.

Ellos también le habían visto y sonrieron de lejos.

Andrés velaba sobre ellos: esto les confortó.

—¿Quién es este hombre?—preguntó Himete á los pequeños, introduciéndolos en el interior de la casa.

—Es Andrés.

—¿Quién es Andrés?

—El que ha tenido cuidado de nosotros cuando se nos puso en la colonia.

Andrés podía ser útil, y si no lo fuese sabrían deshacerse de él: tal fué el pensamiento que se les ocurrió á un mismo tiempo á los dos asociados.

Himete y Del Mar, seguros de que los niños les serían confiados, tomaron una criada para cuidarlos, una vieja con rostro de víbora que también verificaba con éxito los cambios de nombre y de residencia, la viuda Eléazar.

Era ella la que debía recoger sus menores palabras y poner pronto el asunto en claro: la viuda se había encontrado en una misma atracción como los otros dos tunantes se encontraron. Tal para cual.

Aquella mujer, al presentarse ante los niños, les causó más miedo aún que el tío Himete; pero Andrés sabía dónde estaban, pensaban ellos para tranquilizarse.

Sí, lo sabía como se sabe á través de los muros de las fortalezas sin tener la llave de oro que abre todas las puertas.

Los niños habíanse desayunado ligeramente en la colonia, pero el hambre pasó por delante del tío Himete y de la *señora intendenta*.

Se acostaron sin hablar, no osando comunicarse sus pensamientos.

¿Qué felicidad podían esperar ellos, que desde hacía tanto tiempo no habían tenido más que la vida de la bestia, acostándose bajo los golpes resignados y mudos?

¡Nada tan triste como los niños de aquella edad ya viejos por la costumbre de los malos días!

Charlot y Lulú habían quedado pequeños, pues la miseria detiene el crecimiento.

Cuando ellos hablaban juntos era siempre del pasado, de su infancia, del tiempo en que eran felices, haciendo como los ancianos, que saben mejor los acontecimientos de su juventud que los del tiempo presente y encuentran el pasado mejor que los tiempos de hoy.

El tío Himete fué á interrogar á sus pupilos.

—Veamos tú que eres el mayor, ¿qué sabes?

—No sé nada.

—¿Qué hacíais en la colonia?

—Durante el invierno extendíamos lana y en el verano íbamos á hacer hierba para los conejos.

—¿Eran buenos los conejos?

—No sé.

—¿Quién se los comía?

—No sé.

—¿Y tú que sabes?

—Yo no sé más.

—¿Sabes leer?

—Sé un poco del tiempo de mamá y he enseñado á mi hermano.

—¡Ah! ¿os acordáis mucho de vuestra madre?

Ellos, que cada vez que hablaban de su madre eran castigados, se callaron, creyendo se les tendía un lazo, y palidecieron.

Durante muchos días fué imposible hacerles hablar.

Los dos asociados tuvieron entonces la idea luminosa de conducirles á la habitación del juez, al que Ana había acusado de ser el asesino de su padre.

El juez Wolff no juzgaba desde hacía mucho tiempo; había partido á la cabeza de la misión científica que él dirigía tan bien, pero la casa no había cambiado de aspecto; desde las ventanas exteriores se veían aún en la cámara roja los mismos grandes cortinajes rojos pesados y calurosos: allí había sido el nido de los pequeños del juez.

XXVII

Fin ordinario de un rebelde

Un revolucionario acababa de morir con gran contentamiento de sus enemigos, que se imaginaban no ser tan combatidos con un soldado menos.

El ejército es ahora demasiado numeroso, la idea demasiado clara, para que pueda contarse una gota de agua en las oleadas que ponen en brecha el viejo mundo.

No era la decrepitud ni la enfermedad lo que había muerto á Marcelo; era fuerte y no era aún viejo. Marcelo había muerto porque su más ardiente deseo iba á cumplirse, porque la roja aurora del mundo nuevo estaba para suceder á la noche, pues nadie ve lo que ha soñado toda su vida.

¿Diré por qué? Son fatalidades inconscientes, pero que suceden siempre.

¿Es que hemos visto ya gentes felices, á menos que no sea para caer más terriblemente?

Yo no hablo de la felicidad idiota de las riquezas ni de lo que se llaman honores, sino de lo que verdaderamente sería un gozo, un gozo inmenso capaz de hacer romper el corazón.

Por esto es por lo que Marcelo había muerto.

Había un paño rojo sobre el féretro, que arrastraba el coche mortuorio de los pobres.

Era una mañana de Enero llena de nieve y los pendones rojos y negros chasqueaban con el viento de tempestad que soplaba.

El acompañamiento era numeroso, los unos porque el que había muerto llevó valientemente la bandera, los otros por curiosidad: muchas veces esos curiosos os empujan y una vez cogidos se quedan.

Por los balcones algunas hermosas señoras se ocultaban para mirar, porque es de mal gusto ver pasar banderas rojas.

Hay alguna, sin embargo, que el pendón rojo le ha hecho latir el corazón: son naturalmente rebeldes las mujeres.

Los pilluelos daban vueltas de un lado á otro, no atreviéndose á tirar piedras ni gritar como tenían por costumbre al salir de una reunión.

¡Tantas y tantas veces le habían sido enviados en vida por sus enemigos un rebaño de inocentes para que se burlaran de él, que bien podían ir á acompañarlo en su última morada!

Marcelo estaba ahora libre, tanto de las pequeñas infamias como de las grandes.

Todas estas cosas no le ocuparon en vida más que para tener el trabajo de sacudirlas con gozo, como se sacude el polvo caído sobre los vestidos.

¡Cuán poca importancia tienen las miserias de cada uno ante la inmensidad de las miserias!

Una sola le parecía siempre grande, y era cuando se condenó á su madre á morir enviándola á la cárcel para muchos años.

Y después, sobre la tumba, se le había tirado el indulto en pleno rostro.

Le parecía á él que al morir se desembarazaba de todos los recuerdos de aquella fría crueldad, que encontraría olvido en el sueño eterno. Esta y otras cosas analizaba Marcelo, y le parecía que la muerte debía ser una cosa deliciosa.

De los frutos del árbol de la ciencia, él había conocido pocos, y quizá esto era lo mejor.

Marcelo había vivido siglos en el corto espacio que separaba su proceso de su muerte, y sabía que nada puede impedir el crecimiento de los pueblos y que la humanidad en su época viril no volverá á tomar las manti-

llas y los chupadores de su cuna. Murió, pues, con alegría, oyendo á lo lejos la marcha de las etapas humanas. Su proceso era de naturaleza extraña: impaciente de los días mejores, había querido apresurarlos y verlos realizados lo más pronto posible, por lo que había obrado á la desesperada.

Si esta tentativa fuese narrada, ese libro no parecería sospechoso, porque ella pertenece á un orden de cosas que cada uno puede realizar.

Y por consiguiente, fuesen ó no explicadas, nada hay de más ni de menos.

Germinal sopla en el aire, los unos cantan, los otros ejecutan la epopeya; todos la respiran.

A veces germinal tiene floraciones precoces: tal había sido el fin de la tentativa de Marcelo.

Juzgado, condenado á muerte, sin querer señalar á sus cómplices, Marcelo vivía el progreso más que nunca; él iba hasta donde el espíritu se pierde.

El fin de su existencia estaba perfectamente de acuerdo con todo su pasado.

Tenía razón: el patíbulo no le sirvió de tribuna para lanzar á la muchedumbre el grito de libertad universal.

En el tribunal había olvidado la vida de hoy por la de mañana. El nuevo sol le había inundado, había tenido calor y sólo tuvo frío entrando en los corredores de su prisión; estuvo sencillo en su defensa, y esto conmueve á todo el mundo. Su pecho se resfrió y la cosa marchó prontamente.

Hubiera sido negarse á sí mismo, él que estaba condenado á muerte, quejarse por las enfermedades que presentía; Marcelo no se metió en cama más pronto que de costumbre, pero al día siguiente no pudo levantarse más. Se atribuyó esta muerte, como de costumbre, á todo lo que no era.

Y como de costumbre también, aunque Marcelo no había pedido nada, le concedieron el indulto. Su cuerpo fué entregado á sus compañeros de lucha sin discusión previa.

Cuando el cortejo fúnebre llegó al portal del cementerio de X..., las gruesas nubes negras, que amenazaban

desde la mañana, reventaron azotadas por el viento. Una espesa nieve florecía sobre las banderas negras y sobre las banderas rojas, semejantes á los árboles en Mayo.

Al concluir con el viaje de la vida, donde tantos náufragos se devoran unos á otros, concluyó el sombrío viaje á vistas del puerto.

XXVIII

Papeles chicos

Marcelo en vida había sido calumniado más que cualquiera puede serlo en el mundo.

La boca venenosa de las ratas humanas tiene de esas rabias, sin que se sepa bien por qué. Quizá porque él no perdía el tiempo contestando. Una vez muerto, guardaría aún mejor silencio; eso daba ánimos.

Himete y Del Mar, engolosinados por la buena suerte, se pusieron á trabajar por este lado también. Todo el mundo conoce las palabras que han pasado á ser proverbio:

«Dadme dos líneas, las más sencillas del mundo, de la escritura de un hombre, el más honrado, y yo me encargo de encontrarle causa para ir á presidio.»

No solamente las líneas, sino las páginas de la escritura de Marcelo no faltaban. El enano, que imitaba los caracteres de escritura con una destreza de mono, fabricó una colección de cartas, á las cuales el sello mismo de correos le daba un carácter de autenticidad.

Provistos de este trabajo, Himete y Del Mar se fueron á las oficinas de *La Debâcle*, periódico donde Marcelo había escrito, y pidieron hablar al director para un asunto importante.

Estos dos ambiguos individuos marchaban cautelosamente, con falsa mirada, exhalando traición á la legua.

Sentados al extremo de sus sillas, se miraron para pedirse consejo.

Del Mar empezó:

—Usted ha tomado una gran parte en el duelo.

El director de *La Debâcle*, Alberto Noret, antiguo amigo de Julio Borelli, como él tenía poca confianza en la gente demasiado correcta y artificiosa.

—Sí—contestó secamente.

—A este propósito venimos á renovar su dolor.

—No me gustan los preámbulos; vamos á los hechos. Marcelo les debía á ustedes y vienen á reclamarme su deuda.

—¡Si no fuese más que esto!...

—¡Vamos, hablen pronto!

—Pues bien; se hablaba ayer en un círculo donde nosotros estábamos, mi asociado y yo, de cartas comprometedoras para el honor de su amigo.

—Marcelo era incapaz de ninguna acción contra el honor.

—¿Piensa usted?...

—Estoy seguro.

—Nosotros tenemos pruebas—dijo Himete.

—¿Qué pruebas?

Himete replicó:

—Como la reputación de Marcelo se refiere á un partido en el cual milita usted, y al que pertenecemos igualmente mi asociado y yo...

Se detuvo.

—¡Acabe usted pronto!

—Pues bien; hemos creído hacer bien al comprar algunos autógrafos de su amigo, de los cuales se iba á abusar.

—Señores, han sido ustedes engañados. Explíquense.

Los bribones no tenían nada: habían hecho circular por otras manos sus falsas cartas y las habían comprado ostensiblemente. Sus personalidades estaban á cubierto.

Con la espalda encorvada, Himete estaba frente al enano, acolchado por todos los lados para generalizar su deformidad y que parecía un pequeño tonel con dos

piernas pegadas debajo: él y un signo del alfabeto egipcio eran absolutamente semejantes.

Estos dos seres, tan diferentes uno de otro, tenían un punto de contacto: si se hubiese tocado su piel, se hubiera encontrado fría como la de los reptiles. Su género de inteligencia también armonizaba.

—Muéstrenme esos papeles—dijo Albert.

—*Esos* papeles, querido señor...

Pero al levantar los ojos sobre Albert como una garduña ante un pájaro, vió que era menester ponerse en guardia.

Los asociados pensaron demasiado tarde que habían tendido un lazo á un zorro en lugar de echarlo á un conejo: ellos mismos se metieron en un atolladero; habían obrado como imbéciles. Es verdad que algunos años más tarde no hubieran encontrado comprador para sus cartas falsas, pero era demasiado pronto y habían estudiado poco las costumbres del difunto y las del amigo á quien se habían dirigido. Los muertos eran menos peligrosos que los vivos.

¿Qué diablo de idea habían tenido? Habrían ganado más fabricando autógrafos sin consecuencias para los coleccionistas. Si ellos no hubiesen *dicho* tener las cartas consigo, se habrían retirado sin desastre. Del Mar presentó una de las cartas.

El sello de correos había sido falsificado con el de una carta del mismo año y del mismo día, dirigida á un personaje que no existía, y así había menos riesgo.

Se habían metido en un mal paso.

Contra el sobre no podía decirse gran cosa, y después de hecho añicos podía leerse aún un fragmento que decía:

«*Al señor Filiberto, hacendista.*

»Calle Rivoli, 96

»Mi querido Filiberto: Acabo de hacer una especulación que me produce ciento por ciento. Le ofrezco la mitad de otra del mismo género si la toma en seguida.

»Su afectísimo,

»MARCELO.»

¡Marcelo, tan orgulloso, servidor del famoso hacendista Filiberto! Era una monstruosidad.

Alberto, á quien el sobre perfectamente imitado había dejado estupefacto, se tranquilizó desde las primeras palabras de la carta.

—¿Cuánto han pagado ustedes por esta colección?—preguntó.

—*Cien mil francos.*

—Es demasiado para nosotros. Pero vuelvan ustedes mañana á la misma hora.

Y hablando así había copiado el sobre y la carta, que devolvió á Del Mar.

Los dos asociados, inquietos por aquella copia, no podían, sin embargo, negarse; hubiera sido venderse.

Se despidieron de Alberto y salieron muy perplejos.

Al día siguiente se leía en *La Debâcle:*

«Algunos miserables han vendido á los señores Del Mar é Himete una colección de cartas falsas que ellos atribuyeron á nuestro amigo Marcelo, sin inquietarse siquiera si desde la primera piedra todo el adificio se derrumba.

»Los señores Del Mar é Himete, que han comprado por ciento mil francos esta colección y nos ofrecieron destruirla con el bien entendido de que ingresen los fondos en su caja, no continuarán mucho tiempo sin duda este *chantage*, del cual ellos pueden encontrar á los autores.

»He ahí copia de una de las cartas fechada en *París el 8 de Junio de 18...*, época en la que nosotros dos éramos prisioneros de guerra de los ingleses en el Africa austral. Tomamos partido por los zulús, que combatían por su independencia.

»Iban á fusilarnos, cuando un general inglés, abogado, pretendió que habíamos hecho algunos trabajos útiles. Se contentó con hacernos dirigir á El Cabo, en compañía de Cettiwayo, jefe de los zulús.

»Saben ustedes lo que acontece en las columnas inglesas. La primera, bajo las órdenes de Pearson, fué bloqueada en Edkove, sin víveres, sin municiones, sin correspondencia.

»La segunda debía guardar el campo de Kambulu, dejando en paz al general Chelmsferd para proseguir adelante. Los zulús aprovecharon esta circunstancia para invadir el campo inglés, y como he dicho, nosotros íbamos con los zulús. Ese campo se encontraba en *Bandhlwana* (nombre indio que recomiendo á los *amateurs* de sanscrito).

»Cettiwayo estaba en una posición muy hermosa para hacer proposiciones de paz. En su cualidad de salvaje, era enemigo de una guerra inútil. Las proposiciones de paz fueron, pues, hechas por su parte durante los primeros días de Julio: sin embargo, fracasaron. Poseo una infinidad de detalles referentes á nuestra estancia en El Cabo, y los pongo á disposición de quien quiera enterarse. La carta falsa atribuída á Marcelo servirá, para vergüenza del falsario, de introducción al volumen que voy á publicar. Lo escribimos juntos en el cabo de las Tormentas, lleva nuestros dos nombres, está en verso y se titula: *Canciones de las olas*.

»ALBERTO NORET.»

Los dos asociados no se presentaron, como puede suponerse, en la redacción de *La Débâcle;* si no hubiesen cometido la tontería de presentarse con su propio nombre, hubieran podido enviar un mentís al asunto de la compra. Habrían preferido que Alberto les hubiese entregado á la justicia: allí ellos hubieran hecho un llamamiento contra su adversario en su vida de rebelde y tendrían al Jurado de su parte. El silencio de aquel que los había adivinado les molestaba.

El artículo de Alberto no sorprendió á nadie: era contra los muertos contra los que se revolvían los cuervos; era el mal gusto de la calumnia lo que se empleaba.

No obstante, en el caso en que ningún testigo hubiese recordado las circunstancias que impedían á Marcelo estar en París en aquella fecha, ¿cuántos habían sido los engañados? ¡Se hace así la opinión!

Este drama particular tenía muy poco valor en el

momento de que hablamos. Los acontecimientos ponían en brecha al mundo entero.

Mucho más perdidos que cualquiera que lo estuviera en el mundo estaban los hijos de Ana, entregados á la viuda Eleazar para el *chantage* magistral en que los dos asociados ponían sus más altas esperanzas.

Este asunto sería un desquite tanto peor para Roll, cuanto que ellos acechaban á su alrededor.

Andrés aun no había podido hablar á los niños; los vió una mañana bajar del coche ante una casa de rica apariencia.

El tío Himete se la enseñaba.

Andrés se acercó y oyó que les decía:

—¿Reconocéis esto?

Ellos enrojecieron y palidecieron á la vez, sin atreverse á contestar, pero involuntariamente sus ojos se dirigieron sobre dos grandes balcones, los del cuarto rojo.

Himete notó el movimiento. Tendría su desquite.

Andrés comprendió que los pequeños servían inconscientemente en algún asunto sucio.

Cuanto más Himete y Del Mar se acordaban del mal paso dado cerca de Alberto Noret, más rabia sentían contra Roll. Cuando el primer perro de tiro en las tribus polares recibe un latigazo, da una dentellada á su vecino, y recíprocamente hasta el fin del tiro. Así obraban los miserables, apasionándose contra Roll.

XXIX

A través del Océano

Roll no se daba prisa en volver. Absorto en el desierto de los mares, con la tempestad batiendo sus alas sobre el Océano, olvidaba su humilde personalidad. Las Memorias que dirigía á las sociedades sabias habían perdido el carácter sectario, tomando una claridad maravillosa, y faltaba poco para que varios institutos no tuviesen miedo de los últimos fragmentos de la vela de los tabernáculos; las academias se apresuraban á prometer al sabio todos los laureles académicos durante su vida y el Panteón de hombres célebres después de su muerte, á fin de tenerle contento.

Roll relataba las transformaciones que veía en la Naturaleza, en las costumbres, los lenguajes, las razas humanas, llegando á vislumbrar el próximo día para los pueblos de tomar una actitud viril.

—¡Se convirtió en un revolucionario!—decían.—El abate Cadet había puesto á novena á todas sus penitentas y al ayuno más riguroso á los discípulos de sus colonias, á fin de aplacar las iras del Señor é impedir al sabio el abandonar el seno de la Iglesia ó que se lo tragaran los ciclones que Wolff describía tan bien. Pero el Señor siempre ha sido sordo y ciego.

La Debâcle comenzaba á reproducir algunos pasajes de las Memorias de Wolff.

Ninguna de esas cosas, ventajosas para sus proyectos, escapaban á Himete y Del Mar.

La comunidad de intereses y de crímenes les había reunido, no pudiendo romper la cadena.

Por dondequiera que se arrastraban dejaban algo de su baba venenosa.

Obraban suciamente, pero no osando morder, detenidos por el asunto de las cartas: su tela de araña había sido rota por aquella *salida* de periodista.

Roll seguía navegando y tomando nota de los archipiélagos desconocidos en ese continente austral, refugio sin duda de la humanidad cuando el nuestro zozobrará.

En el estudio de las probabilidades pasadas ó futuras, Roll había olvidado. La inmensidad le poseía de tal manera, que nada representaba su pasado ante la gravitación universal, ante las tormentas y los cataclismos de los mundos. Momentáneamente la inteligencia del hombre ahogó los apetitos del lobo.

Las sociedades sabias le habían llamado muchas veces: Roll no quería volver.

Del Océano austral había abordado las tierras polares, reconociendo con emoción en las minas los trabajos de Josiah, trabajos ciclópeos, en los cuales el sabio vislumbró medios científicos.

¿Soñaba acaso? ¡El, habituado á tantas cosas extraordinarias, iba á ver allí al buque sin pabellón! Era hacia el Sur, cuando costeaba tranquilamente el Buque Fantasma al salir del ciclón.

Roll poseía sus puntos de mira y nadie dudaba que encontraría el resto.

El brick flotaba en el espíritu de Roll como lo viera flotar en la tormenta. Cuando había mordido una idea la rechazaba furioso, como rechazó una víctima.

Hasta en las tierras polares, entre los hielos, Roll buscaba las huellas de los que iban en busca del azufre ó los metales preciosos.

El Buque Fantasma iba montado, no había duda, por atrevidos compañeros, cogiendo todas las riquezas del globo; buscaba, buscaba siempre, sin miedo de su vida ni de la de los demás.

Una casualidad le sirvió: siempre tenía casualidades para llegar hasta el fin.

En la cavidad de una roca, una hoja de papel grueso llevado allí por el viento había permanecido intacta, sin que la tempestad destruyese este frágil objeto.

Nada resiste mejor á la destrucción que la debilidad. El papel duró más que la vida de aquel á quien el viento se lo había arrancado.

Era una enumeración exacta de notas hecha sobre los lugares donde él se encontraba.

Ese tesoro inestimable, pues estaba trazado de mano maestra, contenía, entre otras, una indicación de ruta marítima (de Sur á Norte) con varios puntos señalados para los escollos designados ó puertos para hacer escala.

Roll tenía el hilo del laberinto. La misión científica seguiría esa ruta.

Y la tomó en seguida, en lugar de invernar al Sur, como primitivamente tenía intención: su voluntad se convirtió en ley.

XXX

La hija de Himete

Muchos de los lobos humanos tienen leonas por hijas. Nunca se vió flor mas fresca que la hija de Himete. Se llamaba Gracia, y llevaba bien su nombre.

Jamás voz más armoniosa salió del corazón y de los labios de una artista como la de Gracia Himete.

Encantadora, sencilla é inteligente, la joven era adorada de su padre. Este fué el único sentimiento reconocido que tuvo en su vida aquel miserable. Solamente por aquella parte era hombre.

Ella también amaba á su padre. Pero más que todas las cosas, más que al arte mismo, Gracia amaba el porvenir de la humanidad.

Himete hubiera sufrido un ataque de aplopegía si hubiese conocido las lecturas de su hija y dónde iba á parar lo que él le daba generosamente para sus menores placeres.

Lo que leía Gracia eran las obras de los economistas, dando todos, sin quererlo, la razón á los que lo quieren todo para todos. Eran libros de ciencias, era cuanto apasiona en el saber humano.

El padre abrazaba vergonzosamente el dinero; la hija abrazaba la idea, la ciencia, el arte, el porvenir. Ella lo abrazaba cada vez con mayor pasión.

En la habitación de Gracia se veían armas, trofeos y banderas rojas y negras.

En una ocasión memorable había llevado valientemente una de aquellas banderas.

En esta habitación, y acompañándose de su piano, cantaba en aquel momento la siguiente canción:

Cual arrecife que surca el Océano
á merced de impetuoso huracán,
vago errante, haraposo y escuálido
sin familia, sin patria ni hogar.
Fiera turba de innobles satélites
de un magnate perverso y audaz,
me persigue con furia satánica
y hoy me acosa con odio mortal.
Y me ofrecen su sombra los árboles
y las fuentes su terso cristal,
dulces flores su aroma balsámico,
tiernas aves su dulce trinar.
¡Ay! el llanto encandece mis párpados,
al recuerdo de un suelo natal
do el amor de una esposa y sus vástagos
transformaron un día mi plan.

. . . . . .
. . . . . .

Hemos explicado ya que Himete había tenido esta niña, á través de sus aventuras financieras, de una rusa, cerca de la cual se hacía pasar por un proscrito y con quien se casara. Era la única mujer que había amado. Sus enredos comerciales fueron descubiertos, por lo que huyó de Moscou, llevándose á su mujer y á su hija.

La rusa, al conocer un día la biografía de su marido, intentó suicidarse con la pequeña Gracia. La niña sobrevivió.

Himete, que se hacía llamar entonces el señor Barón, cambió de país; confió la pequeña, con algunos millares de francos, á una familia piadosa, que gastó el dinero é hizo de la niña, primero la émula de sus hijas mayores, luego la institutriz de las últimas. Allí es donde la recogió Himete, conduciéndola á París después de su última evasión.

Nunca el carácter de su padre se demostró á Gracia

bajo su verdadero aspecto. Sabía ella que era avaro, atribuyendo esa avaricia á la prolongada serie de malos días que atravesara, según decía él.

No habitando el mismo lado de la casa que la señora intendenta y los hijos de Felipe, tardó mucho tiempo en apercibirse de su presencia; pero vió un día á la señora Eléazar (la señora intendenta, como se la llamaba) que entraba empujando á los niños brutalmente por la cabeza, con los ojos echando chispas. Los pequeños andaban como atemorizados.

Gracia sintió horror por la una y piedad de los otros.

—Papá—preguntó ella,—¿quiénes son esa horrible vieja y esos pobres niños que viven allá arriba?

—Son unos huérfanos que se me han confiado.

—¿Y tú á la vez los confías á esa mujer?

—Es la intendenta de mi casa.

—Eso me es indiferente, pero yo voy á ser la que me cuide de ellos.

El no se atrevió á negárselo á su hija. Esta hizo venir á los niños á su cuarto todos los días, donde les enseñaba cuanto podía, sobre todo mimándolos.

Gracia tenía veinte años, era muy bella y la primera vez que se la veía causaba una impresión que no se desvanecía jamás.

Tenía los ojos de acero y la cabellera de oro de las rusas. En Inglaterra había tomado la frescura de las jóvenes señoritas. Su entusiasta ingenuidad le daba en la primavera de su vida algo de las rosas silvestres.

Encontrándole una semejanza con su madre, los niños se le echaron al cuello. Ella les tomó en sus brazos y desde aquel día obtuvo toda su confianza.

Entonces la inocente joven logró con la simplicidad de su corazón lo que la viuda Eléazar no pudo lograr con toda su corrupción. Ella contó á su padre los recuerdos de los pequeños, creyendo atraer hacia ellos una protección saludable.

Himete casi tenía remordimientos de servirse para sus intrigas de la confianza de su hija.

En cuanto á la señora viuda Eléazar, díjole ella poniendo sobre sus pálidos labios su lengua de víbora:

—No sé lo que usted quiere hacer de estos niños, pero si la señorita Gracia se mezcla en ello, el asunto está perdido.

Himete se calló.

XXXI

La villa en los hielos

El viaje de Roll después del hallazgo del mapa fué un triunfo.

El comandante del buque evitó, confiándose á él, los menores escollos, señalando nuevos puertos de escala en bahías desconocidas.

Roll seguía como un sueño un surco, el del Buque Fantasma. De pie sobre el puente devoraba la extensión; la lentitud del viaje era para él una ansiedad, y los temores de sus compañeros de viaje á propósito de los objetos que comenzaban á mostrarse flotando á merced de las corrientes, le parecían miserables. El comandante, que había seguido los cálculos de Roll, admiraba su ciencia universal, contemplaba con él las formas raras de los bloques de hielo formando los pórticos de altas mansiones, y con ellas de verdaderas villas, ya los hielos de los lados brillantes bajo la corona, semejantes á montes de cristal.

Caminaban en medio de las tormentas azotando el viento y las olas al ruido de los ciclones, para invernar en la bahía señalada sobre el mapa, más lejos que ningún explorador.

Permanece aún hoy en lo desconocido ese sitio misterioso testigo de un primer ensayo de colonización intentado sobre el suelo más terrible de la tierra.

Roll cada vez estaba más convencido de que allí encontraría el nido del ave marina que buscaba.

Pero al mismo tiempo tenía una aprensión. ¿Y si San-

tiago en vez de perecer en las olas hubiese abordado el buque?

¿Es que todos los espectros de su crimen se le iban á aparecer? Sólo en su hermano dejaba de pensar. Pareciale que vivía á la vez las dos existencias, y se mecía en esa alucinación.

El camino fué de los más sencillos. Por la mar de Baffin habían entrado en el estrecho entre la tierra de Grinnel y la tierra de Washington y por el cabo Britania; entre las riberas desoladas y bordeadas de rocas, semejantes á tumbas gigantescas, habían encontrado un canal libre de hielos, un canal que no terminaba en el mar!

Roll miró su mapa con ansiedad; la señal estaba bien puesta sobre la mar, pero se detenía allí.

Con los ojos fijos sobre el papel que le había servido hasta entonces, Roll se preguntaba si era para confiar con el mar por lo que había luchado, un mar ora libre de hielos, ora completamente helado. En lo que sucedía según la época del año, consistía para los navegantes la diferencia de la tierra al Océano.

Era ello un descubrimiento sin duda, pero entre tanto el yo del lobo humano se había hecho más terrible, acechando al buque á través de lo desconocido y no viendo nada más fuera de la presa que esperaba.

De pronto Roll pensó que una de las aberturas del signo en forma de X daba sobre la embocadura del canal en el mar. La segunda abertura debía ser el punto que él buscaba.

A las aproximaciones de aglomeración de hombres, se extiende una vitalidad en el aire y las ideas dejan al pasar un rastro magnético; tal fué la impresión de Roll al avanzar en línea recta hacia el Noroeste del lado del polo magnético.

El frío no era más riguroso en los parajes aquellos que en varias regiones habitadas por seres humanos. El comandante admiraba cada día más al jefe de la misión científica. Lo había previsto todo.

De pronto creyeron ver un espejismo, el de una rada con habitaciones humanas.

Esta rada era la embocadura del brazo extraviado del Gulf-Stream, que venía á encontrar bajo las olas el río de donde ha salido.

La población estaba en una escarpadura, con una corriente de agua caliente, frente á los círculos enormes de volcanes hundidos en los cataclismos polares. La población de verano se abrigaba en sitios de las minas ciclópeas; estaba construída tan sólidamente, que se parecía á las antiguas poblaciones de Egipto. El trabajo, las voluntades reunidas, habían triunfado en aquella arquitectura maciza del peligro de las tormentas.

La otra población, profundamente bajo la tierra, era la caverna de los gigantes, forjando los rayos populares para conquistar la paz universal, donde rápidamente se harían las transformaciones de la humanidad, subiendo, subiendo siempre hasta que el viejo mundo se desmigaje en el espacio.

Aquellos entusiastas no se contentaban con vivir de otro modo que los demás hasta aquel día. Querían apresurar la hora de la humanidad.

Y por ello poseían en su arsenal, para poner al servicio del derecho, fuerzas explosivas capaces—decía Gaël —de hacer saltar al mundo.

Además tenían riquezas inmensas y el valor que hace que cada hombre valga por mil.

La suerte no olvidaba á Roll, y éste caminaba de sorpresa en sorpresa.

El buque que le conducía no era el único en la rada; la colonia tenía anclados allí cuatro buques construídos de un modo que parecía extraño á los recién llegados.

Roll comprendió que las diversas transformaciones hacían á esos buques capaces de resistir á los vientos y al mar, aunque por el momento eran vulgares pontones que hacían el plantón con cargos variados.

Sobre uno de estos pontones varios puntos negros iban y venían.

Los sabios de la misión científica contemplaban con profunda admiración cómo esos puntos negros probaban, por el cambio sucesivo del buque en todas sus formas, si podía ponerse en marcha.

Eran Josiah y sus compañeros. De momento el buque les apareció semejante á los de Europa, con cañones, para saludar á amigos ó enemigos, de cualquier manera que se presentasen los recién llegados.

El buque de Roll izó su bandera, el brik izó la suya, un pabellón rojo encrespado de negro.

La sorpresa enmudecía á los compañeros de Roll; éste no tenía más que un pensamiento: destruir aquel nido humano, donde él presentía vivían los seres que conocían su crimen.

Era la primera vez que gente extraña abordaba en la bahía.

Roll se anunció como explorador que visitaba las costas para contar á los viejos continentes las costumbres de aquel mundo nuevo.

Josiah y sus compañeros recibieron como hermanos á los recién llegados.

Era cosa de propaganda, por lo que se les enseñó las villas.

¿Comprendió Roll el trabajo enorme de aquellos hombres reunidos por libre agrupación?

Lo estudiaba todo con cuidado, hasta el crecimiento, en lugar de la extinción, de una tribu del país que se unió á la colonia, no pidiendo más que poder vivir como tenían por costumbre, y que en lugar de ser destruídos por la superioridad de sus compañeros entraron poco á poco en el progreso, atraídos por la ilusión de que les daba la vida en lugar de quitársela, pero él pensaba siempre en destruir los testigos de su crimen, aunque para lograrlo tuviera que destruir el universo.

A veces olvidaba, deslumbrado, encantado, atraído por su inteligencia, las obras inauditas de aquellos hombres, que para la ciencia como para las costumbres habían quemado las etapas, y se decía después que fundarían aquel nido de los hielos sobre el viejo mundo, siendo un peligro para el orden, para la familia, aunque con más realidad era un peligro para Roll, para él solo, que era lo único que temía.

—¿Qué han guardado ustedes de nuestras leyes?—preguntó á Gaël.

—Nada.

—Y de la familia, ¿qué hacen ustedes?

—La diferencia que hay del grano de trigo á la gavilla, la familia es el mundo.

—¿A qué patria pertenecen ustedes?

—Al mundo, á la humanidad.

Si Roll no hubiese arrastrado consigo la sombra del crimen, se hubiera quedado con ellos.

Sentíase también él atraído por corrientes de rebeldía, de odio, de amor que creaban otro orden de cosas.

Un instante vivió en la libertad, pero la alucinación de su crimen, avivado por el egoísmo, le azotaba el rostro al reconocer en el inmenso taller formado en una caverna al escultor Santiago trabajando en un bloque de piedra.

Santiago también creyó reconocerle, pero de su vida pasada á la de ahora, que vivía la del porvenir, se cuidaba tanto como de un andrajo que hubiese llevado y que viniera arrastrándose en el arroyo, sin que nadie lo viera.

La resolución de Roll estaba tomada: la colonia moriría. Iba á cumplir el proverbio de los salvajes. El pie del europeo no se pone sobre una tierra libre sin destruirla.

El medio que Roll emplearía para destruir ese lado de hielo no lo tenía determinado; con seguridad que él mismo haría lo que fuera menester.

Porque confiar su proyecto á un tercero era exponerse á ser traicionado. El se creía capaz de arreglarse solo sus asuntos.

Allá abajo, entre las ráfagas de nieve, el puñado de hombres que vivían libres soñaban la libertad del mundo.

Roll soñaba en la destrucción de la colonia.

Los miembros de la misión científica fueron cordialmente recibidos; sin embargo, les envolvía una desconfianza involuntaria; sentían el peligro que tal misión les traería, y más lo hubieran sentido si hubiesen podido vislumbrar los cien proyectos de destrucción que Roll había desechado uno después de otro. Al saber que el

buque principal, *La Estrella*, debía invernar en la colonia, fué una mala nueva para ellos, cuyo olfato era bueno.

Roll sobre todo les hacía la impresión de un reptil familiar, pero del cual no puede uno fiarse.

La señora Basis le atribuía toda clase de malos designios contra el doctor Gaël, no haciendo el caso que se debiera de sus avisos.

Santiago tenía el ojo sobre su hombre de los ojos claros.

Pero no puede echarse al agua con una piedra al cuello como los perros rabiosos á las gentes que son de una misión científica, sobre todo cuando se busca implantar en la tierra entera la idea de la justicia. Sin embargo, Roll bien lo hubiera merecido.

En cuanto al comandante de *La Estrella*, era, como el resto de la misión, perfectamente irresponsable del crimen que pensaba llevar á cabo Roll.

La colonia entera ponía en los alambiques el agua de nieve ó de hielo fundido.

Pensó emponzoñar aquella agua, ó las bebidas compradas en Europa por Josiah; no le era difícil procurarse en el laboratorio algo para componer un veneno, pero quería una catástrofe completa.

Los colonos vivían ya solos, ya en familia ó por grupos, en las inmensas salas subterráneas; la comida no hubiera tenido lugar en el mismo momento, los primeros atacados hubieran sido socorridos por los segundos.

Quizá se serviría de explosivos.

Roll se llenaba de rabia á cada proyecto, pues al momento de calcularlo encontraba las dificultades. No podía hacer saltar las cavernas como un montón de rocas, pensaba él.

Cuanto más tiempo pasaba, más crecía su odio. Con el peligro de que se descubriese su crimen, había abrazado por miedo todo lo que él mismo veía con disgusto. Iba á trabajar con la rabia del viejo mundo contra el nuevo.

Un descubrimiento inesperado le dió una nueva idea.

El movimiento regular del agua batiendo las caver-

nas le hizo pensar que si practicaba una abertura, el mar se precipitaría y las inundaría.

Para hacer la abertura haría saltar algunas rocas.

Pero también allí se presentaba lo imposible. Al ruido de la detonación, la colonia se pondría sobreaviso y podrían contener el peligro.

Esperaba que la abertura de la roca no sería la única destrucción: ¿es que cada caída de bloques en aquellas regiones no acarrea otras caídas?

Pero ese proyecto también le parecía imposible. Con todo, él hizo antes zozobrar *La Whole*, ¿y no podría hacer lo mismo con la colonia? Era igual medio, pero más en grande.

Wolff estaba preocupado, cosa que el comandante y los demás atribuían á sus tareas científicas. Pero la colonia comenzaba á adivinar algún mal designio.

A Josiah, aquel rostro de lobo parecía recordarle el del pasajero de *La Wole*. Santiago y Juan Henoc estaban conformes en que cuando se encuentra un escorpión debe aplastársele, pero la vida de un hombre merecía que se asegurasen antes de tomar una resolución.

Debían tener completa seguridad para ponerlo fuera de combate.

Roll no podía, sin atraerse las sospechas, ir á la extremidad de las cavernas. Estas se extendían, como las minas del país negro, bajo un inmenso territorio.

No podía tampoco interrogar á nadie; sin embargo, no perdía el tiempo. ¿La casualidad le favorecía?

No, la suerte no le abandonaría. Los cataclismos habían removido la tierra, poniendo encima lo que estaba debajo, cerca lo que debía estar lejos; así es que un manantial de nafta corría por una de las cavernas, procedente de un pozo superior, para caer en otro; se serviría de él sin peligro. Roll se arreglaría.

En aquellos subsuelos profundamente trastornados había más recursos para la destrucción que para la vida.

Los colonos se servían como un utensilio de la fuerza de las tempestades.

Además, Roll buscaba siempre. Estaba seguro, pues, de que haría perecer la colonia lo mismo que el buque, y

tanto los hielos como el mar se precipitarían sobre la tumba.

Por otra parte, los trabajos ordinarios, grupos de artistas de todas las artes, se habían formado en las cavernas. Los unos se reunían para coros de voces ó de instrumentos, otros para la escultura; bloques enormes estaban esculpidos en grupos, en estatuas, en monumentos; frescos ampliamente bosquejados cubrían las paredes, y vistos con la luz eléctrica de que los colonos se servían con preferencia, se percibía la expresión grandiosa ó terrible de aquellas escenas, cuya mayor parte representaban bosquejos de la naturaleza polar ó de la miseria humana que todos habían visto en los antiguos continentes.

En un depósito de agua natural, cuya profundidad era desconocida, las barcas evolucionaban sin temor para pasar de un lado á otro del lago, donde enormes estatuas formaban columnas sin fin.

¿Cómo había sido trastornada aquella tierra polar?

A veces Roll tomaba notas sobre las manipulaciones hechas por las tormentas, y después volvía á aparecérsele la idea fija. ¿De qué manera hacerles perecer á todos? ¡Todos reunidos!

La primera vez que oyó el ruido del mar tan cerca de las cavernas, pensó en hacer saltar la pared, y este pensamiento se le ocurría sin cesar.

La desconfianza general para con Roll pudo una noche cambiarse en certidumbre.

Bajo pretexto de maniobrar, hizo subir á todo el mundo sobre *La Estrella*. La cosa se hizo poco á poco, mas los que desconfiaban de Roll presintieron un peligro.

El peligro existía en efecto, pero no donde se le creía.

Gaël, Josiah, Santiago, Juan Henoc y los dos hermanos Miralowski se trasladaron á uno de sus pontones, y desde allí vigilaron las maniobras de *La Estrella*.

No existía nada de insólito; *La Estrella* ensayaba los mismos aparejos que los barcos de la colonia. Estaba fletado por Josiah; éste desconfiaba sólo á medias.

Mientras ellos observaban *La Estrella*, la velada en

las cavernas tenía lugar por grupos, según las ocupaciones y los caracteres, perfectamente tranquilos todos.

En la gruta de Gaël, la señora Basis, Jabouille y su mujer, de un mismo nivel intelectual, estaban reunidos para conversar alrededor del hogar. El canaco Daga y el buen hombre que se decía detenido político, habían encontrado allí su centro de atracción. Esos infelices que, según su inteligencia, se abrazaban al sol de la libertad, no pidiendo otra cosa para ser felices.

En medio de un profundo silencio, Daga contaba con su aguda voz, un poco ronca por la diferencia extrema del clima, cómo fué condenado allá abajo.

Un hombre de su tribu había cometido no sabía qué delito. Lo prendieron en lugar de aquél y le interrogaron; Daga apenas si sabía algunas palabras de francés, y no comprendió lo que se le preguntaba: había firmado sin saber; pero no sentía haber sido condenado y vivido con los refugiados, pues nunca hubiera visto en su país las cosas que viera entonces. Sin embargo, pensaba siempre en las grandes claridades de luna, escudriñando bajo las ramas atormentadas por los vientos, y sobre todo en su anciano padre, de quien le habían separado. Sin duda ya había muerto.

La señora Basis, que perseguía tranquilamente su idea, declaró que tenía un mal concepto formado del jefe de la misión, dando vueltas alrededor de ella. Acababa de verlo introducirse en las cavernas, mientras por orden suya sus camaradas evolucionaban en el buque.

Decididamente aquel hombre debía estar allí velando de cerca y sacrificarse, si era menester, por la seguridad general.

—Este es el parecer de Gaël—añadía sentenciosamente la buena mujer.

—¡Bah!—dijo el prisionero que se decía político;—un solo hombre no puede nada contra todos. Dejadme contar una historia. No la he contado aún:

«La primera vez que me detuvieron, fué en una reunión pública. Se me detuvo por casualidad. Pasaba yo; los agentes, aturdidos, pretendieron que yo les pegué. ¿Cómo podía haberlo hecho? Yo estaba solo y ellos ocu-

paban toda la calle. Tenía en mi bolsillo un mal cortaplumas: se me dijo que yo había dado dos cuchilladas. Se me castigó con un mes de cárcel. Esa injusticia se me subió á la cabeza: fuí prisionero de Estado. Solamente que como era realista, quise al salir pelearme por el rey. Ya véis qué poco tiempo hace que he avanzado en ideas. Yo sólo quería dar un gran golpe, y decía á cada uno de mis camaradas:

»—Si no anda usted pronto y bien, yo haré uso de papeles comprometedores para usted que tengo en mi maleta.

»—Jurando fidelidad al rey, usted ha solicitado alguna cosa de la República.

»Mis gentes, *hay que creer*, tenían todos alguna cosa que reprocharse, pues trotaban y trotaban por la propaganda del rey.

»Pero he ahí que un día, un diablo de bretón vino á encontrarme para que yo le enseñase la maleta en reunión pública, y había prometido romperme los riñones si yo no aceptaba el reto; tomé una deteriorada maleta negra que tenía á mano y me dispuse á seguirle hasta el sitio donde se celebraba la reunión, tratando de evadirme por el camino.

»No fué posible. Llegamos yo, la maleta y el bretón; no había en la asamblea quien chistara.

»Tenían miedo de que yo encontrase allí alguna cosa y yo no temía me encontrasen nada.

»El diablo de bretón la abrió; tiró un montón de tijeritas, que fueron á caer á la cabeza de una anciana condesa.

»¡Estaba perdido!

»Los que habían temblado se me echaron encima.

»Me hicieron pasar por *chantageador*, por estafador, etcétera, ¡¡¡Me salieron cinco años!!! Eso me fastidió, y si me fugué de Caledonia fué para cambiar de aires. Saben ustedes ya el resto.»

Hubo un rato de risotadas, pero el sueño les rindió y estaban á punto de irse cada cual á su dormitorio, cuando un pequeño ruido, como un embate de olas, se hizo oir: era el mar, sin duda allá lejos.

Sí, era el mar; pero estaba muy cerca.

Roll había empleado todos los medios á la vez: iba á hacer saltar la muralla que abría al mar el acceso de las primeras grutas, y puso fuego á la corriente de nafta. Los vapores sofocantes subían ya.

Al levantarse precipitadamente, los desgraciados cayeron de bruces, las emanaciones les ahogaban.

La península se hundió en parte, haciendo surgir del fondo del Océano moles inmensas y furiosas de agua que subían hasta las nubes condensadas y rojas amasadas por las detonaciones.

La catástrofe seguía su curso.

Así fueron sumergidos millares de hombres con otras tantas maravillas de arte y de nuevas invenciones.

Nada subsistió; todo quedó enterrado bajo el sudario de olas de aquella moderna Pompeya.

Santiago, Juan Henoc y los hermanos Miralowski, en observación sobre sus buques, sufrieron una enorme retirada hacia la plena mar, pero al volver vieron saltar las cavernas, disipada que fué la inmensa humareda.

Se habían equivocado: el peligro estaba en la colonia misma.

Cuando pudieron abordar en la ribera, horriblemente cortada, el mar se oía furioso sobre la villa y las grutas estaban invadidas.

La Estrella había sufrido el mismo retroceso, y desde allí Roll pudo gozar con seguridad del terrible espectáculo.

La gruta de Gaël, explotando como un obús, hizo temblar las olas á gran distancia; tantos productos químicos como estaban allí colocados, fueron presa de las llamas.

Nuevas detonaciones se sucedían; eran los depósitos de dinamita y de picatre que saltaban con los productos nuevos, cuyo secreto se perdía.

No se perdía todo, sin embargo; el terrible producto con el cual contaba Gaël para hacer cesar las guerras, producto cuyo nombre era la gaëlita, fué colocado por el terrible inventor en una caverna un poco alejada de las demás.

Sólo ésta quedaba en pie. Roll, al tomar de allí el explosivo con el cual había hecho su obra, olvidó dejar con qué destruirla.

Olvidó también la fórmula que pudo arrancar á Gaël. Poco le importaba, puesto que la colonia estaba destruída. Los esmaltes de que se servía Gaël quedarían en el fondo como un montón de trigo. Se equivocó: todo estaba intacto allí. Las retortas, pilas de piedra donde el metal se enfriaba, bacías del lavado, no faltaba nada. Pequeños lagos amarillentos quedaron sobre la tierra, en los que bullía una espuma verdosa.

Una cuba de piedra, curiosidad natural de la gruta, que fué agujereada para la preparación, estaba intacta.

Los cristales amontonados en cubetas naturales de roca y los montones de azufre quedaron también entre los raros supervivientes.

Santiago, Gaël y algunos otros miraban el desastre.

Santiago apenas podía reprimir su dolor por la destrucción de tantos inventos. Gaël se alzó cuan alto era. Al ver que nada les quedaba allí, su rostro estaba pálido como el de un muerto, pero la idea vivía en él.

Durante muchos días buscaron sobre la lengua de tierra batida por las olas, que avanzaban removiendo del fondo á la cima, haciendo salir por todas partes restos de industria, de arte, y al tercer día algunos cadáveres fueron arrojados por el mar. Gaël reconoció á la señora Basis, la que tenía apretado contra su pecho un cofrecito de cuero en el cual él encerraba las notas de los descubrimientos.

—¡Pobre querida muerta!—dijo el anciano.

Después, arrepintiéndose de haberse enternecido, gritó:

—¡Adelante!

Se echaron al agua hacia los buques, que no habían tenido ningún accidente. Roll hacía vela también para Europa al fin del horizonte.

Los cadáveres, en número de algunos centenares, fueron echados por el agua, y menos que nunca Josiah, Santiago y sus compañeros esperaban ver á sobreviviente alguno, cuando á través de los dédalos de con-

ductos subterráneos, semejantes á los senderos de los topos; el canaco Daga les apareció. Extenuado, ni siquiera comprendía cómo pudo escapar de la catástrofe.

Los que escaparon del desastre fueron, pues, siete: Josiah, Gaël, Santiago, Juan Henoc, Daga y los hermanos Miralowski.

Después de enterrar á sus muertos pensaron en volver á ganar los buques.

Al examinarlos se apercibieron del último crimen de Roll; quiso hacer saltar la flotilla, pero le faltaba una parte de los preparativos.

El engullimiento de las cavernas fué consignado por el comandante de *La Estrella* en su diario de á bordo como un hecho geológico, de donde deducía, naturalmente, el naufragio de los barcos de los colonos, y era un verdadero milagro que *La Estrella* no hubiese perecido.

—Si ellos no han sorprendido nuestros secretos de fabricación, puede lucharse contra el mundo entero.

Con esos mismos productos, Roll habría podido echar al fondo del mar masas enormes.

Tuvieron una suerte. Una tempestad, raspando el fondo del mar, echó sobre la costa dos cofres conteniendo sus mapas y los instrumentos de marina.

Josiah notó en la cala de los buques ensayos de perforación que la dureza de los cascos blindados frustró. Así comprendió la pérdida de *La Whole*.

A pesar del blindaje de los pontones, las placas habían sido arrancadas. Roll no tuvo la paciencia de continuar.

¡Qué poca idea tuvieron en no seguir paso á paso al bandido!

El ensayo era decisivo para el explosivo de Gaël.

Decisivo sobre todo para la colonia, puesto que ella había podido lograr lo que deseaba en las condiciones más desfavorables. Se convino en hacer un segundo ensayo en las comarcas desconocidas del Africa. Gracias á la fertilidad de la Naturaleza, el éxito resultaría más pronto; no tuvieron, sin embargo, tiempo.

En Europa se habían desencadenado los ciclones.

Ciclones de Estados, de ideas, de suelo; una renovación completa de la tierra, el océano de la esfera y de la humanidad.

XXXII

En Francia

Antes que ellos, Roll había entrado en Francia, cubierto de gloria, habiendo navegado de Sur á Norte con más rapidez que cualquiera de los que surcan los mares, y en la ruta conocida del estrecho de Baffin encontraron en un mar libre una península habitada por una tribu de *inoits*, á la que se habían juntado algunos europeos. Aquellos hombres, habitantes de las cavernas, fueron llevados por un cataclismo y el muro que los resguardaba se *desplomó*. *La Estrella*, gracias á hábiles maniobras, había resistido la violencia de la marea. Estaba al abrigo de todas las eventualidades por sus nuevos aparejos, que la transformaban según el peligro en caja blindada, en globo ó en buque.

La relación del viaje apasionaba la opinión pública, pero sobre todo á Himete y Del Mar.

Cuanta mayor fuese la gloria de Wolff, el *chantage* sería más fecundo.

Además, era su desquite, pues la lección recibida de *La Debâcle* hubiera podido tener consecuencias desagradables para ellos, cosa que les hacía pensar mucho. Si alguno descubría sus trabajos estaban perdidos, y así hubiera, en efecto, sucedido si las pasiones terribles de Roll no hubiesen tomado su parte.

Dueño absolutamente Himete de los recuerdos de los niños, que su hija le contaba inocentemente, resolvió dar el golpe decisivo. Pero encontraba triste á Gracia.

desde hacía algunos días. Entregado enteramente á lo que él llamaba *los negocios*, Himete no sentía temblar la tierra y Gracia presentía la inmensa revolución.

La casualidad se encargó, como de ordinario, de una parte de los acontecimientos.

Gracia, al salir con los niños, buscaba distraerles y también saber hasta qué punto su padre se interesaba por ellos. ¿No olvidaba sus propios negocios para ocuparse de los niños? ¡Cuán lejos estaba de la verdad la pobre Gracia!

Los niños progresaban poco, no sabían gran cosa, y sin el afecto que le tenía Gracia se hubieran ido extinguiendo, no pudiendo vivir en ninguna parte.

—¿Cómo habéis sido confiados á mi padre?—dijo un día la joven.

No había pensado aún en hacer esta pregunta.

La idea de su padre de hacerse pasar por tío de los niños, sorprendió á Gracia; quizá eran verdaderamente parientes, pero esas conductas misteriosas la molestaban.

La presencia de la *señora intendenta* la molestaba también; aquella horrible criatura, que ponía cara fosca al financiero, le parecía funesta.

Era menester que los asociados cediesen á los ruegos de la joven, decidida á no ver más el rostro siniestro de la *señora intendenta*.

Ella sabía el papel que representaba aquella furia cerca de los niños. Siempre les interrogaba, pero como tenían mucho miedo no quisieron decirle nada.

Gracia recordaba la insistencia con que su padre la interrogaba incesantemente; tembló pensando en el horrible enano asociado de Himete, y que veía entrar en las oficinas, y tenía miedo de lo que veía sin comprender. Al volver con los niños y después de dejarlos, Gracia entró en las habitaciones de Himete.

—Papá—dijo ella,—me quieres mucho, ¿verdad?

El le tendió sus dos manos cruzadas, casi con lágrimas en los ojos; nadie hubiera reconocido al financiero, de quien se decía por irrisión que tenía un *corazón de oro*. Y lo tenía de oro, en efecto.

—¿Qué deseas?—le dijo enternecido.

—Tú eres rico, hasta para quien tiene dinero. Pues bien; es preciso liquidar con tu gnomo y separarte de la asociación. Despide á esa horrible intendenta y déjanos vivir los dos solos sin todos esos enredos. Yo me ocuparé de mi música y seremos felices. Pero en seguida, ¿comprendes, papá? *en seguida* es preciso terminar el asunto de los pobres pequeños.

Himete la dejaba decir sin interrumpirla, porque algo le subía á la garganta y le ahogaba.

¿Sabía alguna cosa Gracia? ¿Cómo hacerlo para separarse de Del Mar?

—Escucha—le dijo,—la única cosa que puedo hacer en seguida es quitarte la presencia de la señora Eléazar. En cuanto á los niños, no son ninguna carga para mí. Ya veremos.

—Muy pronto, papá, ¿verdad?

—¡Sí, muy pronto!

La sorpresa de la señora Eléazar fué grande cuando supo que se la despedía con pretexto de intentar otra educación para los niños. Entonces se la haría volver.

La vieja había olido un negocio fructuoso, quería tener su parte y exigir daños y perjuicios por haber dejado una bella posición y abandonarla en el arroyo después de hacérsele concebir magníficas especulaciones.

Fué á encontrar á Del Mar y le dijo que ella no le creía cómplice del capricho de Himete. Encontraba la excusa pérfida.

—En efecto, el golpe viene de la hija de Himete—dijo él.

—Ya dudaba yo de esa señorita remilgada.

—Guárdese esta noticia para usted, mi querida señora; es preciso saber quiénes son nuestros enemigos.

—También yo soy reconocida y estoy pronta á servirle en lo que pueda.

La señora Eléazar lo traía todo consigo: un enorme capazo conteniendo su ajuar, es decir, una cacerola de hacer vino azucarado, un viejo fichú que le duraba desde hacía treinta años y un montón de redomitas de esencias.

Su cólera era tan grande, que se olvidó el capazo al marchar.

—Mala suerte para la señorita—dijo Del Mar, poniendo el capazo á un lado.—La señora Eléazar volverá.

La apreciación de Del Mar era verdad.

Una vez fuera la furia, se apercibió de que se había dejado el capazo, su fichú, sus cartas y sus redomas.

—¡Bah! —se dijo,—ya volveré.

Compró por convenirle otro viejo chal en la prendería, y se dirigió hacia la casa á la cual fueron llevados los niños.

La señora Eléazar, que no había tenido ni sus ojos ni sus orejas en el bolsillo, los había seguido de lejos. La suerte le procuró una entrada favorable.

Roll, para distraerse, ordenó dejar entrar á la vieja, que pedía verle con mucha insistencia. Pero sólo encontró el fastidio; Roll no gustaba de los rostros siniestros, y el de la vieja le causó asco.

Con sus ojos ocultos detrás de unos anteojos, sus anteojos ocultos debajo de la parte saliente de un denso gorro negro y su cabeza vulgar y horrible, la viuda Eléazar hacía presentir el crimen; sus manos sucias traspasaban los rebordes de su chal, como las de los murciélagos; se hubiera dicho que buscaba donde agarrarse.

Roll le hizo señal de que se sentase.

La vieja empezó:

—Vengo á prevenirle de un gran peligro.

—Los peligros no me inquietan á mí.

—Señor juez, usted no me conoce y no está obligado á creerme; pero si le encuentran, ¡desgraciado de usted! Usted quizá ignora cuáles son los enemigos que le persiguen, enemigos implacables: los dos asociados del Banco de las Fumosas, sobre todo la hija de Himete. Cuando quiera usted saber algo más ahí le dejo mi dirección: «Señora de compañía, lista de correos, estafeta de la plaza Blanca, iniciales J. B.»

Mitad burlesca, mitad extraña, la alocución de la vieja despertó en Roll una especie de angustia.

—¿Tiene usted necesidad de algún socorro? Déjese usted de esas amenazas, que no pueden asustarme.

—¡Señor juez, acuérdese usted de la cámara roja!

Roll palideció. La vieja se fué sin añadir nada más, dichosa de haberle dicho aquellas palabras de efecto.

Durante muchos días tuvo ante sus ojos á la horrible vieja. La sentía arrastrarse á su alrededor; oía sus palabras:—¡Acuérdese usted de la cámara roja!

Ese suplicio se hizo totalmente intolerable, y resolvió ver la realidad cara á cara. La suerte, como siempre, vino en su busca. En aquella época se representaba la ópera *Druides*, con los coros de bardos acompañados de laúdes, los sacrificios en los bosques, las danzas en el desierto erial, un coro de druidisas acompañado por una imitación del ruido de las olas. Esta *mise en scene* representando la verbena y las retamas, refrescaba como la sombra de los bosques.

Cada noche, la Opera, desde los palcos principales al palco proscenio, estaba rebosante.

Roll tuvo la idea de ir á ver los *Druides*.

La primera escena es grandiosa y suave: en una encrucijada del bosque, á la luz de la luna, los valientes de la Armórica juran morir por la libertad de Gaula.

Se oye en el fondo del bosque un solo de laúd.

Roll sentía una paz grande descender sobre su espíritu. Pensaba, mientras que de las cuerdas del laud caían gota á gota notas semejantes á rocío.

La armonía se llevaba muy lejos nuestras miserias, nuestros crímenes, nuestras fatalidades; su pensamiento iba más lejos de lo que puedan expresar los labios, porque faltan palabras para las cosas que sentimos sin comprenderlas, como los ciegos los colores. Roll vivía la armonía.

En un palco de enfrente, una joven rubia, cuya espesa cabellera parecía una gavilla desatada, escuchaba también con éxtasis. Dos niños de ojos ardientes estaban cerca de ella encantados, deslumbrados; también sentían el arte. Roll creyó ver el espectro de Ana acompañando á sus hijos para que ante la sala entera le llamasen ¡asesino! Pensó en la hija de Himete y en las palabras de la vieja:—¡Acuérdese usted de la cámara roja!

Esta horrible redecilla le sujetaba.

Los niños también le habían visto y se echaron atrás.

—¡Allí!—decían bajito á Gracia.

Roli, oculto en un ángulo del palco, les veía sin ser visto.

Al salir del teatro, deseando volver á ver al espectro y concluir, siguió al coche que conducía á la joven. Era el enemigo de quien le había hablado la horrible vieja, Gracia Himete, la hija del banquero.

¡Cómo se parecía á Ana! ¿Los muertos salían de sus tumbas para aparecérsele y pedirle cuentas?

XXXIII

Los amores de un lobo

Más fuerte que todo en el mundo fué el amor insensato que experimentó Roll por ese fantasma de Ana que se le apareció para su pérdida.

Quería volver á verle; le costaría poco destruir á los que alrededor de ella hubieran podido defenderla. ¿No había destruído una colonia, un mundo? Escribió á la viuda Eléazar. ¡Qué le importaba nada!

Aquella mujer le daría los detalles de que tenía necesidad.

Gracia, acostumbrada á la libertad en Inglaterra, en donde había sido educada, salía con frecuencia sola.

Iba á los paseos, á los espectáculos, recorría los barrios miserables, iba á las reuniones, iba y volvía ora en coche, ora á pie, no mirando nunca el tiempo y menos la hora.

Los hombres que encontraba en los diversos sitios la trataban como camarada: era una inteligencia, una artista.

—Esos detalles me son indiferentes—dijo Roll á la señora Eléazar.—He querido ver si usted me decía la verdad. La haré llamar á usted cuando la necesite.

Le entregó cien francos, dispuesto á entregarle otro tanto de las noticias que le diera, *verdaderas ó falsas*, cuando se las pidiera.

El partido de Roll estaba tomado; buscaría á la joven y sería suya muerta ó viva.

Eso le era igual: quería á Gracia. Después podía derrumbarse el universo.

La ocasión no se hizo esperar.

Era una noche de últimos de Mayo, semejante á la en que Roll había cometido su fratricidio.

Aquella noche, como de costumbre, Gracia había salido sola. Era tarde cuando volvió, pero la joven no se preocupaba de los que pasaban cerca de ella, engolfada en sus pensamientos.

Roll la vió pasar, más bella aún que el pensamiento que la embargaba.

El pensó en las Walkirias, y ella lo parecía también.

La noche avanzaba, nadie pasaba ya y él confiaba que todo quedaría arreglado aquella noche.

—Tenga usted cuidado, Gracia—le había dicho uno de sus amigos.—Un hombre de mala catadura la sigue.

Pero ella, sacando de su bolsillo un pequeño revólver, se lo enseñó riendo.

Le gustaba ir por las calles sombrías, como si buscara el peligro, y se introdujo en la de Daubenton.

Roll creyó el momento propicio, se echó sobre ella como los lobos y la derribó.

Se había desplomado sobre su presa tan precipitadamente, que ya tenía ésta un pañuelo sobre la boca y no podía deshacerse de los brazos nerviosos que se la llevaban. Entonces, viéndose perdida, Gracia procuró sacar su revólver y defenderse.

Poco le importaba que fuese ella ó el bandido quien pereciera: ella se salvaba igualmente.

¡Fué ella!

Toda cubierta de sangre, como lo había estado Pedro, Roll fué rodeado de una veintena de personas que acudieron á la detonación. Al coger de los brazos de Roll á la mujer ensangrentada, no se le perdía de vista.

Este no procuraba huir, acobardado por el horror, por la sangre, por la noche de Mayo, que le devolvía sus fantasmas.

La calle estaba tan sombría, los reverberos tan pálidos, que la escena no se vió en todo su horror más que á la llegada de los agentes con faroles.

Un estudiante que encontraba con frecuencia á Gracia, la reconoció; era el mismo que le había dicho que tuviera cuidado, reconociendo á Roll por el individuo que la seguía.

Pero éste, ante el peligro, recobrando su presencia de espíritu, le miró de frente.

—Yo he cogido esa mujer—dijo él—cuando venía herida ya, y he querido salvarla...

Y sacando tarjetas de visita de su bolsillo, añadió:

—¡Soy Felipe Wolff!

La multitud se separó con respeto, intentando lynchar al estudiante que lo había acusado, y hasta algunos gritaron:

—¡Viva Felipe Wolff!

—Está usted libre, caballero—dijo el comisario de policía.—Si la justicia necesita un testimonio, se le hará llamar.

¿Acaso un sabio tan célebre podía cometer un crimen?

Roll volvió á su casa, dispuesto á luchar contra todos rabiosamente.

XXXIV

El padre

La muerte de Gracia, anunciada desde por la mañana á Himete, le hizo el mismo efecto que un rayo que cayera á sus pies; luego el pensamiento de la venganza le embargó por completo. Vengar á su hija era casi hacerla revivir.

Del Mar, aunque de corazón muy duro, en esta ocasión le secundaba.

Hay gentes sobre quienes la acusación se insinúa y hace su obra. Roll era de aquéllas.

Todo el mundo se asustó del ultraje inferido al sabio, al magistrado.

Además del joven que había reconocido á Roll, otros reconocieron igualmente al hombre que seguía á Gracia, sin que Roll hiciera caer la acusación sobre su acusador, el estudiante que se había adelantado primero.

Himete tenía también el recurso del dinero, del que haría uso.

Era casi cuestión de poner al célebre y honrado Wolff en juicio.

Eso causaría una enorme sensación, pero nadie dejaría de pensar que su sitio estaba en otra parte y no en la libertad que disfrutaba.

Quizá no hubiera llegado la cosa á mayores sin el odio de la señora Elcázar por la joven. Su muerte no podía hacerle olvidar que Gracia la había hecho despedir: se le ocurrió la idea de que podía ayudar á Wolff con sus noticias y se le presentó en su casa.

Convinieron los dos en que le traería otras, y encontrándose además bien pagada con el triunfo de su odio, resolvió dar un golpe maestro introduciéndose en la plaza.

La circunstancia de su capazo, que ella tenía la manía muy conocida de llevar siempre consigo, le proporcionaba la ocasión.

Después de haber hecho su visita á Del Mar, que le dijo algo sin entrar en tantos detalles como ella hubiera querido, la vieja tuvo la audacia de presentarse á Himete bajo pretexto de darle el pésame.

Himete, que hacía vigilar la casa de Roll, sabía que la vieja estaba en tratos con aquél.

Desde las primeras palabras, vió sangre de su hija sobre las manos de la vieja, y perdiendo la cabeza en su furor, la echó fuera de su cuarto, cerrando sobre ella la pesada puerta de roble.

Himete creyó no apretar en la abertura de la puerta más que el capazo de la vieja, aplastando el objeto sin piedad, cuando éste no era el capazo solo, sino la vieja misma, cuya cabeza fué triturada lentamente.

Fué menester explicar aquella muerte en la sumaria que siguió al arresto de Himete; Del Mar, presintiendo que se encontrarían otras cosas con la muerte de la vieja, huyó con todo el oro que pudo llevarse.

Existía un lazo entre Roll y el asunto.

No había duda de que la vieja había ido á casa de Roll, pues se la vió allí muchas veces.

Descendió el juez lentamente en el desprecio, arrastrando por un charco de sangre el traje de armiño.

Algunos, sin embargo, se inclinaban del lado del culpable.

Después de todo, decían, si Wolff tenía á la joven en sus brazos es porque la había socorrido antes que nadie, lo que hacía á ese hombre eminente inatacable; la vieja debía ser una mendiga y muy pronto toda la culpa recayó en Gracia, que era la hija de un griego, de un hombre que todo el mundo aborrecía, ahora que en lugar de robar á los imbéciles atacaba el honor de un inmortal; los estudiantes, compañeros de estudio de

Gracia, otra multitud de gente mal afamada que frecuentaba las reuniones populares, en vano afirmaban que la joven era digna de todo el respeto, y en cuanto á la prensa, estaba asombrada de la libertad de que disfrutaba Roll: todas esas gentes merecían, mucho más que Roll, ser acusadas por *La Debâcle*, castigadas á seis meses de cárcel y mil francos de multa, porque todo eran acusaciones falsas por espíritu de partido.

El cuerpo de Gracia, expuesto en la Morgue sobre la gavilla dorada de sus cabellos, atraía á la multitud.

La autopsia demostró que el tiro había partido en circunstancias que libraban completamente á Roll; el asunto mudaba de aspecto.

El tiro había partido por la caída de la joven, y esta caída había tenido lugar en circunstancias desconocidas, de las que Roll no podía ser responsable. Estaba fuera de duda que él se la llevaba para socorrerla; la suposición del robo de una joven no podía venir más que de los factores del desorden.

En la cárcel, Himete sólo pensaba en la muerte de su hija y lo demás le importaba poco: el padre no sobreviviría al hundimiento.

Los hijos de Felipe, con la espantosa causa de la muerte de Gracia y la de la vieja Eléazar, quedaron aún más abandonados que nunca.

XXXV

Fin de un lobo

La llegada á Europa de Josiah con sus compañeros de desastre, fué un efecto teatral.

El ensayo intentado en el mismo sitio en que la Naturaleza es un obstáculo para toda otra sociedad y los descubrimientos de Gaël encontraron por largo tiempo en Europa muchos incrédulos, como todo lo que es verdad.

La simplicidad de vida que habían observado los refugiados sin otra ley que la del universo en aquel lado de tierra madrastra, cada uno solidario de la felicidad de todos, era una utopía para el vulgo, pero una utopía que había sido vivida. El viento que derriba las instituciones muertas no había soplado jamás tan fuerte; jamás había amontonado tantas ruinas; jamás la juventud burguesa había sentido tan hinchada la tierra.

Las tempestades populares forjaban el rayo.

Cuando el proceso de Roll cayó en el olvido por parte de la justicia, se terminó ante otro tribunal.

Había tenido hasta entonces suertes particulares.

Estrechado en una defensa cuyas razones estaban en sus cualidades de magistrado y de sabio, Roll debía su salvación, ante todo, á aquel disfraz; mientras él *fuese* Felipe sería inviolable.

Ana, evadida del asilo de alienados, había compartido con la compañera de la casa de las Colombes el fardo de la miseria.

Un escaso trabajo, rudo y mal pagado, le permitió tener vestidos suyos y un albergue, pero su compañera había muerto.

Al quedarse sola no tuvo otro pensamiento que sus hijos, y ocultando su nombre esperaba la hora de la justicia.

¿Mas quién le decía que aquella justicia llegara? ¿Es que había llegado la hora después de llamarla tanto tiempo?

Sí, á veces viene, pero es para desaparecer después.

Aquel día se había presentado. Nadie, sin embargo, sabía si, como siempre, sería burlada.

La muchedumbre de París, ¿estaba cerca de la victoria ó un recalmón inmenso la invadía?

Ante la etapa humana, el destino de algunos pobres desgraciados pesa poco.

Germinal hacía sus semillas, y sin cólera, por necesidad, se arrancaban los viejos rastrojos.

Por todas partes, inconscientemente y aguardando la hora, se formaban grupos humanos que tomaban el mismo movimiento alrededor unos de otros; la gravitación humana semejaba la gravitación de las estrellas, que será el orden de mañana, el orden de la libertad y la conciencia de los individuos. Pero el mañana de que se habla tanto y que asusta, no siendo más que un principio, está interrumpido por las derrotas. Uno después de otros, muchos reunidos á la vez, se desplomarán en conjunto por una de las revueltas de esa primera hora de que hablamos, y durante los efluvios primaverales, un cortejo siniestramente horrible atravesaba París hacia el Sena.

Un hombre de alta talla, con sus vestidos hechos jirones y su leonada melena encrespada sobre su enorme cráneo, caminaba delante de aquel cortejo siniestro.

—¡Al agua! ¡al agua!—vociferaban voces furiosas, y él mismo iba hacia el agua como si ella le hubiera llamado.

Se habían abierto las prisiones, pues, como es sabido, esta es siempre la primera idea de los revolucionarios.

Así Himete había salido también.

Entonces el padre se puso en persecución del que había causado la muerte de su hija.

Ana también le buscaba, porque quería vengar á sus hijos. Himete y Ana se encontraron y habían gritado: ¡Justicia! ¡justicia! La multitud había invadido el hotel de Roll, huyendo éste ante la cólera de los asaltantes.

—¡Al agua! ¡al agua!

Roll llegaba á los muelles por la parte en que están la antigua Nuestra Señora, el palacio de Justicia y la Prefectura.

Un mozalbete tuvo la idea, sin saber con seguridad por qué, de subir al campanario de la iglesia y de tocar á agonía. La noche estaba encima.

Entonces, bajo el fúnebre tañido y perseguido como un lobo, subió Roll sobre el parapeto y permaneció allí un instante, cayendo después como una masa inerte.

El agua hizo un remolino bajo el pesado golpe.

En el mismo instante, sin que se supiera por qué, un edificio se veía rodeado de llamas: el gallo rojo cantaba la señal del alba.

Más alto que las llamas se cernía la libertad: la leyenda nueva se había elevado marchando en la epopeya.

La inmensa epopeya, cantada por todas las voces y respirada por todos los pechos, se dijo que había adelantado mil épocas.

Poco después, aquel mar humano maldecía las viejas riberas y la marea popular se retiraba lejos, muy lejos, hasta perderse en la inmensidad.

XXXVI

«La Debâcle»

Cuando los mares cambian de lecho, las cimas de las montañas se convierten en islas y los hombres edifican sobre las vertientes por donde pasan las cabras.

La Naturaleza, al armonizarse sobre bases nuevas, no empleaba ningún resto del antiguo orden de cosas. Las distancias están rotas, como las notas perdidas de una música; á veces la marcha hacia el progreso es de una espantosa lentitud, pero es segura.

Después de la bestia humana aislada, ha venido el rebaño.

Así vendrá el hombre libre sobre la tierra libre.

Las fórmulas que vemos borrarse en los cataclismos, se pegan á la existencia, diferenciándose en esto del animal, que en las catástrofes olvida su voracidad á medida que la ola sube.

El vampiro, el pulpo pegado á su presa por todos los chupones de sus tentáculos, son menos ásperos que el hombre pegado por todos sus apetitos al viejo orden de cosas.

El peligro, que inspira la ferocidad de la bestia, despierta en el hombre los mismos instintos. Se ha visto en el incendio de la Opera Cómica á hombres dar puñetazos á las mujeres que les entorpecían el paso.

El fin de este libro es un lado de la *debâcle* con sus luchas de león en peligro, sus blancuras de alba que enrojecen la aurora del nuevo día.

El sol se levanta en San Petersburgo: los árboles, cubiertos de flores de escarcha, centellean como diamantes.

La perspectiva Newski está de fiesta, sobre todo sus paseos: el único árbol de la libertad que ha sido plantado en Rusia es la horca, cuyos frutos sazonan hoy hermosos y llenos de savia para dar de comer á los cuervos.

Alrededor de la ciudadela, corre el agua amplia y profunda del Neva; el acercarse á ella parece tan imposible, que tienta la audacia y se toman mil precauciones más que de ordinario, precauciones multiplicadas que no valen nada; los puentes, bordeados de soldados, semejan parapetos.

Todo el semicírculo de la perspectiva Bomberg está lleno, los baluartes están cubiertos.

En el muelle Gagarine, con su línea de cuarteles, el Campo de Marte, el Jardín de Verano, abundan los uniformes.

Existen un montón de palacios que guardar: el palacio de Tauride, el convento de Smolensk... Por todas partes se remueven las tropas.

Los mujiks en trajes de fiesta pasan como pueden por entre los coches, algunos de los cuales, cerrados, conducen á los altos dignatarios del Estado, que prefieren ver sin ser vistos.

Desde la ciudadela, por las vías más anchas y largas, por el puente de Troisk, por las calles que costean el Jardín de Verano, el palacio Miguel, la perspectiva Newski, se conduce á la horca á tres jóvenes, á través de la ciudad del zar, padre de Rusia.

Desde luego se pensó en hacerlos desaparecer sin ruido; fueron llevados á la ciudadela á fin de que ella les absorbiese como á tantos otros de quienes nadie ha tenido noticias, pero la necesidad de esparcir el terror se hizo sentir.

El pueblo comenzaba á decir que desde el fondo de la ciudadela podía tenerse correspondencia con la ciudad, con la Rusia, con el mundo, y que de allí podían salir vivientes: para hacer callar la leyenda, el gobierno erigió la horca públicamente.

Eran los peores medios que podían emplear los amigos del zar y el mejor para obtener el silencio que se llama orden, en el cual, incubadas por la muerte, nacen y se engrandecen las conspiraciones.

Hoy son diez y ocho los que comparecen ante un consejo de guerra: de éstos, á tres les llegó la hora doblemente matinal de la aurora del día y del despertar de la libertad.

Quiere ahogarse este despertar.

Lon condenados, como siempre, marchaban valientes; levantaban la cabeza, en la que la idea flameaba en sus ojos abiertos sobre el porvenir.

Marchaban con el resplandor que la muerte les hacía ver más próximo.

Al llegar á la plaza de Alejandro, los aparatos de la ejecución les aparecieron sin turbarles: ¡se está tan acostumbrado en Rusia á estos espectáculos, que ni el mismo actor en ellos hace caso! La máquina de matar era sencilla: en una plataforma, que debe ponerse para la ejecución, estaba montada la horca; las cuerdas pendían allí movidas suavemente por el aire matinal. Un cuervo más hambriento que los demás estaba situado sobre el montante, esperando los frutos que picotear; una bandada de ellos aguardaban suspendidos en los árboles de la perspectiva.

A los soldados llegados por los caminos visibles se juntaron los que surgían de debajo de tierra.

Entre los mujiks se deslizaron los compañeros de los que iban á morir, llegados algunos por rutas misteriosas, otros junto con la multitud.

Deseaban ser vistos de los reos. En cuanto á enseñarles cómo se muere, no hay necesidad cuando se tiene un corazón de hombre.

Ellos, los condenados, piensan en los que les precedieron.

Después del negro período de treinta años (el sueño de muerte de Rusia sangra en blanco), el despertar se ha hecho y hay nueva sangre que derramar por la libertad.

Hertzen, Bakounine, Sermontoff y Pouskine dieron

el grito de alerta, y ved ahí la idea engrandecida que lo llenó todo con su aliento abrasador. Nicolaiëff, Straede y tantos otros fueron á la Siberia; Nitcheve comunicaba desde el barranco de la fortaleza, á través de toda la policía del zar. Esa historia se les aparecía viva, como si junto á la muerte hubiesen comprendido mejor las redes que les envolvían.

Nitcheve había muerto á Ivan tomándolo por un traidor, y no era allí donde estaban los traidores.

Los días de triunfo, es decir, aquellos en que los nihilistas comparecían en número enorme, el proceso de los ciento noventa y tres, todo aquello se les aparecía como sablazos que el viento arroja al rostro.

Ellos también estaban en esos sablazos en que la tormenta revolvía las épocas y en que se confundían el pasado de un instante y el pasado de mil años.

Los seres azotados por esas tempestades, semejantes á los átomos, invadían los rayos de la idea.

Los sexos, y también las edades, van mezclados en esas luchas gigantescas: los niños, los viejos, las mujeres Juvelienne, Sweskow, Sophie Perowokaïa y los ciento veintiséis estudiantes de Petersburgo, Rogatcheff, el Hércules, Kovalik, presidente de una cámara de instrucción, con su mujer Mikacloff y los demás.

¡Qué de fantasmas! Fantasmas también iban á ser; ellos menos aún que fantasmas.

La comitiva había llegado á la plaza del Marché-aux-Chevaux.

De un lado el claustro y de otro la horca.

Cien mil espectadores miraban con todos sus ojos.

El cuervo situado en la horca elevó el vuelo, lanzando un gran graznido, y posándose sobre una rama de árbol, esperó.

El primero de los condenados subió la plataforma y miró á la multitud, en la que reconoció á sus amigos y á su novia, por lo que sus bodas fueron unas bodas rojas.

No pudo observarse ni un temblor en el rostro del condenado, ni uno en el de sus compañeros, ni uno, sobre todo, en el rostro de su novia. Se habían visto y

bastaba. Otra, una viuda, tenía á sus hijos en los brazos para que su padre les diera la última mirada.

El verdugo puso el saco negro al primero, ajustó la cuerda, colocó la plataforma, tocándole el turno al otro.

Cuando, semejantes á enormes frutos, los tres sacos negros quedaron suspendidos en la cuerda, la muchedumbre lentamente se retiró, haciendo lo mismo los soldados. Entonces el cuervo volvió y otros con él. Alejandra y la madre con sus hijos los miraron largo rato.

Los caminos subterráneos no existen solamente en Petersburgo, y de ciudad en ciudad, cazadores y cazados se cruzan con frecuencia bajo la tierra.

XXXVII

El lago

Las cortas reglamentadas hechas por la guerra en los sotos humanos se llaman, según Maquiavelo, la razón de Estado.

El cita otras aún, pues son numerosas las razones de Estado del mismo género.

Es tal la razón de Estado, que haría matar por los halcones cualquier paloma en su nido.

De ahí los artistas que nacen de raza de reyes.

Tres jóvenes, artistas los tres, nacieron con la misma naturaleza sensible, fría, inteligente; los nervios compuestos como los de las arpas; el cerebro lleno de pensamientos grandiosos; el corazón lleno de amor, y se habían encontrado.

Tenían la misma organización, los mismos gustos y, cosa muy extraña, el mismo rostro.

Quizá procedían de un mismo antepasado; quizá era una reunión de circunstancias idénticas.

Una gran amistad les unía.

Su edad era poco más ó menos la misma. Santiago y Herman eran artistas; Luis era rey de oficio.

Es decir, rey de título, porque de hecho era artista como los otros dos. Estaba el infeliz remachado á la cadena de sus abuelos, pero los ministros gobernaban. El pueblo pagaba, sangrado en sus cuatro venas esperando que tuviese valor. Pagaba los gastos de los ministros y los violines del rey.

Nuestros tres jóvenes vivían de armonía.

Las notas de los esmaltes y las notas de las esferas cantaban á sus oídos, y todos sus sentidos prendados se juntaban uno con otro, confundiéndose en una armonía infinita.

Los remolinos de las olas y de las muchedumbres, los períodos de su valor, todo ello era un ritmo.

Separados desde algunos años, al regresar Santiago á su país (Francia), cambiaron con frecuencia impresiones con motivo de su arte.

El teatro inmenso de Luis fué poco después comprado. Herman fué á buscar á Santiago.

En aquel teatro, los bosques y los lagos eran verdaderos, el trueno retumbaba, repetido por los ecos de las cavernas, los pájaros picoteaban los frutos del serbal, rojos como sangre.

El lago sobre todo, un lago profundo franjeado de sombra por los robles y los viejos sauces, cuyas ramas se bañaban en el agua.

Aquel lago estaba encantador.

La noche misma de la llegada de Herman á París, al abrigo los dos en la enorme bóveda de la sala Gaucher, hablaban de aquel teatro maravilloso, en el que no faltaba más que la reunión de los tres artistas para despertar los cantos mágicos.

Allí se tocaría á Wagner tal como debiera tocarse. La Walkiria tendría una llanura para descender, un verdadero campo de combate donde darían vueltas en el aire los cuervos, mientras ella ofrecería á los valientes la copa de los muertos. Hablaban de todo esto con amor. Leyeron algunas cartas, se lamentaron de que las hicieran pasar con frecuencia por diversos gabinetes negros, como si se tratase de secretos de Estado, y concluyeron por hablar con amargura de la policía de su país y del país de los demás, cosas éstas que escuchaban dos hombres de mala catadura situados en la mesa vecina.

Aquellos dos hombres, que nosotros llamaremos Nicasio y Gaspar, para oir mejor fingían leer periódicos.

Nicasio tenía el suyo al revés. Aquellos hombres es-

taban perplejos, porque las órdenes que habían recibido no eran fáciles de ejecutar.

Tenían que detener á los dos jóvenes que se les designaba, pero detenerlos sin el menor escándalo, por un flagrante delito cualquiera, y que eso fuese antes de la media noche de aquel día. Eran las ocho: los agentes estaban, como hemos dicho, perplejos.

En cuanto al móvil verdadero de la detención, helo aquí:

Su correspondencia no podía ser descifrada en los gabinetes negros. Era muy sencillo, sin embargo; habría sido preciso conocer las diversas anotaciones antiguas y modernas.

Nadie pensaba en esto, y era la cosa más simple del mundo que dos músicos tan rabiosos escribiesen con notas musicales.

Pero no se acostumbra ver lo que revienta á los ojos.

Así la palabra París en la última carta de Luis estaba representada por dos caracteres *pa* y el *ri* que corresponden á *mi* y *si* de nuestra notación.

Estos signos, seguidos de la palabra persa *bilesra* (con prontitud), sumieron á una infinidad de hombres de Estado en gran perplejidad.

Era de alta fantasía esa manera de correspondencia; hizo furor en Charenton. Las dificultades que suscitara excusaban esas niñadas.

Después de aquella última carta fueron extendidas las órdenes de detención.

—Habrá allí—decía Herman á Santiago—soberbios efectos de cobre. Luis ha estudiado esto en la guerra de 1870; varias llanuras son inmensos anfiteatros.

Los codos rebasaban de la mesita.

De golpe recordaron que la principal condición del viaje, el dinero, les faltaba. Habían avisado á Luis que no pudiendo llegar á los dos billetes de ferrocarril con todos sus recursos, esperaban se los facilitasen.

La respuesta había de haber llegado ya; no puede tardar—pensaban ellos.

Sin embargo, tardaría siempre, pues Luis no había recibido ni recibiría nunca su carta.

Después se pusieron á imitar diversos motivos (pues ellos tenían el oído como el marino oye las olas) de cosas frescas y bellas, de extrañezas y de cosas burlescas.

La polca del gabinete negro, la pierna de las ruedas de cobre, canciones de amor semejantes al ruido de las gotas de agua, cantos de ruiseñores y de alondras con cadencias sencillas, aires de viejas simulando el ruido del torno de hilar, de locuras, en fin, tan bien, que Nicasio y Gaspar temblaban de horror.

Pero detenerlos hubiera producido escándalo: era preciso un flagrante delito, y daban ya las nueve.

De momento, los jóvenes hablaron muy quedo; otra corriente les llevaba más lejos.

—¡Ah!—decía Herman;—aquel teatro no es más que el primer grano de una gavilla que aumenta la cosecha.

—Sí—decía el otro,—nosotros oímos ahora los cantos maravillosos que se oirán en el porvenir, y que hoy causarían la muerte.

Y del porvenir, dando un salto, volvieron al pasado, cantando la vieja canción slava con acento terrible:

El hacha está roja de sangre,
roja también la antorcha,
rojo se levanta el sol,
rojo todavía se pondrá.

—¡Qué bebedores de sangre! — pensaban Nicasio y Gasparín olvidándose de una reunión anarquista que se celebraba en la sala del fondo.

¡Diantre! Tenían también que dar cuenta de ella.

De pronto en la sala próxima se oyeron cantos con acento viril:

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas,
y esa injusticia no puede seguir.
Si tu existencia es un mundo de penas,
antes que esclavo, prefiere morir.

. . . . . .
. . . . . .

Entonces, entusiasmados por los acentos que llenaban la sala, unieron sus voces á los de dentro.

Rojo pendón:
no más sufrir,
la explotación
ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.
Vindicación
hay que pedir;
sólo la unión
la podrá exigir.
Nuestro pavés
no romperás.
Torpe burgués,
¡atrás! ¡atrás!

El flagrante delito se había encontrado.

No era la leyenda, sino Gaspar quien invitó cortesmento á ambos jóvenes á seguirle á la otra sala para un asunto.

—¡Ah! Es la respuesta de Luis.

Y los dos se apresuraron á ir.

Era Nicasio el que los aguardaba: tan bien pegado estaba contra el muro exterior, que dos papanatas desde la otra parte de la calle disputaban sobre qué género de pintura en relieve era aquél.

—Al Temple muy sencillamente—decía el uno.

—Vamos, pues, es un verdadero relieve, una especie de objeto chinesco con los vestidos de tela.

—Yo aseguro que es pintura gris.

—Y yo digo que es un relieve.

—Yo digo que sí.

—Yo digo que no.

La detención fué de las más fáciles, no dudando nadie que ellos tuviesen algún asunto con los agentes.

Santiago y Herman se apresuraban en ir á su lado y á veces precediéndoles.

No sentían más que una cosa: no encontrarse en fondos para hacer los honores de París á los enviados de Luis II.

Parecía que ellos conducían á los otros; de tal manera, que al llegar al despacho X... de la policía internacional, se aproximaron al jefe con tanto apresuramiento y de tal manera, que éste se equivocó.

Por una casualidad singular, el jefe presente reemplazaba por algunas horas al verdadero, y conocía el asunto por encima.

Tendió á Herman el rollo de oro preparado para la recompensa de los agentes y acabó la equivocación.

—Era el viaje—pensaron ellos.

—Pueden ustedes retirarse—dijo el suplente con el tono de aquel que no quiere ser molestado más tiempo—Y ustedes, señores—añadió volviéndose hacia Nicasio y Gaspar, que él tomó por los prisioneros,—siéntense aquí esperando mis órdenes.

La sorpresa fué tanto más completa, cuanto que el verdadero jefe no se apresuraba á volver.

Estaban en plena crisis política; las órdenes de la hora presente podían ser peligrosas para ejecutar á la hora siguiente.

La oficina estaba en completo desorden; el personal había sido renovado aquella noche; Nicasio y Gaspar eran allí tan desconocidos como sus prisioneros.

Además, las nuevas telegráficas del país eran tan terribles, que las gentes de la oficina X... perdían la cabeza.

Nicasio y Gaspar, sentados sobre su banco, pensaban que no valía la pena de detener á aquellos jóvenes para gratificarlos tan bien, mientras el jefe suplente se decía:

—Esa gente tiene en verdad una cara siniestra; son revolucionarios sin duda.

Y como la prudencia es la madre de la seguridad, les hizo acompañar á una sala de detención que daba sobre el corredor.

Con su organismo nervioso y sensible, Herman y Santiago se habían sentido mal en el aire de la oficina y se habían marchado sin preguntar nada, no sabiendo siquiera si Luis les esperaba.

Sin saber por qué apresuraron su marcha, yendo de la oficina X... directamente á la estación del Este.

—¿Por qué—decían ellos—Luis emplea gentes tan extrañas para enviarnos el importe del viaje?

—Esa oficina es la boca del lobo.

—Después de todo, quizá allí es donde están seguros.

Una vez en el ferrocarril, estuvieron más tranquilos, no inquietándose por mucho tiempo de lo que no se refiriera á su arte.

En el camino y en las horas de la noche es cuando gustan más las brumosas leyendas, por lo que se explicaban una escena de Luis.

Era una verdadera historia—decían ellos.—Otto, el héroe, no había encontrado aún ninguna mujer tan bella como su sueño, tan amable como el sonido de los laúdes, tan pura como él quisiera á su bien amada.

Encontró una hermosa joven con los cabellos de oro, con la carne impregnada de luz y á la que amó su corazón.

La joven le escuchaba con dulzura mientras subían los dos en una barca sobre un lago sombrío, al que daban sombra grandes robles y sauces, cuyas ramas se bañaban en el agua.

Otto golpeó las ramas en silencio: las palabras no pueden expresar lo que él sentía.

De momento, levantó la cabeza; la armonía infinita cantaba con él. No dirigió sobre ella sus miradas, de donde se escapaban lágrimas de felicidad y de amor: la vió con su corazón.

La joven también se callaba.

El cielo era de púrpura, era una aurora. Otto no sabía si en aquella barca pasó la onda negra de la vida y si no estaría muerto, si para no vivir descendiera de aquella barca donde se sentaba la virgen de los cabellos de oro.

Cantaba y su voz era más bella que toda voz humana: después se calló, no sabiendo si hablaría jamás.

Entonces ella, abriendo sus labios de rosa, dijo con voz ronca algunas palabras.

El horror embargó á Otto, un horror infinito como lo era su amor.

Todo se derrumba, las esferas se extinguen en el espacio: es el caos, es la muerte.

Entonces cogió por sus cabellos de oro el espectro de su amor y lo echó al lago.

La leyenda era verdadera: la mujer fué salvada por aquellos que la enviaron allá, que eran los cortesanos, y de quienes había seguido las órdenes.

Cuando Santiago y Herman llegaron á la villa había una muchedumbre inmensa; las campanas tocaban á difuntos, los monjes con cogullas negras precedían un féretro cargado de flores, al que seguía un ejército.

Las músicas llenaban el aire con sus notas y los tambores tapados resonaban como si estuvieran en el fondo del agua.

Supieron que Luis había muerto.

En casa de Herman, donde él vivía con su madre, una carta le esperaba:

«Me siento tan sano en lo físico y en lo moral, que no me importaría la traición proyectada contra mí si no fuese al rey, y es tan sorprendente, que no me quedará tiempo para tomar medidas contra las criminales tentativas de mi muerte.

»Mis valientes y fieles amigos no me abandonarán, y si por la violencia se me impide salvaguardar mis derechos, esa proclamación y mi llamamiento serán oídos por todos.»

Una copia de esta carta fué depositada en casa de todos los amigos del rey. No fué entendida por nadie.

Aparte de los campesinos, cuyo corazón permanece joven, nadie hizo caso y se le creyó loco.

Herman y Santiago no tuvieron tiempo de reflexionar en la situación: un pelotón de soldados les aguardaba.

—¿Son ustedes los que tenían correspondencia con Luis?

—Sí, señor; somos nosotros.

—Vengan ustedes.

Se les condujo á la oficina de la policía internacional correspondiente á la oficina X... de París, de donde ordenaban su regreso.

Un interrogatorio sumarial tuvo lugar después que los dos amigos hubieron sido separados.

Herman pasó el primero.

—¿Reconoce usted haber tenido correspondencia con el difunto rey?

—Perfectamente.

—Va usted á leerme esto.

El jefe de policía, con un gesto trágico, alzó entre sus manos gruesas y encarnadas un paquete de cartas como si fuese un trofeo tomado al enemigo.

Por casualidad Herman registró su bolsillo para sacar su pañuelo.

Hubo allí un movimiento de retroceso en todos los de la oficina, y el jefe cogió un revólver colocado ante él, pero el error se disipó.

Dióse á Herman dos cartas inocentes, que él leyó sin titubear, en las que se hablaba de una ópera en que un ministro es muerto por el rey á quien ha traicionado.

Todo eso debía contener terribles supuestos; los revolucionarios debieron aprovechar la locura del rey para apoderarse de secretos de Estado.

Esa revolución universal en el arte era sin duda la internacional roja.

Cuando la lectura fué terminada, el jefe de oficina puso toda la correspondencia sobre la mesa.

—Vea usted—dijo—y haga el favor de darme á conocer los signos empleados en estas cartas.

—Es preciso antes que le dé algunas explicaciones sobre las diversas notaciones musicales—contestó seriamente Herman.

El jefe de policía se levantó.

—Condúzcale usted—dijo—á la celda 27.

Por una puerta que se abrió en el mismo gabinete, se llevaron los agentes á Herman.

Santiago fué introducido á su vez y volvió á empezar la lectura.

El jefe de policía tenía un doble sentido: su espíritu se negaba á creer que no se mintiera.

—¿Cuál es—preguntó—la significación de esa bandada de letras desparramadas por toda la página?

—Pues es una fuga escrita con notación alemana. ¿Usted desconoce esa nota?

Y maquinalmente se puso á tararear: *tse d é f gné.*

No tuvo tiempo de subir más alto: el *gné* le quedó en la garganta.

¿Es que todos los locos de Europa iban á serle enviados? El policía caminaba á grandes pasos, haciendo ademanes furibundos.

Santiago, por su parte, se preguntaba si desde la antevíspera todo el mundo se había vuelto loco.

Perfectamente sereno, miraba al jefe de policía.

Una complicación surgía. Santiago era francés, y el mandamiento judicial no decía lo que debía hacerse con él.

El jefe de policía lo mandó al hospital de la cárcel con la nota de loco furioso.

Del Isar, suavemente curvado en arco, salían corrientes de agua semejantes á ramitas rotas.

Por el lado de la estación del ferrocarril del Este, la ribera se entorpecía: había una amplia isla llena de cuarteles.

Costeando los dos cementerios subían otros cursos de agua formando una isla que parecía una hoja de sauce.

Desde el coche celular, transportado según costumbre de todos los gobiernos, Santiago, por un agujero de la pared, veía todo esto y también los jardines del palacio donde debía estar el teatro.

Su serenidad sorprendió al director del manicomio, pero los locos son astutos. El director tembló al ver que habían dejado desatado al alienado.

¡Qué imprudencia! La serenidad, si no era en él astucia ó un principio de curación, hacía presagiar un acceso de delirio furioso.

Una vez en la celda se le dejó tranquilo.

Santiago se sentó en la cama atada al muro y se puso á reflexionar.

Una hoja de papel arrugada, que cayó del bolsillo del médico, se arrastraba por el suelo medio desgarrada.

Santiago la recogió.

Era un ejemplar de la notificación publicada por la policía á la muerte de Luis.

«Después de haber obedecido durante todo el día las prescripciones del comité médico, el rey marchó con su médico á dar un paseo por el parque.

»Pasó mucho tiempo sin que se les viera volver, y al ir en su busca se les encontró ahogados en el lago.

»El rey, así como el médico, daban aún débiles señales de animación. Pero todas las tentativas para volverles á la vida fracasaron.

»A media noche se comprueba la muerte del rey y del médico.»

El resto daba detalles siniestros sobre el drama.

«El reloj de Luis, detenido por el agua que había penetrado en él, marcaba las seis y cincuenta y tres minutos.

»Fué á las once cuando su cadáver y el del doctor fueron descubiertos en el lago. No había en aquel sitio más que cerca de metro y medio de agua.

»El doctor había telegrafiado el mismo día de su muerte á las seis y quince al presidente del Consejo de ministros.

»Algunas horas más tarde, los dos eran cadáveres.

»El légamo había sido removido en el borde del lago en una lucha desesperada.

»El rostro del médico y el del rey llevaban huellas de arañazos profundos.

»Las huellas de Luis iban más lejos que las del médico; su sobretodo fué encontrado en el borde.

»El hermano del rey, que debe sucederle, está atacado, dícese, de la misma enfermedad.»

Los fragmentos se detenían allí.

Era el fin de su hermoso sueño.

XXXVIII

La mujer del lago

A cierto obispo *in partibus*, de residencia momentánea en la ciudad de X..., le gustaba también la música.

Entre dos cálices y muchas copas de vino del Rhin, hacía ejecutar, lo mismo que Luis, las partituras de Wagner.

Su amigo, el director del manicomio, asistía con frecuencia á las *soirées* celebradas por el obispo en su seminario de Munster; quizá prefería el prólogo de la *soirée*, es decir, la comida, pero no detestaba la audición de las obras principales del maestro.

Un día quiso á su vez regalar al obispo y le envió un loco lleno de talento *(que sus cuidados alumbraron)* que ya casi estaba curado y que cantaba el *Lohengrin* de una manera notable.

El obispo quedó arrobado, y de la leyenda de San Graal, que es lo más divino que existe, resolvió hacer ejecutar un trozo en su capilla, pues una voz semejante no se encontraba con frecuencia.

Después de las vísperas, el domingo siguiente, Santiago, inducido por el director, cantó en medio de un silencio profundo.

Hubo allí una lluvia de lágrimas; si se hubiesen atrevido, hubiera habido una lluvia de flores.

Una señora, ricamente vestida, con sus cabellos de oro escapándose bajo su velo, cayó prosternada sobre las losas sollozando.

El jefe de la oficina X..., al enviar á Santiago á la enfermería de la cárcel, no mencionó más que la demencia. Santiago estaba absolutamente sereno, gracias al sabio alienista que lo había curado.

Después de esta prueba no había ninguna razón para que el enfermo no fuese puesto en libertad; el asunto no era serio

Santiago alcanzó su gracia por sorpresa.

A uno de los más jóvenes entre los hombres de Estado, al decir que la correspondencia de un loco con dos histriones no era de temer, se le volvió la espalda con una piedad profunda.

El jefe de la oficina X... tenía que reparar la tontería que cometió no mencionando á Santiago más que por la locura, y pensaba noche y día en encontrar la llave de la correspondencia, cosa que por fin creyó hallar.

No era seguramente con los muros de su celda con quien hablaría Herman.

Nunca ningún hombre obtendría el secreto de los famosos símbolos. Era preciso emplear á una mujer.

Ellos conocían á una que no tendría sustitución para semejante mentira; verdad que ya fué echada una vez al agua, pero lo fué por un loco.

Tenía ella ahora una experiencia á toda prueba.

Había derrochado muchas fortunas, vertido muchos secretos en los oídos de su protector, el jefe de la oficina X... Sería ella quien le serviría también en aquella ocasión, la bella Georgina, de formas divinas, con voz de c iervo en su garganta encantadora, en la que el aguardiente había dejado su rastro, sus humos.

Permitióse á Herman dar largos paseos por los jardines cerrados del castillo. Aquellos mismos jardines donde estaba el teatro, con sus bosques y su lago á la sombra de los grandes robles.

Allí, como por casualidad, vió pasar á una mujer alta, silenciosa, con sus cabellos de oro desatados: quizá era una prisionera como él.

Desde las riberas opuestas del lago se veían pasar. Esto era todo.

Esta situación podía durar mucho tiempo, tanto más

cuanto que Georgina representaba muy mal su papel, acordándose de lo que había hecho con Luis.

Los recuerdos la martirizaban, y en la soledad el olor fresco del agua le ahogaba el corazón. Hacía mucho tiempo que ella estaba triste, mucho tiempo que en los teatros y en las iglesias buscaba un acento que se pareciera á la voz oída una vez.

Ese acento lo había encontrado la noche en que Santiago cantaba á las musas.

Algo le decía que iba á encontrarlo alguna vez.

Estaba cansada de la vida que llevaba: su falta primera la había arrastrado, lo mismo que á tantas otras.

Después, ¿cómo salir del camino emprendido?

Hoy algo de bueno le volvía, sintiendo la vergüenza en que estaba sumida.

En su infancia se la perdió: joven cometió un infanticidio, del que su madre se había acusado por ella sin salvarla. Huyó á Baviera, donde los cortesanos le hicieron los honores de lo que era. Su madre continuaba buscándola. La conocemos: era Reina Félix.

Una tarde, en el parque, Georgina se encontró frente á frente con Herman.

El jefe de la oficina X... le había hecho horribles amenazas. No resultaba buena para nada; ¿de qué servían las cantidades locas con que se la pagaba?

Ella no se negaba á nada cuando se trataba de cosas importantes. Iba á echarse mano de otra.

Su encuentro con Herman le dió la idea de concluir, pero no en el sentido que la policía quería.

La ocasión se presentaba; ¿quién sabe si la encontraría jamás?

No se atrevía á hablar conociendo el efecto de su voz. Llamó á Herman con una señal.

El se acordó de la escena descrita por Luis, de la leyenda de Otto. ¿Era aquella la mujer del lago?

Ella era, en efecto.

Georgina se sentó al pie de las sauces, cuyas ramas se inclinaban sobre ella.

Entonces por todos los horrores esparcidos á su

alrededor, por el lago que suavemente palpitaba, se amaron.

Una sola cosa era más grande que la fatalidad que les rodeaba: la muerte.

Como el caballero del cisne, Herman había soñado el amor. Era, pues, aquélla la que debía amar.

Georgina tenía la belleza terrible de Elsa, pero el horror se mezclaba allí.

¡Se lo contó todo! Todo con su voz aguardentosa, horrible.

¿Pero quién entonces empieza por las ramas el canto ligero cuyo *pianísimo* se parece á las gotas de agua que la tormenta desgrana sobre las hojas?

Ved ahí que la tempestad estalla terrible, los coge, los envuelve; son ellos mismos la tempestad, se aman en los elementos desencadenados.

Una barca estaba atada á los sauces. Herman la desató, cogió los remos y golpeó suavemente el agua del lago. Cantó como había cantado Luis las arias del *Lohengrin*, pues ellas son las que flotan en el aire, en el agua helada del lago.

La tormenta estalló; después, como en la maldición de la obra de Wagner, se hizo un silencio terrible.

Georgina, en pie ante la barca, irradiaba en la luz.

Después nada más que la sombra desgarrada por el rayo: la tempestad les cubrió de noche, sonó un golpe enorme y la barca se volcó, hundiéndose en el agua.

La muerte fué bella; la mujer tuvo esa suerte. Santiago no.

Se tuvo la crueldad de reanimarle, cuando hubiera sido mejor que su cuerpo quedara en el fondo del agua.

Aquella vez no se fué injusto metiendo al músico en el manicomio.

Sus ideas flotaban semejantes á la bruma, y el cerebro trataba de retenerlas por un trabajo instintivo, semejante al que atrae las partículas de materia astral hacia el centro alrededor del cual ellas dan vueltas.

La sensación que sintió hirió á la vez el corazón y la cabeza.

El desgraciado vivía en ese remolino, buscando recobrarse y no pudiéndolo lograr.

Sin razonamiento, tenía el deseo inconsciente de volver á ver á la mujer del lago, de sentir de nuevo la inmensa felicidad, el sufrimiento inmenso que había sentido frente á frente con ella en la barca.

Hacia aquella imagen fugitiva dirigía su voz, la única fuerza que conservó intacta, pero que revestía de acentos terribles.

Se veía bajo las ventanas de la casa de locos escuchar con terror y con arrobamiento las espantosas manifestaciones de aquella poderosa armonía, que á veces, con grandes batimentos de alas, se marchaba todo el vigor, toda la fortaleza.

El oído era el único que vivía una vida inmensa, y por esta razón todo se refugió allí.

Esto duró algunos meses. Después, por su agudeza misma, se calmó ese estado mórbido.

Quedó el bruto, la bestia humana capaz de todos los monstruosos desarreglos en que el hombre desciende más bajo que el animal.

En el embrutecimiento, las facultades vitales habían recobrado su equilibrio.

Herman estaba sereno, comiendo, durmiendo y guardando un silencio triste.

No había motivo para que se ocupasen de él.

Todo, fuera los apetitos que se desarrollaban más y más, había sombreado el siniestro lago y allá debajo, semejantes á las libélulas, flotaban aún los recuerdos. Después, para borrar sus sensaciones, volvió á ver el lago, la tormenta había pasado y el agua no palpitaba como un corazón. Estaba quieta como un mármol. Las gotas caían de las ramas.

La madre de Herman había concluído por comprender el sentido de la correspondencia. La envió al sucesor de Luis, al cual por casualidad la carta le fué entregada.

Por casualidad también él dió orden de poner á Herman en libertad.

Se le confundió con otro, un financiero sospechoso que se llamaba Ulrico Herman.

Por esto la proposición del rey fué acogida por sus consejeros con éxito.

Creyóse poner en libertad al financiero, y en su lugar se puso al artista.

A Santiago, por su parte, no dando más señales de locura, se le puso también en libertad.

XXXIX

El uno por el otro

Mucho tiempo esperó la libertad que había pedido el financiero Herman.

¿Cómo es que se le hacía esperar tanto? Sabemos que fué un error. Herman el músico había sido libertado en lugar de Herman,el capitalista.

La señora Herman, la capitalista, pasaba á los ojos de su marido por ser la causa de este retraso.

Por aquella vez era inocente, no teniendo necesidad de la ausencia de su marido para engañarle.

He aquí por qué el financiero Ulrico Herman fué preso.

Es decir, he aquí de qué se le acusaba. Como casi siempre, él no había hecho lo que se le atribuía, sino otra cosa peor.

Ulrico Herman, bien dotado por la Naturaleza, bello, el rostro franco, la inteligencia pronta, el corazón amplio, que una sangre generosa había hecho latir, cambió mucho. Ahora el corazón era duro como el metal, la sangre helada, la inteligencia pérfida.

Su hermano Hans Herman y él se amaban mucho y habían trabajado largo tiempo apoyados el uno sobre el otro en sus estudios, pues hijos de financieros como eran, juntos enredaron dinero. En las regiones pestíferas se gana la peste, y la fiebre de oro llega.

¿Es que puede respirarse siempre el crimen sin resultar criminales ó locos?

La demencia del oro les había cegado.

Además, la ganancia del uno no parecía perjudicar á la ganancia del otro. Las aves de rapiña de un mismo nido llevan á él unidas la presa.

La herencia de un pariente lejano, y que heredó Hans, que lo había tratado más particularmente, despertó en los dos hermanos un sentimiento de concupiscencia, satisfecha en el uno, descontenta en el otro.

El pensamiento de acaparar las riquezas comunes se les ocurrió á los dos, desarrollándose simultáneamente, sin que nada, en apariencia, combiase en su vida.

Una circunstancia decidió el crimen.

Hans iba á casarse con una joven á quien amaba.

Ulrico sintió el río de oro desviado de su curso verterse á otro océano.

Muchas veces sus ojos se fijaban sobre Hans con una intensidad que hiciera temblar á aquél si se diese cuenta; gracias á que las preocupaciones de su matrimonio y el goce de su amor le absorbían.

El destino ó la casualidad sirvieron perfectamente. Ulrico y Hans se encontraron en un sendero encima del Isar.

En el inmenso parque corría un hilillo de agua, capricho de su pequeña juventud, de los tiempos en que ellos gozaban de sus ojos para admirar la Naturaleza y quererla.

Rústicamente construído de ramas enlazadas, atadas á los bordes por troncos de sauces, el sendero se cerraba abovedado encima de la corriente de agua, formando un estanque. A su alrededor, un bosque umbrío; debajo, el agua profunda y negra.

Al ver venir á Hans, el espanto cerró la garganta de Ulrico, que sentía venir el crimen. Sería suyo ó de su hermano. Ulrico, por su parte, veía volverse á él el horizonte rutilante de oro, las nubes también rutilantes, de paletas de oro: todo era de oro.

Su cerebro hervía como si hubiese estado en fusión. En el agua negra del lago un rostro de cadáver le dió miedo: era el suyo.

Hans se acercaba más; él también tenía pensamientos extraños, pareciéndole que la muerte les echaba uno

hacia otro, que luchaba con su hermano y que uno de los dos sucumbía.

El paseo temblaba bajo sus pies. La sombra envolvía sus cabezas.

Ulrico fué el primero que se tiró sobre el otro. Sus ojos se inyectaron en sangre.

El más fuerte fué Ulrico.

El cadáver de Hans no se encontró hasta pasado algún tiempo. Ulrico fué preso, no por la muerte de su hermano, que él cuidadosamente hacía buscar donde no estaba, sino por un enredo comercial que no cometió.

Ulrico palideció cuando se le detuvo. Sin embargo, con voz enérgica preguntó por qué se le detenía.

Al conocer el por qué se le acusaba, el financiero recobró su valor.

De momento no tuvo remordimientos por lo hecho y quizá no los había tenido jamás, azotado sin cesar por los cuidados de la administración de los bienes de su hermano y las investigaciones que hacía verificar.

Su prisión detuvo todo esto. La cárcel le dió tiempo de reflexionar.

Una noche el director se presentó en la celda del financiero.

Ulrico había pedido muchas veces su libertad.

—Esto es—pensaba él—que vienen á dármela.

—Tengo—dijo el director—que llenar cerca de usted una misión delicada.

Ulrico retrocedió herido por su desilusión.

—Se han continuado las minuciosas investigaciones empezadas por usted referentes al asunto de su hermano. Sin duda le queda á usted alguna esperanza de encontrarle vivo.

—En efecto—dijo Ulrico.

—Esa esperanza va á ser desvanecida, y lo siento profundamente. Su hermano de usted ha sido encontrado en el estanque de la propiedad de usted; el cadáver lleva las huellas de una lucha desesperada. Su hermano fué asesinado.

Ulrico creyó sentir los ojos del juez penetrarle hasta el corazón.

El otro no pensaba nada y sólo sentía una profunda conmiseración; la sospecha no alcanzaba al financiero.

—Ese doloroso acontecimiento ha sido causa de que se apercibiese de un gran error cometido en perjuicio de usted. Debía usted estar en libertad desde hace mucho tiempo, cuya orden fué dada por los ministros, pero acaban de darse cuenta de que otro Herman, un desgraciado músico, se ha beneficiado del error. Con motivo del descubrimiento del cadáver de su desgraciado hermano, sus excelencias han creído un deber el concederle la libertad.

El director buscaba las palabras más dulces para aquel gran dolor.

De esta manera salió el financiero Herman para presidir los funerales de su hermano, y sobre todo ayudar á la instrucción del proceso, pues él quería encontrar al matador. Gran número de testigos que no habían visto nada se presentaron.

Era Ulrico quien preguntaba antes de comparecer ante el juez de instrucción á cuantos tenían que hacer revelaciones.

Algunas fueron tan importantes, que tuvo el deseo de desembarazarse de testigos tan incómodos é intentó hacerlo.

Por ejemplo, una joven, la pequeña Cath, vió á Hans entrar en el gran parque de su propiedad cerca del Isar, siguiéndole con la mirada hasta el paseo.

—Allí otro hombre, poco más ó menos de la talla de usted, Ulrico—dijo la joven,—se presentó ante él; eran cerca de las ocho de la noche, la luna daba sobre el agua. Ví á los dos hombres echarse uno sobre otro; tuve miedo, continué mirando, pero la noche se hizo más negra.

—¿La dirección de usted, hermosa niña?—dijo Ulrico.

Cath dió su dirección.

Ulrico permaneció perplejo; para él no había ninguna duda de que la joven podía perderle contando inocentemente á los jueces, como lo hizo ante él, lo que había visto.

Si él la obligaba á callarse, estaba igualmente perdi-

do; sólo la muerte podía hacerla muda sin acusarle. Su partido fué pronto tomado.

Ulrico inscribió cuidadosamente el nombre de la joven sobre un registro aparte. La hoja sería como la vida del niño echada al viento.

—Tengo necesidad—dijo él—del nombre y la dirección de las personas á quien usted haya confiado ese testimonio. Usted comprenderá cuán grande será la recompensa para aquellos que me ayudarán á vengar á mi hermano.

—Mi padre, mi madre y mi hermana son los únicos á quienes se lo he dicho.

—¿Qué oficio tiene su padre?

—Es herrero cerca del puente de su jardín.

—Puede usted estar segura de que no tendrá necesidad de trabajar más.

La joven, con gruesas lágrimas en los ojos, dijo que sentía en el corazón que debiesen su fortuna á la muerte de un hombre.

—Esas palabras la honran á usted, hija mía—dijo Ulrico.—Ahora iremos á averiguar en el mismo lugar del hecho si la imaginación de usted no la engañó. Venga usted.

Anochecía, como el día en que Cath Edmond vió el crimen.

Algunos temblores, de espanto ó de recuerdo, quizá la frescura de la noche, pasaban sobre ella.

Salieron de la casa por una puerta excusada sin que ella se diese cuenta.

Siguieron los caminos del bosque, anchos primero, después más estrechos, hasta que llegaron al sendero.

—¿Es allí, verdad?—dijo Ulrico haciéndola pasar delante.

—Sí—dijo Cath, que temblaba oyendo detrás de ella el paso rudo del matador, sintiendo quizá la impresión magnética del acero que él sacó para herirla.

Ella se volvió: los ojos de Ulrico brillaban como ascuas en su rostro lívido, y entonces intentó cogerla y golpearla con su puño, pero ella, como una abeja pica con su aguijón, le mordió en la mejilla mientras bajaba su

rostro hasta ella y con rapidez la echó en el estanque, que debía conducirla afuera por el hilillo de agua del Isar, pues la joven sabía nadar.

Ulrico llevó la mano á su mejilla ensangrentada: el mordisco debería ser visible durante mucho tiempo, pues era tan profundo como si estuviese hecho por los dientes de un cachorro.

En adelante iba á tener la espada de Damocles sobre la cabeza, á menos de concluir con aquella familia

Esto pensaba hacer.

Una caza perpetua se desarrolla sobre la tierra; los unos son caza mayor, los otros perros de caza ó cazadores.

Cath y los suyos estarían en adelante entre los cazados, pero algunas veces la caza mayor se junta y da mucho que hacer á los perros y á los monteros.

La joven contó á su padre lo que le había ocurrido y el obrero comprendió que la vida de su hija estaba en adelante en peligro.

La familia abandonó el país. Aquella desaparición inquietó á Ulrico.

XL

Bonificación

—Acérquense ustedes, caballeros y señoras.

»Acérquense tanto como se lo permitan la jaula de la pantera y el gabinete de consultas de la señora sonámbula.

»Acérquense todos, caballeros y señoras; hay todavía sitio por el lado del callejón.

»Acérquense, caballeros y señoras; que los caballeros se aprieten á fin de que las señoras tengan más sitio. Este de aquí es el paraje más hermoso del mundo; desde él se oye gruñir á todas las bestias como en un bosque de Africa. Ahí bajo está el mercado de los hielos, que hace pensar en el Mont Blanc; cerca, con la alambrera apretada con agujeritos para impedirle pasar, está la gran serpiente de mar.

»Aquí es como si se viajase, como si se poseyera la tierra y el Océano y el aire también, puesto que aquel bramante es la cuerda de un globo cautivo.

»Vamos, caballeros y señoras, agrúpense ustedes aquí para juzgar de lo que se ve por todos lados y para comprar mi mercancía.

»Aproxímense todos, caballeros y señoras; si yo les hablo de mi mercancía no me refiero á lo que se entiende por esa palabra vulgar que se asemeja á la cosa de Cambronne, sino á una multitud de maravillas que van ustedes á ver.

»Acérquense todos, caballeros y señoras; ahí tengo polvos para pulir, para hacer volver rubios ó negros los

cabellos: los mismos blanquean los dientes y limpian las uñas, convirtiéndolos en perlas ó en nácar.

»Acérquense todos, caballeros y señoras, que sólo cuesta diez céntimos.

»El shah de Persia me ha hecho comprar dos botes por su chambelán.

»Estos mismos polvos son garantía para los licores; la reina Victoria se pone todos los días en su wisky.

»Acérquense todos, caballeros y señoras; ahí tienen los polvos de larga vida y los de sucesión, tan eficaces unos como otros, por diez céntimos.

»Polvos de matar pulgas, sin que yo piense que ustedes tengan, pero puede hacerse con ellos un regalo á los que las pulgas les incomoden.

»Acérquense todos, caballeros y señoras; un poco de coraje á la bolsa.

»Ahí verán, señores, el microscopio del rey de Madagascar hecho con las cenizas de plantas marinas, reducidas á cristal por la fusión; cada uno de ustedes podría hacer otro tanto con la receta que le acompaña, diez pesetas. Es la piedra superior de mis tesoros.

»Acérquense todos, caballeros y señoras.»

Pero el calor del día era muy sofocante y gotas de agua caían de las nubes tempestuosas: cada cual desertaba de los sitios descubiertos, refugiándose en las barracas de los tiradores de cartas, de los domadores; la de los saltimbanquis estaba repleta.

Había allí cuatro niños de ocho á doce años, rubios como Gosondare Lioudoëke y la Gospoja Lioudoëka, su mujer, que se decían sus padres.

El hecho es que eran del mismo país.

Del país en que se es rubio, con ojos de un gris de acero, y venían de Rusia.

El joven camelote Stéfano, después de hacer su bonificación por sí mismo, descendió de la mesa donde estaba subido con su caja de juguetes entre las manos, cerró cuidadosamente ese tesoro y sacando un pedazo de pan de su bolsillo, fué á comérselo al abrigo de la barraca de los saltimbanquis, que estaba montada sobre tablas.

La reputación del Gosondare Lioudoëke, y sobre todo la de la Gospoja Lioudoëka, no era precisamente de benevolencia; el joven camelote Stéfano, en lugar de solicitar, durante la gran lluvia que caía, un abrigo hospitalario en su barraca, se escondió detrás de un montón de cosas varias que servían para las representaciones: un tonel vacío le servía de gabinete. Estaba allí como en su casa ó mejor aún, con el placer de comer un pan al ruido de la tormenta, de oir lo que decían los cuatro pequeños clowns, á quienes se les acababa de traer comida.

—Eso debe ser gracioso—pensó Stéfano,—poner todas las noches los niños en el aparador para dormir; una economía de estacazos.

Los dos saltimbanquis habían marchado; los niños, después de un instante de silencio, comenzaron á hablar tan bajo, tan bajo como un soplo.

Pero cerca como estaba Stéfano, oía distintamente. Fué el más joven, el pequeño Ivan, quien empezó:

—Lefe, me duelen mucho las piernas.

—¡Tanto mejor! Es que aun continúan vivas. ¡Cállate!

Otra voz respondió:

—Y á mí, Lefe, me duelen las rodillas.

—Es que aun pueden desplegarse. ¡Cállate!

Lioudoëka bajaba cargada con varias tazas y una botella de café mezclado con ron. Dió á cada niño un poco de café con un pedazo de pan; después se marchó.

—*¡Etote vetchere!*—dijo la voz muy grave de Lefe, que apenas Stéfano oyó.

El joven camelote comprendió que sorprendía un drama. Por la costumbre que tenía de conversar con sus camaradas de todas las naciones y de oirlos hablar, había aprendido un poco de cada lengua. Comprendía el ruso tan bien como el francés; los niños se expresaban indiferentemente en cada uno de los idiomas que comprendía algo.

Hele allí, pues, mezclado en la huída de los pequeños desgraciados, porque él los ayudará á huir con seguridad.

No dirá nada, porque los pequeños deben ser desconfiados. Aparentará un encuentro casual en el camino. El es libre como el aire, no teniendo más que su caja, con la cual rodaba por el mundo.

El pequeño Ivan, confiado á unos amigos, era el niño que Aleja, la mujer del héroe muerto por la libertad en Petersburgo, continuaba buscando; aquel á quien había sido confiado en los días de peligro, desapareció con él.

Y desapareció por una razón muy sencilla: fué asesinado.

Los que habían cometido el crimen eran Gosondare Lioudoëke y Gospoja Lioudoëka, posaderos que fueron en un camino desierto de las grandes estepas. Como mataron para robarlos á los últimos viajeros que habían pernoctado en el albergue, huyeron, yendo á rodar por el mundo con el niño Ivan, al que probaron á hacer un monstruo, y otros que robaron, yendo á parar á sus manos los hijos de Ana y del juez Felipe Wolff.

Los niños que ellos robaban los deformaban cruelmente para poderlos enseñar en plazas públicas como pequeños monstruos.

Stéfano se había propuesto libertar á los niños de las garras de aquellos asesinos, y lo logró. Convenido con el mayor Lefe una noche que el matrimonio Lioudoëke se emborrachó, cargaron con los niños y los pusieron á salvo.

Al día siguiente Stéfano, con su caja á cuestas, se presentó ante Lioudoëke al oír que vociferaba.

—¿Qué le pasa á usted, respetable Gosondare?—le preguntó.

—¡Que me han robado!—gritaron á dúo los dos esposos.

—Sin duda el ladrón que he visto pasar esta mañana.

—¿Dónde está?

—Ha ido por la parte del campo.

—¿Cómo era?

—No he visto al hombre, he visto un gran coche negro, un poco más largo que el de ustedes.

—Voy á perseguirlos; tú serás testigo.

Pero Lioudoëke no persiguió á nadie, pues tenía

miedo de que le preguntasen de dónde había sacado á los niños. Una cosa le inquietaba: había visto cerca de su barraca una mujer alta y rubia que miraba á dos de sus prisioneros.

Les miró en efecto, pero no era ella quien los robó.

EPÍLOGO

Los seres que vegetan en nuestro fin de época, bajo el pálido sol de un invierno secular, ante la nueva aurora se transforman tanto más rápidamente cuanto que los medios se diversifican más y más.

La *debâcle* está en todas partes mezclada con el nacimiento.

Verdad que en esa tormenta hasta se arrastra á la humanidad que va á nacer; lo que hay de falso, de atrofiado en su desarrollo, toma el vuelo, se levanta, evoluciona, calentado por la savia que sube.

Todos los mares humanos azotan los viejos arrecifes; es la agonía mezclada con el nacimiento.

Gaël, sobre todo, quemaba las etapas. El espíritu adelante, el cuerpo bañado con efluvios magnéticos, estaba joven, con una juventud extraña, impregnada de electricidad; las moléculas de su ser se renovaban poco á poco, siendo reemplazadas por otras más delicadas, saturadas de vida y de luz.

Sus cabellos negros, por la noche eran fosforescentes, y á veces de sus dedos se desprendía una luz parecida á la blancura de los claros de la luna. Chispas se desprendían de su ser y no había motivo para que Gaël muriera antes del fin de la tierra.

Nada sorprendía á Gaël, ni el desespero de los que tienen el disgusto hasta la garganta ni los gritos de los

cuervos humanos dando vueltas alrededor de las carnes de los guerreros.

Sobre la tierra, con frecuencia lavada con sangre, los grupos humanos comenzaban á gravitar según la ley de la atracción universal. La Naturaleza, mucho tiempo combatida, tomaba la marcha armónica; en las esferas la evolución era cada vez más rápida.

A veces reaparecían escenas del pasado. Una de las más salvajes tuvo lugar á la muerte de una de las mujeres que en sus últimos tiempos no había perdido la esperanza buscando á sus hijos.

Una noche los encontró desfigurados, y como perdiera el conocimiento, una multitud de niños se puso á tirarle piedras; una que la tocó en la sien la mató.

Sobre su tumba, donde algunos saludaron el porvenir, los odios se desencadenaron. Era natural; la muerta era una mujer y se le atribuían más monstruosidades que se pueden cometer en diez mil vidas. Después cesó todo murmullo esperando otra presa.

Ana estaba en paz; era ella, que al no encontrar á sus hijos se lanzó con todas sus fuerzas á la idea revolucionaria.

Gaël iba una noche por grandes llanuras, pensando en las mareas terrestres, cuando una claridad próxima atrajo sus miradas.

En el paisaje adormecido una villa estaba de fiesta, de fiesta misteriosa: la claridad filtraba como una franja en la fachada intencionadamente obscura, pues para que la luz no fuese tan viva, se habían bajado los transparentes.

Un ruido muy cercano de mandíbulas le atrajo la atención. Gaël oyó gruñidos furiosos mezclados con el ruido que hacen los animales hambrientos royendo un hueso; alumbró con la linterna sorda que llevaba ordinariamente en sus peregrinaciones nocturnas.

Eran dos perros idealmente flacos que se disputaban unos despojos humanos robados en algún sitio.

Los perros debieron introducirse por un agujero bastante ancho, practicado en la valla que lo entornaba. Pasó Gaël por allí á gatas, teniendo la linterna sobre su

pecho. Llegó bajo la f ja luminosa, que filtraba por tres ventanas con los transparentes bajados, y que estaba en el primer piso. Pero un enredado de hiedras enormes y de rosales subiendo por toda la fachada, permitió á Gaël que pudiera encaramarse con la agilidad del gato.

Entre los intersticios de las persianas vió en torno de una mesa una docena de hombres, unos viejos, otros jóvenes, teniendo sobre el rostro ese aire embrutecido y curioso de la tontería en estado agudo; dos mujeres de la misma condición estaban con ellos.

Encima de una mesa había un cadáver destrozado. Era el cadáver robado la noche anterior en el cementerio, y cuyas carnes estaban putrefactas, pero eso les tenía sin cuidado á aquellos representantes de la memez humana; estaban poseídos del delirio de la curiosidad y querían ver si el cadáver de un revolucionario estaba formado como los demás.

Gaël, ante aquella escena bestial, recordó á una mujer que fué disecada viva, y aquel crimen, que lo ejecutó la ciencia, aunque horrible, había sido consciente, cosa que no ocurría en el que presenciaban sus ojos.

—¿Dónde diablos está la mano izquierda?—preguntaba uno.

—Ya os dije que había oído algún ruido sordo y hasta visto una sombra blanca como si fuera un fantasma que cogía algo de aquí.

Diciendo esto temblaba pensando en las cosas de ultratumba.

—Son los perros—pensaba Gaël.

—¡Vamos, vamos, basta de necedades! Tú la has escondido—replicó una voz.

Era la mujer que hablaba así de color subido, los labios gruesos, barba enorme, los cabellos rudos y negros, con traje de terciopelo guarnecido de encajes, un tipo de la edad de piedra con traje Luis XV.

Un estudiante pálido, con el tipo afeminado, tomaba notas: nada se le escapaba, palabras, gestos, *mise en scène:* el cadáver no era más que un lazo común para él, no era semejante á los demás cadáveres.

Gaël sintió simpatía por el joven.

—Pero—dijo una especie de truhán de rostro marmóreo envuelto en una capa—es semejante á los otros; sólo falta ver la cabeza que está allí.

Tomaron la cabeza y se pusieron á despedazarla como el resto. El joven pálido, que sabía disecar, sonrió; cada vez era más simpático á Gaël.

—Que nos den á cada uno un pedazo—gritó una mujer.

Un coloso empuñó un hacha y se puso á dividir el cuerpo en pedazos, y después cada uno tomó una porción de destrozos humanos.

En aquel instante las hiedras que sostenían á Gaël se rompieron, cayendo con estrépito.

El espanto fué general; cada uno se precipitó afuera, llevándose bajo los vestidos su parte del muerto.

El joven pálido, envolviendo tranquilamente con un papel la cabeza ensangrentada, se marchó con paso sosegado.

Gaël cayó muy felizmente en tierra y volvió á pasar por el agujero de la valla, comprendiendo que el cuerpo de la revolucionaria acababa de sufrir aquel insulto supremo de la imbecilidad inconsciente.

A pesar de la obscuridad de la noche, distinguió la alta silueta del estudiante, y poniendo su mano nerviosa sobre el brazo del joven le dijo:

—Venga usted.

Y el otro le siguió.

Llegaron al observatorio de Gaël.

Allí el joven vió con el telescopio monstruo cambios singulares en uno de los planetas más próximos.

¿Qué era aquello?

Señales de que la internacional de los globos comenzaba.

El joven creyó por un momento que tenía que habérselas con un loco; pero Gaël, poniéndose derecho con toda su alta talla, le dijo:

—¡Atención! nosotros vamos á contestar.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	V
I.—La pesadilla de la vida.	7
II.—El hombre de los ojos claros.	12
III.—Conocimientos de lobos.	15
IV.—Sueños de artista.	20
V.—Martín Guerra.	23
VI.—Niños perdidos.	25
VII.—La casa del Señor.	28
VIII.—Detalles incómodos.	32
IX.—Diversas capturas.	35
X.—El trazo hebreo.	47
XI.—Juicio á quincena del tribunal.	51
XII.—El gallo rojo.	55
XIII.—Eléazar.	66
XIV.—El testimonio de los muertos.	72
XV.—El sacrificio.	75
XVI.—La Chylokiére.	81
XVII.—El lobo sale del bosque.	84
XVIII.—Los ciclones.	89
XIX.—Cuantos se creyó muertos, no lo estaban. . .	95
XX.—Los fugitivos.	100
XXI.—En el país de los hielos.	108
XXII.—Marpha Volke.	115

Págs.

XXIII.—Las bodas rojas. 118
XXIV.—Libertad. 121
XXV.—El Banco de las Fumosas. 125
XXVI.—¿Quién vela el nido? Nadie. ¡Pobres pajaritos! 130
XXVII.—Fin ordinario de un rebelde. 133
XXVIII.—Papeles chicos. 137
XXIX.—Á través del Océano. 143
XXX.—La hija de Himete. 146
XXXI.—La villa de los hielos. 150
XXXII.—En Francia. 164
XXXIII.—Los amores de un lobo. 170
XXXIV.—El padre. 173
XXXV.—Fin de un lobo. 176
XXXVI.—«La Debâcle». 179
XXXVII.—El lago. 184
XXXVIII.—La mujer del lago. 195
XXXIX.—El uno por el otro. 201
XL.—Bonificación. 207

Epílogo. 212

F. Sempere y Comp.ª, Editores.—VALENCIA

Una peseta el tomo

	Tomos.
El Horla, por Guy de Maupassant.	1
La muerte de los dioses, por Merejkowski.	2
La Mancebía *(La Maison Tellier)*, por Maupassant.	1
La conquista del pan, por Kropotkine.	1
Sebastián Roch *(La educación jesuítica)*, por Octavio Mirbeau.	1
Palabras de un rebelde, por Kropotkine.	1
Evolución y Revolución, por Eliseo Reclus.	1
La Cortesana de Alejandría *(Tais)*, por A. France.	1
El dolor universal, por Sebastián Faure.	2
Novelas y pensamientos *(Músicos, filósofos y poetas)*, por Ricardo Wagner.	1
El mandato de la muerta, por Emilio Zola.	1
Episcopo y Compañía, por Gabriel D'Annunzio.	1
La verdadera vida, por León Tolstoi.	1
Flor de Mayo, por Vicente Blasco Ibáñez.	1
Cuentos amorosos y patrióticos, por A. Daudet.	1
Las crueldades del amor, por Judith Gautier.	1
¡Centinela, alerta!... por Matilde Serao.	1
Cuentos del Júcar, por José María de la Torre.	1
Diccionario Filosófico, por Voltaire.	6
Campos, fábricas y talleres, por Kropotkine.	1
La ramera Elisa, por E. de Goncourt.	1
Arroz y tartana, por Vicente Blasco Ibáñez.	1
La resurrección de los dioses, por Merejkowski.	2
Las chicas del amigo Lefévre, por Paul Alexis.	1
Los exhombres, por Máximo Gorki.	1
Cómo se muere, por Emilio Zola.	1
El hijo de los boers, por Rider Haggard.	1
Estudios religiosos, por Ernesto Renán.	1
Así hablaba Zorrapastro, por el Comandante ***.	1
Noli me tángere *(El país de los frailes)*, por J. Rizal.	1
La montaña, por Eliseo Reclus.	1
Singoala, por Víctor Rydberg.	1
El camino de los gatos, por H. Sudermann.	1
El deseo, por H. Sudermann.	1
La aurora boreal, por Henry Rochefort.	1
Cuentos é historias. por G. Pérez Arroyo.	1

	Tomos.
La mujer gris, por H. Sudermann.	1
Emilio Zola *(Su vida y sus obras)*, por Paul Alexis, Luis Bonafoux y Vicente Blasco Ibáñez.	1
El sueño del Papa, por Víctor Hugo.	1
Los Hugonotes, por Próspero Merimée.	1
Filosofía del anarquismo, por Carlos Malato.	1
A ras de tierra, por Manuel Bueno.	1
El Satiricón, por Petronio.	1
Las bodas de Yolanda, por H. Sudermann.	1
La sociedad futura, por Juan Grave.	2
El amor, las mujeres y la muerte, por Schopenhauer.	1
El origen del hombre, por Carlos Darwin.	1
Un viaje por España, por Teófilo Gautier.	1
Cuentos valencianos, por Vicente Blasco Ibáñez.	1
Los enigmas del Universo, por Ernesto Haeckel.	2
Mi viaje alrededor del mundo, por Carlos Darwin.	2
El colectivismo, por Emilio Vandervelde.	1
El molino silencioso, por H. Sudermann.	1
Dios y el Estado, por Miguel Bakounine.	1
Origen de las especies, por Carlos Darwin.	3
Mis exploraciones en América, por Eliseo Reclus.	1
Los espectros.—Hedda Gabler, por Enrique Ibsen.	1
Las prisiones, por Kropotkine.	1
La expulsión de los jesuítas, por el Conde Fabraquer.	1
Conflictos entre la Religión y la Ciencia, por Juan G. Draper.	1
El arroyo, por Eliseo Reclus.	1
Emperador y Galileo.—Juliano Emperador, por Enrique Ibsen.	2
El porvenir de la Ciencia, por Ernesto Renán.	2
¿Qué es la propiedad?, por P. J. Proudhon.	1
Fuerza y Materia, por Luis Büchner.	1
El Rey, por Bjœrnstjerne Bjœrnson.	1
La libertad, por Arturo Schopenhauer.	1
Drama de familia, por Jacinto O. Picón.	1
Moisés, Jesús y Mahoma, por el Barón d'Holbach.	1
Origen de las profesiones, por H. Spencer.	1
El mal del siglo, por Max Nordau.	2
Literatos extranjeros, por Angel Guerra.	1
El capital, por Carlos Marx.	1
Luz y vida, por Luis Büchner.	1
La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland, por Enrique Ibsen.	1
Los satíricos latinos, por Germán Salinas.	2

	Tomos.
El tesoro de los humildes, por Mæterlinck.	1
Junto á las máquinas, por Luis López Ballesteros. . .	1
La escuela de Yasnaïa-Poliana, por León Tolstoi . .	1
Los cachivaches de antaño, por Roberto Robert. . .	1
Los problemas de la naturaleza, por A. Laugel. . .	1
Vanka, por Antón Tchekhov	1
El Anticristo, por Ernesto Renán.	2
La monarquía jesuíta, por Melchor Inchofer *(Jesuíta)*.	1
El individuo contra el Estado, por H. Spencer. . .	1
Los problemas del alma, por A. Laugel.	1
La guerra, por Vsevolod Garchine.	1
Visiones de España, por Manuel Ugarte.	1
Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, por Federico Engels.	2
Pequeña guarnición, por el Teniente O. Bilse. . . .	1
Los problemas de la vida, por A. Laugel.	1
Creación y Evolución, por H. Spencer. .	1
Pasados por agua, por Luis Morote.	1
Determinismo y responsabilidad, por A. Hamon. . .	1
Por los campos y las playas, por Gustavo Flaubert. .	1
La inferioridad mental de la mujer, por P. J. Moebius.	1
Los Evangelios y la segunda generación cristiana, por Ernesto Renán.	2
La guerra ruso-japonesa, por León Tolstoi.	1
Progreso y miseria, por Enrique George.	2
Psicología del militar profesional, por A. Hamon. .	1
La expresión de las emociones en el hombre y en los animales, por Carlos Darwin.	2
Las mentiras convencionales de la civilización, por Max Nordau.	2
La sociedad moribunda y la anarquía, por J. Grave. .	1
Páginas rojas, por Séverine	1
La simulación en la lucha por la vida, por J. Ingegnieros.	1
Matrimonios morganáticos, por Max Nordau.. . . .	2
El tablado de Arlequín, por Pío Baroja.	1
Cosas de España, por Próspero Merimée.	1
Cuadros históricos de la Revolución Francesa, por Chamfort.	1
La Anarquía y el Colectivismo, por A. Naquet . . .	1
La antigua y la nueva Fe, por D.-F. Strauss. . . .	1
El Arte y la Democracia, por Manuel Ugarte. . . .	1
La comedia del sentimiento, por Max Nordau. . . .	1
Rebaño de almas, por Luis Morote.	1

	Tomos.
La Iglesia Cristiana, por Ernesto Renán.	1
La dicha de la vida, por John Lubbock.	1
Problemas sociales, por Enrique George.	1
Federalismo, Socialismo y Antiteologismo *(Cartas sobre el patriotismo)*, por Kropotkine.	1
El Unico y su propiedad, por Max Stirner.	2
Vida nueva..., por E. Rodriguez Mendoza.	1
El Anticristo, por Dimitry de Merejkowski.	2
Estudios Literarios y Religiosos, por Strauss. . .	1
La Gran Huelga, por Carlos Malato.	2
En marcha, por Séverine..	1
Discantes y contrapuntos, por Rafael Mitjana.. . .	1
Psicología del socialista-anarquista, por A. Hamon.	1
Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo, por Ernesto Renán.	2
Italia en la vida, en la ciencia y en el arte, por José Ingegnieros..	1
Obras filosóficas, por Diderot.	1
En el Magreb-el-Aksa, por Rafael Mitjana..	1
Educación intelectual, moral y física, por Spencer.	1
Deberes del Hombre, por José Mazzini.	1
El porvenir de los Sindicatos Obreros, por Georges Sorel..	1
Los Anarquistas, por Juan Enrique Mackay..	1
Desfile de visiones, por E. Gómez Carrillo.	1
Aves sin nido, por Clorinda Matto de Turner. . . .	1
De la Alemania, por Enrique Heine.	2
Las diez y una noches, por José Alcalá Galiano. . .	1
La Duma (2.ª parte de «Rebaño de Almas»), por Luis Morote.	1
Los horrores del absolutismo, por José Nákens. .	1
Los dioses en el destierro, por Enrique Heine. . .	1
El Guante.—Más allá de las fuerzas humanas, por Bjœrnstjerne Bjœrnson.	1
Reforma y Revolución Social *(La crisis práctica del Partido Socialista)*, por Arturo Labriola. . . .	1
Diez y seis años en Siberia, por León Deutsch. . . .	2
¿Socialismo ó monopolismo?, por F. S. Merlino. . . .	1